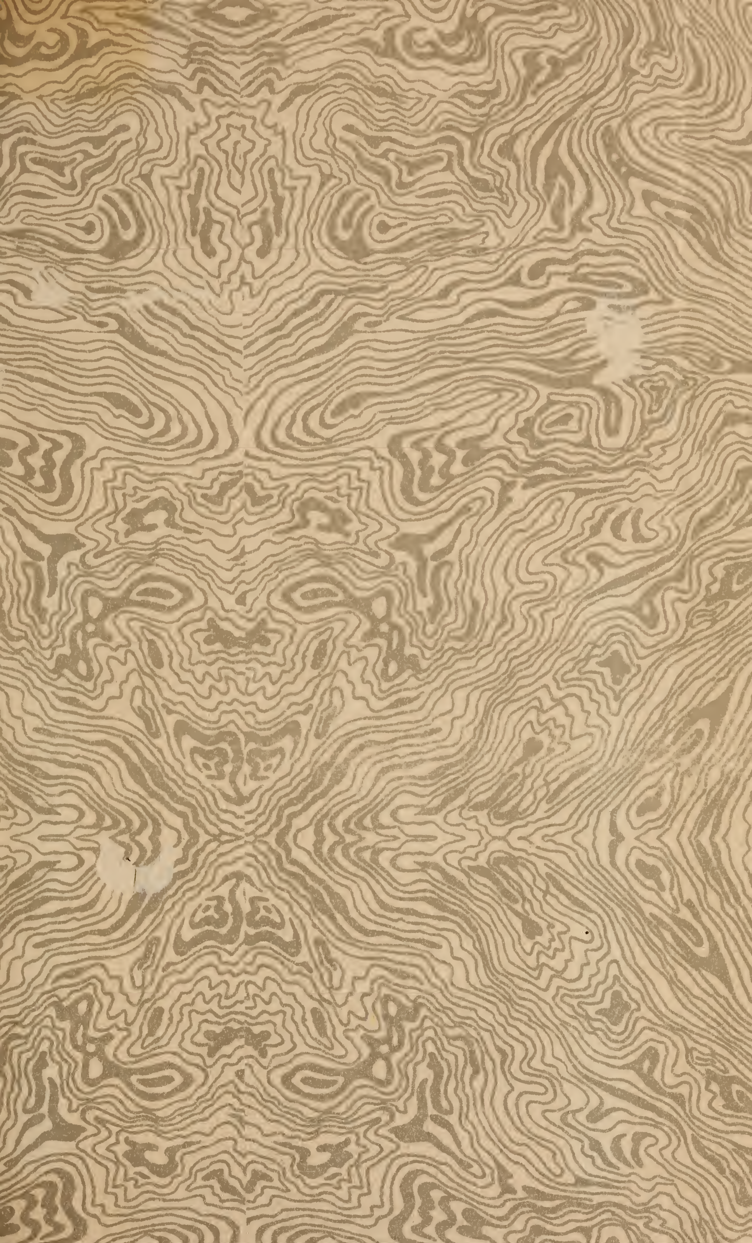


RÓSAS DE MERETRICIO

EMILIO CARRERE

ROSAS DE MERETRICIO



MADRID
V. H. DE SANZ CALLEJA. — EDITORES E IMPRESORES
Casa Central: Montera, 31.--Talleres: Ronda de Atocha, 23

EL HIJO DE NADIE

I

LOS NARCISOS DE ORGANILLO

Felisa la *Taconcitos* dudó un poco antes de admitir en su cofradía de princesas de la aventura a aquella muchacha tan pálida y tan vergonzosa, que ni fumaba, ni sabía cantarse una malagueña, y cuando le hablaba algún hombre se ponía como una amapola.

—Vamos, que esta *asaúra* de niña es más aburrida que hacer solitarios—le dijo a la madre.—No va a ganar ni para pachulí. Su hija de usted es un ángel del hogar que se ha *malograo*.

—Pues ella verá, que es la única finca que tenemos, y si no a pedir por Dios.

Y desde aquel día, Angelita fué *a hacer comedor* a casa de la *Taconcitos*. Era linda, muy blanca, con el cabello dorado y los ojos azules. Su aspecto de señorita agradó a los habituales de la casa de placer, y la ganancia fué tornando más exorable con ella a la pastora de aquel rebaño galante.

Las compañeras en el ejercicio sabroso y cotidiano eran *Rosa la Chavala*, la Blanca, la *Gato* y Amalia la del Valeriano. Alguna noche iba también la *Napoleón;* pero solía *irse de vacío*, porque ya iba estando *purí*.

Cortejo de las damas eran dos o tres mozos de organillo, que respondían a los gentiles remoquetes de el *Levitosa*, Julito el *Pinturero* y Felipe el *Niño de las Ojeras*, que a la sazón era el que *le hablaba* a la Blanca, el que la daba *pal pelo* y el que se comía lo que ga-

naba *su cuerpo serrano,* cosa que indignaba mucho a la *Taconcitos* y a sus dulces corderas.

—Pero yo no sé qué es lo que os dan los pianistas. *¡Cuidao* que estáis *enchulás!*

—Es que da mucho postín tener una un novio como el *Niño de las Ojeras.*

—Valiente niño—exclamó la *Chavala.*—Es tan fresco, que no puede una hablar con él sin acatarrarse. ¡Vaya una fototipia de hombre! Tan *esmirriao* y con unas ojeras hasta el cogote.

—Es que es una figura de folletín.

—Calla, chica. ¡Si parece la *Dama de las Camelias* con pantalones abotinaos!

—Y ¡menuda cabeza que *l'abilla* el *gachí!*—agregó la *Taconcitos.*—*Tié* que ponerse el sombrero con calzador.

—Y te atiza cada *mamporro* que te pone morá.

—¡El sino de la persona!

—Allá penitas. Pero a mí me enciende la sangre ver que le pegan a una mujer, como el otro día, que te puso un ojo a la moda.

—Y la pegó en la cara. ¡Ladrón! A las mujeres como nosotras no se nos puede pegar en la cara. Es con lo que nos ganamos la vida.

Interrumpió el donoso platicar la llegada de un señor gordo y vestido como tendero en fiesta.

—Hola, vida. Te estaba esperando.

—Y la *Gato* le besó en las mejillas relucientes.

—¿Creías que no venía, eh? No tengas cuidado aunque tarde un poco. Ya sabes que a mí me toca los sábados.

—La *Gato* y el señor metódico se perdieron en el interior.

—Este *canelo* es un buen amigo. No viene nunca *tajada* ni abusa de las mujeres. Es un hombre que da gusto.

—*Pué* que no—replicó burlona la *Chavala.*

—Claro, como tú eres una golfona, te gustaría más el Valeriano. ¡Mala ficha! ¡Y *pa* lo que viene a verte!

—Es que tié muchas *postas.* Y además es lo que él dice: «Un hombre que vale no puede echarse así *pa* diario. Así no duraría uno ni una semana.

—¡Qué lástima!

Intervino Pepe el *Baste,* el amante de la *Taconcitos,* con su autoridad de alcahuete consorte.

—Lo que yo digo es que es una *primá* que os dejéis explotar por esos sinvergüenzas. Y no es que yo me asuste de tomar dinero de las mujeres. No es por ahí. El hombre *tié* sus vicios y hay que alternar, y ¿quién le va a uno a aliviar la pasta más que la *gachí* que le habla a uno? Y eso está bien, tratándose de un socio como *andova* ¡digo yo! ¡Pero *miá* tú que esos *frescales* de los pianos!

—Pues de eso de la poca lacha sabes tú un rato largo, alma mía—arguyó la *Taconcitos.*

—Es mucha gente Pepe el *Baste.*

—*Pa* las alubias.

Al filo de media noche llegó la madre de Angelita en busca del sostén de la casa.

—¡Hija mía de mi alma! Esta noche has tenido buena estrella. Vámonos que estarás rendida.

Doña Virtudes tenía un magnífico perfil de aguafuerte grotesco, envuelta en su manto pardo, con su manteleta de azabache. Era viuda de un capitán, aunque bien podía titularse viuda de la guarnición y hasta del cabildo de la muy venerable ciudad de Burgos, donde pasó sus buenos años honrando a Dios y al rey en ayuntamiento con soldados y con canónigos. De su propio cuerpo ella hizo cuando pudo tablajería de amor, y cuidaba a su niña con toda su ciencia y experiencia para la honrada profesión de destripafaltriqueras y aflojadeseos, con verdadera unción sacerdotal.

Pero la niña no salió *castiza.* Angela era un poco romántica; se ponía como una cereza oyendo las bellaquerías del burdel y recibía con vergüenza las monedas, después del sacrificio, en la alcoba pecadora.

—¿Pero a quién habrá salido esta sosaina de cria-

tura?— exclamaba, llena de santa iudignación, doña Virtudes.

Sin duda alguna, a nadie por la línea materna. Respecto a la paterna, ¡cualquiera se metía en una investigación tan complicada!

—Acaso a aquel teniente rubio o al arcipreste moreno y gordito... ¡Sólo Dios puede penetrar el arcano de ciertas cosas!

Madre e hija sostenían continuas reyertas, sin que se domase el espíritu indócil de la muchacha.

—Te digo, mamá, que esta vida no es para mí. Mientras se es joven, los hombres se la rifan a una, y venga juerga y vayan obsequios; pero luego se ve una tirada como un perro, sin el arrimo de nadie, y acaba una en un hospital, como un pingajo.

—¡Ay, chica! No es *pa* tanto. A tí se te ha subido a la cabeza el folletín de *María o la hija de un jornalero*. Date duchas, que eso es muy malo.

II

CANCION DE NIÑOS

—A ver si va a poder ser que te levantes, que son las cuatro.

—Anda, mujer, que no vas a tener tiempo de ir al salón de peinar.

Angelita abrió los ojos. ¡Estaba tan cansada! La noche anterior había habido gran juerga en casa de la *Taconcitos*. Volvió a casa a media mañana, molida, desecha el alma; hinchados los ojos, restregándose el rostro para borrar los besos macerantes de los borrachos de la noche anterior, que le habian gozado bestialmente. Pero trajo dinero para su madre. Creía tener derecho a descansar.

Vivían en un tabuco de la calle Angosta de Los Mancebos, sin más aire que una ventana sobre el tejado. La casa tenía una sala y dos alcobas; una era de Angelita... cuando venía, y la otra la ocupaba doña Virtudes, en la sabrosa compañía de Perico Castañeda, porque la honrada mujer no podía quedarse dormida sin arrullo de varón, costumbre a la que no faltó ni una sola noche en su luengo vivir.

Castañeda era un chulo cincuentón, roído de lacerías de burdel, que fué su cuerpo calvario donde el bisturí del cirujano pintó las cruces; muy temeroso del trabajo, dado a los naipes y al aguardiente, y respecto

a la vergüenza, se la fué dejando de mozo en zahurdas, meretricios y tabernas.

Presumía de guapo, a pesar de su pelo canoso y de su rostro cruzado por un chirlo, y de su gallardía vivió mucho tiempo a costa de doña Virtudes, cuando ella *lo ganaba*, y a la sazón del garbo de Angelita. Cuando volvía borracho, golpeaba a las dos mujeres, y cuando estaba sereno seguía golpeándolas, principalmente a la vieja, que aguantaba los golpes con humildad de can, y se llegaba a él, pasada la nube de ira, a colmarle de caricias.

Una noche que regresó más borracho que nunca, quiso acostarse con la muchacha. Angelita le aborrecía, y se defendió bravamente, con las uñas, a mordiscos, a patadas, en una lucha bárbara y repugnante. La vieja, en una hedionda desnudez, plañía en medio del cuarto:

—¡Angelita, hija, cede, que si no nos va a matar a las dos! ¡Qué más te da!

La chica, con el rostro arañado, con el pecho lleno de sangre, cedió al fin, y fué aquella una monstruosa conjunción en el lecho revuelto, en que se unían el jadear sensual del borracho y los sollozos desesperados de la muchacha, ante la presencia de la madre, que veía el cuadro con una extraña complacencia. Fué una violación del alma; desde entonces fué cobrando a la vieja un torvo aborrecimiento.

Aquel día, después del yantar, salió a la calle. Era Mayo. Las acacias parecían incensarios nupciales; el cielo, límpido como un rompimiento de gloria, y había en las calles una alegría luminosa, como un himno de resurrección.

Anduvo, anduvo, bebiendo la serenidad azul de la tarde, embriagándose con la fragancia de la flora nueva, sintiéndose bañada en la alegría primaveral, como en una fontana de luminosa pureza.

Suavemente se iba sintiendo niña, con el ingenuo regocijo de aquella remota y limpia mañana en que fué a hacer la primera comunión, toda blanca como una

margarita, toda aromada de castidad en el traje y en el corazón.

Por el hechizo de la primavera, el alma de la prostituta se abría al recuerdo inefable como un loto a la comunión de la luna.

Llegó a un jardín público, todo verde y florecido, donde cantaban los niños como un desbordamiento de cristales de risas y de fragancias. En la glorieta se erguía el busto de un poeta de los niños y del amor, esculpido en mármol, con su sonrisa exorable y sus luengas guedejas nevadas. En los bancos de piedra sonreían las viejecitos al rayo dorado de la tarde. En el idilio azul del jardín cantaba Mayo galán el madrigal de las rosas nacientes y el epitalamio rumoroso de los nidos.

Las voces infantiles desgranaban las viejas tonadas de los jardines, que tienen un aroma de leyenda y un dulzor de panal. Es el estribillo de un romance que todos hemos cantado, y que, al volver a nuestros labios, tan lejos de la infancia, nos deja un dulce sabor de llanto en la boca. Parece que, de las ruinas de nuestro corazón dolorido, resucitamos nosotros mismos, con los cabellos rubios, vestidos de rosa y con el alma virginal.

Angelita, sumida en una sedante beatitud, iba ascendiendo, cual si tuviese alas, sobre su vida negra, de amarga lascivia, de noches brutales, de caricias crueles y extenuantes. Se oía la voz ingenua del coro:

Tengo una muñeca
vestida de azul,
con su camisita
y su canesú.

Cantaban las niñas, y la suave tonada, blanca como los lirios, como los cisnes, como el trigo blanco de la Eucaristía, tal vez se abriese en sus almitas blancas como el casto lirio del Angel, en la inefable Anunciación de María.

La saqué a la calle,
se me constipó,
la tengo en la cama
con mucho dolor.

Con su infantil puerilidad, nada era más humano, más hondo y más penetrante que la voz antañona del cantar. Angelita iba sintiendo en su corazón como una revelación toda luz, la razón inefable de la vida.

—¡Si yo tuviese un hijo!...

Un hondo estremecimiento de dicha convulsionó sus entrañas de mujer.

En el loco revolar de sus juegos llegó hasta ella un niñito muy pequeño, todo risas, oro y encajes, y tras él la madre, jubilosa, queriendo asirle del vestido. El chico se refugió en el regazo de Angelita.

—Ven aquí, niño, que molestas a esa señorita.

Angela le besó en la frente. Era aquel beso el único que había dado en su vida con lágrimas en los ojos y sabor de corazón en los labios.

—¡Es muy lindo, señora! ¡Dios le bendiga!

La madre rió con alborozo.

—Es muy malo; me da mucha guerra. Y eso que el pobrecito ha estado enfermo este invierno.

—Debe de ser un dolor muy grande ver a un hijo enfermo. ¿Verdad, señora?

El rostro de la madre se transfiguró en un gesto de angustia.

—¡Es el dolor de los dolores!

Iba cayendo la tarde dulcemente. La plata mística de los luceros brillaba en el fondo de las fuentes estáticas. Comenzaba a cantar el ruiseñor poeta su nocturno de cristal. El último verso del romance infantil flotaba entre los rosales en flor. Se fueron los niños, cerraron el jardín, que se sumió en un recogimiento místico, cual si tuviese un alma religiosa, bajo la beatitud de ensueño de la luna.

—¡Si yo tuviese un hijo!... ¿Y de quién?

Como un negro turbión volvió la realidad de su

vida lamentable. Aquella interrogación macerante rompió el cristal encantado de su sueño.

Al llegar a la casa de placer, salió a su encuentro la *Taconcitos*.

—Anda, muchacha, que te está aguardando un amigo desde hace una hora.

Momentos después, en la alcoba prostibularia, un beso grosero, entre baba y mordisco, borró de sus labios el beso dulce de inefable iniciación que dió con toda su alma en la frente de un niño, en el florido idilio del jardín...

III

EL LIRIO DEL ANGEL

—*Pa* mí que esta chica *se ha dormido en la suerte.* Mira qué flacucha se va quedando, y le dan mareos y todo le da asco. ¡Pues anda que te has lucido, chavala!

La madre, consternada, le clavaba en el rostro sus uñas de arpía.

—Pero, ¿qué vas a hacer con la barriga a la boca? ¡Y que vas a estar hecha una miniatura! ¿Y cómo te ha pasado eso, desdichada? ¿Y de qué vamos a vivir cuando los hombres no se puedan acercar a tí?

—¡Vamos, que es *pa esnucarla!*—arguyó Castañeda—. Las he visto *gilis,* ¡pero mira que esta chica!...

El régimen alimenticio de aquella honrada casa corría un serio peligro con que Angela hubiese quedado encinta.

—¡Vamos, que eso no *pué* ser! Quo hay que hacer algo para que no siga adelante.

La muchacha tuvo un fiero gesto de tigresa, se llevó las dos manos al vientre en ademán de defensa y le brillaron las pupilas con metálica fulguración de puñales.

—¿Qué? ¿Es que tampoco quieres eso, golfona? ¿Piensas dejar morirse de hambre a tu madre, mala hija? —Y el chulo atenazó los brazos de la muchacha.

Todas las nobles rebeldías se estrangulaban en su alma, sofocadas por el miedo.

—Es que eso me parece... un crimen...

—¡Anda ésta, con lo que sale! Como siempre está con novelones, se le ha pegado la sensiblería.

—Pues sea lo que sea... a mí me repugna hacer eso.

La contestación fué una bofetada como un trallazo.

—Tú harás lo que a mí me salga de los *reaños*, perra.

Y las manos jayanescas del rufián se descargaron cruelmente muchas veces sobre la cara de la Angelita.

Intervino doña Virtudes y le sujetó por las muñecas.

—¡No seas bestia, hombre! Que la das en la cara y luego no va a haber quien la mire. Ella hará lo que queramos, ¿verdad, hija mía?

Angela lloraba silenciosamente, bebiéndose las lágrimas, que germinaban en su corazón en un odio negro, desesperado.

Sólo gozaba de un poco de tranquilidad cuando a la madrugada, al volver a su tugurio, se hallaba sola en medio de la gran ciudad silenciosa. Iba por las calles lentamente, con vagar de sonámbula, clavado el pensamiento en una idea fija de una celeste inefabilidad.

Dentro de ella misma latía una vida que era carne de su carne, sangre suya, alma de su alma. No tenía padre; era más suyo que los hijos de las otras mujeres. Nada más dulce, de más intensa felicidad, que cuando sintió en su seno las suaves y primeras palpitaciones, el primer movimiento del hijo que llevaba en sus entrañas. Lloraba muy dulcemente, con llanto que eran estrellas en sus ojos y flores en su corazón. Y entre sus lágrimas, posesa de un éxtasis milagroso, soñaba ver a aquel niño rubio del jardín, que la hizo verter la primera lágrima maternal, que se le parecía, todo blanco y riente, con un lirio en la mano.

IV

AGUA-FUERTE

—Pues *tié*, pero que muy mala pata, que siempre *estés señalá* por ese sinvergüenza que vive con tu madre. Encima de que les estás manteniendo a los dos.

—Lo que tú debes hacer es venirte aquí y que se vayan a buscar la guiropa a un cuartel.

Angela no respondía, absorta en su vida interior. No quería irse a vivir definitivamente a casa de la Felisa; le daba miedo la terrible cancela que separaba la casa de placer de la alegre libertad del arroyo; le repugnaba la vida en común con las otras, entre obscenidades y disputas, aspirando de continuo el olor acre y violento de la carne desnuda, porque las corderillas de la *Taconcitos* tenían la gentil costumbre de pasearse en camisa por las estancias de aquella ermita venusiana.

La vida prostibularia durante el día era densa, abrumadora. Los rostros, despintados, tenían una monstruosidad grotesca, bajo las greñas olientes a sudor y a perfume barato. Tumbadas, con mutismo de bestias cansinas, canturreando alguna copla canalla y dolorida, como esas que oímos en las esquinas con infinita angustia a la alta noche, cuando las calles están más solitarias.

¡Cuánto hubiera ella dado por vivir sola en un cuartito muy pequeño y muy blanco, desde donde viera sólo cielo azul, donde desde muy de mañana comen-

zase a coser el *hatillo de lo que viniera*, limpio el corazón y fortalecido por la esperanza!

Pero aquel sueño tan bonito era irrealizable. Todo lo que ganaba lo cogía su madre diariamente, recriminándola si acaso la ganancia no era muy abundante.

Odiaba a su madre y aborrecía delirantemente al chulo de la vieja, pero teníales un terror supremo. ¡Ah, sobre todo a él! ¡Si ella le viera muerto! ¡Los golpes continuos, los insultos sufridos mansamente, su pobre vida de mártir por la codicia de los suyos, por la sucia lujuria de los extraños!... ¡Nadie le había tratado nunca con cariño!

Desde muy pequeña, apenas tendría doce años, su madre la llevaba a un café, a una tertulia de viejos libertinos, *a que jugase con ellos;* vivían de esos miserables escarceos de amor; todos los días sacaba unas monedas a costa de la prostitución de su alma. Antes del desbordamiento de la pubertad, siendo aún virgen de cuerpo, conocía todas las caricias extenuantes; había aprendido a encender la voluptuosidad senil de sus amigos con halagos vergonzosos. A los catorce años, doña Virtudes contrató el sacrificio de la primera rosa de su fresco rosal con un antiguo amigo *que la estafó*, según la frase de la honrada mujer, porque el rijoso comprador, después de holgarse con la mocita, no entregó los dineros estipulados. Fué aquel un fraude que puso en peligro la preciosa vida de la antigua cocota, que hasta tuvo fiebre durante muchas noches.

—¡Miren que irse de rositas el tío ladrón, hijo de una perra!

Siempre triste, tundida, sufriendo el grosero capricho y los desprecios de quienes la prostituían, Angela tenía borrosa la conciencia, cansado el corazón como un doliente harapo de burdel.

Que la chica estuviera encinta preocupaba mucho a los viejos amantes.

—Dentro de un mes va a estar hecha una visión. A muchos hombres no les gustan las mujeres así.

Castañeda dudaba:

—A mí me *achara* un poco lo de hacerla abortar; nos podemos meter en un mal *fregao*. Se puede morir, y entonces sí que nos hemos *buscao* el *piri* allá arriba *pa una temporá*.

—*¡Exagerao!* Ni que fuera la primera a quien se lo deshacen. Lo malo está en que la chica le ha *tomao* asco a la operación. Ya he hablado con la comadrona y me pide quince *barés*. Es mucho arroz quince *mosquitos*. Pero lo principal es que ella consienta.

Y Angelita consintió.

Un anochecido fueron a casa de la partera, maestra de brujería, saludadora y hábil en la taumaturgía de bebedizos y fascinaciones. En el piso cuarto de una casa fementida había una plancha que rezaba:

SABINA ROLDÁN

ALOJAMIENTO PARA EMBARAZADAS

Angelita y la arpía pasaron a una sala obscura, de mueblaje ruinoso, sucia y hostil. Enormes pajarracos disecados se erguían bajo fanales de cristal. Un gato negro, de ojos fosforescentes, uno de esos trágicos y demoníacos gatos negros, camaradas de las adivinadoras del porvenir, cruzó fantasmal ante las visitantes. Había en la casa un silencio hondo y preñado de recelos, de torva inquietud. Rondaba el espíritu en aquella estancia algo tenebroso y supersticioso. Daba miedo mirarse en la luna amarillenta de un espejo empolvado, como si en él hubieran de verse reflejadas carátulas burlonas y perfiles alucinantes como en un cristal influído de magia negra.

Tras de una corta espera abrióse una puerta sin ruido y se deslizó ante ellas una figura escuálida, amarilla, alta y translúcida, vestida de negro como una sombra de pesadilla.

—¿Es esta muchacha la que está en el trance?

La voz de la bruja parecía sonar desde muy lejos. Era una voz penetrante, fría y cruel. Los ojos miraban hipnóticamente desde las cuencas violadas y extendía la

mano huesuda, mano de cierta belleza mortuoria, con un ademán profético.

Angela sentía un terror infinito ante aquella sombra de mujer.

—¿No ha probado nada para deshacer el feto?

—¡Ay, no, señora! La pobre nada hizo todavía. Esa criatura no puede nacer; ella *es de la vida,* su estado alejaría a los amigos y nos moriríamos de hambre, que no tenemos más fortuna que lo que ella se gane honradamente. Pero debía usted de rebajarnos algo, en conciencia. Quince duros es un sacrificio enorme. No podemos.

—Para hacer bien las cosas hay que pagarlas. Les podría aconsejar alguna bebida, como un cocimiento de hortigas o el cornezuelo de centeno. Eso les costaría menos. Pero no confío en el resultado. Produce unas convulsiones horribles en la matriz y es muy peligroso. Se nos podía quedar entre las manos.

Hubo un silencio glacial. Angela sentía un latigazo de terror hasta la punta de las uñas.

—Quiero reconocerla. ¿Me hace usted el favor?

La muchacha vió con espanto la mano esquelética, de dedos quiméricamente largos, que se hundía en su carne tremante de pavor; la mano helada, adelgazada por el contorcimiento, le llegaba hasta las entrañas con la suavidad de un reptil.

—Ya debe de estar completamente formado.

Angelita rompió en sollozos, convulsionada, muerta. La bruja sonreía, sonreía.

—¿Y usted tiene confianza en que no habrá cuidado?

—Ninguno. Desde hace diez años que soy partera, no he tenido ninguna desgracia. ¡Figúrense las mujeres que habrán pasado por mis manos!

—¿Y usa usted una sonda, señora?

Sabina Roldán sonrió orgullosa de su macabra destreza.

—Me basta con los dedos.

Así, arrancado a pedazos, destrozado el cerebro, los

ojos, los músculos, la sangre inocente bañando los dedos esqueléticos, largos y amarillos de la saludadora, en que brillaba siniestro un rubí.

Aquellas palabras parecían un salmo satánico; tenían una crueldad alucinante y extrahumana.

—Pues si se deciden, aquí me tienen a su disposición. Pero ni un cuarto menos, ¿entienden?

Hizo una inclinación de cabeza y salió igual que había entrado, como una aparición.

Ya en la calle, Angela pareció despertar. Era una noche de Julio, ardiente de luceros, llena de un jovial clamor de vida. La gente se desbordaba pon las calles.

—¡Nunca! ¿Entiendes? Aunque me hagáis pedazos. ¡Ese es un crimen horrible! ¡Es una infamia monstruosa! ¡Mala madre! ¡Canalla!

Angelita, transfigurada, con los ojos centelleantes, escupía las injurias al rostro de doña Virtudes, que con un aire de víctima gimoteaba, tapándose su perfil de arpía con su manto pardo y corcusido.

Pasaban parejas de enamorados, se oía el pregón de un vendedor de flores, la noche ardía en una amorosa eclosión germinadora...

V

LA BUSCA HUMILLANTE

Comprendieron que sería imposible hacerle transigir, y no volvieron a hablarla de bebedizos ni abortivos. Esperaban.

Angela ganaba muy poco. La curva maternal deformaba su gentil figurilla, engrosaba su talle quebradizo. *Los amigos* se burlaban de ella. En el zaquizamí faltó muchos días para comer.

Al anochecer salía a pasear el embarazo; la angustiaba mucho, estaba pesada, molesta. Siempre, al cerrar la puerta, doña Virtudes clamaba suplicante:

—¡Angelita, hija, no es que vayas a buscarlos; pero si te sale algún hombre!... Ya ves cómo estamos.

Y Angelita ahora buscaba a los hombres, se exhibía, coqueteaba, se consagraba a la caza del transeunte voluptuoso con verdadero frenesí. Pero no decía nada a la madre y ocultaba el dinero, bien envuelto en el pañuelo para que no sonara, durante el día en el pecho, debajo de los colchones por la noche.

Guardaba para su hijo, se entregaba al capricho de los hombres casi con gusto, para huir después con su crío hacia otra vida, lejos de su madre y del chulo, lejos de la tristeza del burdel.

Iba a uno de esos cafés de barrio, donde atruena una banda de regimiento. Tomaba un vaso de leche y escogía entre los parroquianos al más propicio para

tenderle su lazo galante. Era una faena de sonrisas, de guiños, de miradas. Cuando un señor se insinuaba, ella ponía los ojos en blanco, se humedecía los labios con la puntita de la lengua o se recogía un poco la falda, luciendo la pantorrilla, con el calado incitador de las medias de seda. Algunas veces triunfaba; casi siempre fracasaban sus guiños y sus trapazas, y al salir del café no la seguía ninguno. Había perdido la noche, y tristemente, con la cabeza abatida, se volvía a su zahurda, donde la madre pasaba las cruces de un rosario y dormía su cortejo una de sus copiosas borracheras.

Una noche se topó con un amigo y le conquistó. Era un señor viejo y medrosico que no quería que le viesen con mujeres por la calle. Iban ella delante y él detrás, por la otra acera, como un buen burgués que gozaba del fresco de la noche, camino de una guarida de placer, cuando se encontró con el *Niño de las Ojeras*, que la cogió del brazo.

—Déjame, que voy con aquel tío gordo; déjame.

—Has *cargao, gachí*. Yo creí que te habían retirado.

Y el chulillo se fué detrás de ellos, los vió perderse en un portal tenebroso. Y esperó paseando por la calle.

Pasada media hora, sonó el timbre de la puerta y salió la pareja. En la plaza de las Descalzas alcanzó a la Angelita.

—Te estaba aguardando, ¿sabes? Como he visto que ibas trabajando...

—¿Qué quieres?

—Pues *na*, un pequeño favor; que necesito *dos beatas* para ir al baile de Panaderos, donde me esperan, y... tener *pa* alternar.

—Angela respondió agria, queriendo marcharse:

—No tengo dinero. Lo siento.

—¿Conque no *l'avillas?* Pero si te he visto yo *hacer un hombre*, pendón.

—No importa. Es un capricho.

—¡Ahora sí que me has *fastidiao!* Con un tío tan viejo.

—Hay gustos.

—Lo que va a ver son *morrás*. Anda, *sacúdete* las dos *plumas*.—Y la echó mano al bolsillo.—*Pa* el trabajo que te cuesta ganarlas.

—Pero, ¿a santo de qué te voy a dar yo dinero? ¿Eres tú acaso mi querido?

—¡Qué más quisieras tú, so tísica!—Y forcejeaba por quitarle el monedero, que en el tráfago de la lucha se abrió, dejando caer un duro, que rebotó en el empedrado. El *Niño de las Ojeras* se lanzó sobre la moneda. Angela se abalanzó sobre la mano del chulo, mordiéndole, clavándole las uñas.

—¡Es mio! ¡Ladrón! Es mío.

El chulo, furioso por los arañazos, temiendo que viniese alguien, la asió del cuello y la golpeó la cabeza contra la verja del jardinillo.

—¡Toma, *pa* que no graznes más.

Después huyó con el duro por las callejuelas en sombra. Cuando se recobró la moza comenzó a caminar con la cara ensangrentada, angustiosamente, como una pobre bestia apaleada.

VI

JUNTO AL TORNO

Noche otoñal. Por el ventanuco se veía el cielo profundo, sin estrellas. Plañía el aire en las vidrieras.

Angela dormía; muy pálida, muy delgada, con las manos cerúleas y los labios cárdenos. Junto a ella un niño rubito y blanco, que exhalaba leves vagidos. La vieja velaba, sentada bajo el candilón de hierro, mohoso. En la tapia se dibujaba la sombra de su nariz de augur y la barbeta ganchuda.

Al resplandor rojizo de la llama, la habitación era más siniestra, de una pobreza más sórdida.

—Angela, ¿duermes?

La enferma no respondió. Se oyó la voz del viejo chulo.

—No hay cuidado de que se despierte. Yo creo que debemos despachar cuanto antes.

La vieja murmuró: ¡Pobre hija! Temo que le dé algo al despertarse sin la criatura. ¿Por qué no te quedas?

—No es por ahí. *Pa* que le dé el histérico y me arme un broncazo.

Doña Virtudes murmuró:

—Cuando vea que no hay remedio, se conformará.

Después, sigilosamente, se acercó al lecho y cogió al recien nacido, que abrió los ojos y comenzó a llorar.

—¡Calla, maldito!—Y le tapó la boca con el mantón.

De puntillas, muy arrebujada, ganó la puerta, seguida de su cortejo. Cruzaron Puerta de Moros, la Fuentecilla, y se perdieron por las callejuelas estrechas y sucias, hasta la de Embajadores. *¡La Inclusa!* El pardo caserón era una masa de sombra en la alegría y el bullicio de la jocunda calle manolesca.

—Mira, a mí me da un poco de *lacha*. Te aguardo en esa tasca tomando un *vermú*.

Había mucha gente por las calles y en la puerta de las tiendas. Volvían a sus casas las obrerillas, con sus andares de pájaro, envueltas en sus mantones, pintureras y chillonas. Algunas comadres parloteaban en los quicios. Sonaban lentas las campanas de San Cayetano, cantando las Vísperas. Junto al gran portón de la Maternidad, en el muro, se abria el torno. ¡Oh ventanal de la Inclusa! ¡Puerta de la desgracia, del abandono, del horror de las vidas afrentosas! Allí se hunden los *hijos del amor*. Así dice la voz del pueblo. Tal vez los otros, los legítimos, son ante todos hijos del deber. Por el torno saltan de los ingratos brazos maternos a la miseria, al olvido, a la fria caridad oficial, a la soledad de corazón. El torno de la Inclusa nos dice que la Humanidad es una cosa perfectamente despreciable y escupible. Las bestias inferiores no tienen inclusas para sus cachorros.

Sonó la campanilla, con un sonido lúgubre y largo. Cesó la algarabía de las comadres, se agolparon los tenderos, los paseantes.

Junto al torno, entre las sombras, esperaba la vieja llena de inquietud. ¡Tardaban tanto en abrir! Volvió a sonar la campanilla trágica.

Con un clamor hostil, de torva amenaza, el gentío fué rodeando a la vieja, que se acurrucaba medrosa. Las mujeres hablaban fuerte, con voz de injuria, centelleante en los ojos el instinto, como una protesta de la especie.

—¡Valiente perra será la madre!

—Parece mentira que haya mujeres para esto. ¡No tendrán entrañas!

—¡Cacho de pendón! ¡Tirar así a un hijo! ¡Pues cuando lo hizo le gustaría! *¡Ahorcá!*

—Así se le sequen los ojos. Las hay peores que las mulas.

—¡Con las fatigas que cuesta parirlos!

El cordón agresivo se estrechaba más y más. La vieja lloraba.

—Miren la bruja que lo trae. La habrán *dao pa* un traje. *Pué* que sea de una marquesa, que lo ha tenido de contrabando. ¡Zorrona! ¡Que no fuera pendón!

La voz del pueblo era entonces voz de Dios.

La maldición surgía del fondo de las entrañas de las mujeres ante la abominación con una iracundia sagrada.

Crujió el torno y creció el clamor popular. La vieja extendió el crío para dejarlo en la cuna de madera, cuando se oyó un grito como un alarido salvaje y unas manos espectrales se apoderaron frenéticamente del niño.

Toda desmelenada, como un espectro, lívida, Angela huía con su hijo. La gente le abrió paso con un silencio comprensivo, con un respeto casi religioso:

—¡Mío! ¡Mío! ¡Es el hijo de mis entrañas!

Su voz tenía un hondo desgarramiento, una inefable emoción, como bañada en llanto.

Desfalleciente, febril, al llegar a una plazoleta, se dejó caer en un banco. Pensó con horror en el peligro conjurado. ¡Qué desconsuelo al despertar en su zaquizamí y encontrarse sin su niño! ¡Qué angustioso éxodo hasta llegar al torno de la Inclusa!

Sonrió dulcemente ¡Ya nunca volvería a ver a la horrible vieja ni al chulo! ¡Se alejaría para siempre de la tristeza del burdel!

Después se desabrochó el corpiño y puso el seno blanco y ubérrimo en los labios del pequeñuelo. Tenía el grupo la angélica dulzura de un lienzo sagrado. A lo lejos se veía la ciudad alegre y encendida como una flor luminosa de optimismo

UNA AVENTURA DE AMOR

I

UNA AVENTURA DE AMOR

Carretera arriba va la abigarrada carreta de la farándula. Una mula rucia y cansina, arreada con pintorescas gualdrapas, tira penosamente del absurdo palacio ambulatorio, ornado con viejos telones desteñidos y desvaídas bambalinas. Dentro, platica, canta y discretea el grupo jovial de los comediantes.

Era en mis años de bizarro y soñador mocerío, y me arrastraban por las pardas tierras de Castilla, juglar de mi propia alma, los ojos negros, dulces y un poco tristes de una gentil farandulera.

Ellos eran aventureros de rostros rasurados, que se dirían de goma por lo propicios a la contorsión extravagante y descoyuntada—gachos sombreros, gestos heroicos, crenchas enmarañadas—, y en los ojos, cansados por la monotonía de la visión perenne, como una sombra de tristeza errante. Ellas, frívolas y lindas muñecas, con mohines principescos y languideces románticas que no en vano fueron Ofelia, Doña Inés y Roxana en horas áureas y encantadas de una vida quimérica, tocadas a la usanza cortesana, con una vanidad un poco triste por lo usado y deslucido del atavío.

Heroínas magníficas, de las clásicas farsas son mendicantes de sus propias vidas, cuyo secreto de fracaso y de dolor cuentan a las estrellas en las noches trashumantes de árido caminar, y lo lloran sobre las jalmas y los sacos de paja, bajo los cobertizos, en los mesones del camino.

El crepúsculo iba trenzando sus lienzos pardos so-

bre nuestras cabezas; comenzaba a llover, y los ejes de la pintoresca carreta rechinaban melancólicamente a lo largo de la carretera solitaria.

De pronto, tras de una masa de árboles, apareció una casuca parda, hosca y miserable, en cuya puerta una vieja hórrida tejía calceta, con un gato negro enroscado a los pies. Aquella guarida se llamaba *El parador de la Alegría*, siniestra paradoja, pues más bien parecía antro de todas las miserias, donde la podre y la sordidez tendrían acogimiento como reinas.

Un chiquillo puerco y atezado, por cuya trasera pendía un harapo de camisa, gritó con voz zafia:

—Buen hombre, ¿va a haber títeres?

La vieja alzó la cabeza, huraña y desconfiada.

—¿Hay posada, abuela?

—Con la moneda por delante; si no, a dormir a las eras, que no me quemo yo el hocico por holgazanes y piojosos.

Sin parar en tan cordial acogida, comenzamos a trasladar nuestros fantásticos equipajes. Los comediantes de la legua suelen ser recibidos de esta guisa, y no sin razón, que si entran por las puertas a pleno día, suelen salir de noche y por la ventana.

Satisfechas las inquietudes de la vieja, entrámonos por el portalón, mientras gritaba con su voz seca y casi centenaria.

—¡Margarita! ¡Isabel!

De lo alto de la casa brotó una voz dulce y cantarina que cayó sobre nuestra tristeza y nuestro cansancio como un chorro de agua fresca y musical.

* * *

La cena fué parca y campesina, pero su pobreza estuvo aderezada por la gracia sencilla y juvenil de las dos mozas de la posada.

Eran las nietas de la estantigua que tan villana nos saludara en el umbral; el ventero, un viejo roncero y socarrón, sólo iba a guarecerse a su casa por la noche, pues era cazador furtivo y el día solía pasarlo en los

cercanos montes de Toledo. Tenía en los ojos huraños, y en el gesto, una intensa inquietud que sólo se ve en los presidios, en los hospitales y en los sitios donde se exacerban el odio o el dolor y parece que se plasman sobre el rostro en muecas y contracciones de una imborrable crueldad de trazos.

Isabel, la menor de las hermanas, era una mozuela desgarbada y cetrina con el cabello rubianco y destrenzado; llenaban su cara, dulcemente fea, los ojos obscuros, grandes, bobalicones, al par que maliciosamente pueblerinos.

Un arriero tañía en la clásica vihuela de la posada, pulsada por tantas manos, unas rústicas seguidillas que la moza bailaba y el pardo zagalejo revolaba sin donaire y se ceñía desmayado a las curvas inarmónicas de sus flancos. Un gitano chalán y truhanesco, muy jaque y bien plantado, cantaba las coplas con una intención pícara y carnal.

El gato negro dormitaba junto al fogaril, y las lenguas de llama, rojas, áureas, azules, serpenteaban una danza absurda y diablesca que arrancaba sangrientos resplandores de sus ojos redondos y fosforescentes. Estático y sibilino, tenía el aspecto de un ídolo primitivo y feroz.

A la luz de un bruñido candil de garabato preparaba su traje de fiesta la hermana mayor. Era la noche del sábado; por la tarde había traído el viento el carillón sonoro de las vísperas, y el domingo habría baile en la plaza de Casarrubios del Monte, que estaba en feria.

Al sacar del arca vetusta los juveniles atavíos, se diludía en el ambiente un fuerte y campesino aroma de manzanas agraces.

Yo me acerqué a la moza y le hablé en el lenguaje pintoresco y apasionado de mis papeles de galán. En mi voz había modulaciones galanas, y decía mis galanías con un medio tono insinuante y sentimental que me había producido grandes triunfos en todos los teatros, corrales y plazas públicas de aquellos villorrios.

A ella le sonaba mi voz desde muy lejos, como un idioma no sabido, y sus ojos negros, supersticiosos y alucinantes se agrandaban y se perdían como si contemplasen las perspectivas de un luminoso país de fábula. El acento de la poesía cantaba por primera vez en sus oídos ingenuos y aldeanos, y mi figura adquiría un prodigioso prestigio, cual si estuviese ornada con la capa galante y el birrete plumado del Burlador.

—A mí también me gustaría ver mundo. Ya ve: siempre encerrada en este caserón tan feo. ¡Cuando hay ciudades tan grandes, con almacenes de trajes tan bonitos y tan lujosos!...

Su voz tenía cierta dulzura melancólica, y yo también pensé que las sedas, las plumas y las joyas se habían hecho para su cuerpo armonioso y sensual de real hembra. Y comprendí la necesidad del lujo y del amable artificio, pues nada hay tan sórdidamente triste como una mujer hermosa y mal vestida.

Habían llegado más arrieros y unas mujeres que iban a servir a Madrid, y decidieron pasar el resto de la velada de jácara y de baile. Un mozallón en mangas de camisa, con el cigarro en la comisura de la boca, comenzó a tocar un aire alegre y se dispusieron las parejas.

Mientras los demás se holgaban, yo hablaba quedamente con Margarita. Me mareaba el vaho cálido, juvenil y voluptuoso que transcendía de su figura robusta de virgen rural. Mi voz tremaba de pasión, y la moza cerraba los ojos poseída de un dulce temblor de pecado, de iniciación y de misterio. Sobre todo, el hechizo de lo peligroso, de lo prohibido, alucinaba a aquella alma visionaria que, como un columpio de hilos áureos, se mecía en la red inquietante de mis palabras.

Un jarro tosco de Talavera iba de mano en mano lleno de un vino negro y áspero. El polvo que levantaban los bailadores y el humazo de los candiles envolvían las pintorescas siluetas en una vaharada asfixiante.

Un mendigo ciego y viejo, con una gorra de piel y un tabardo mugriento, entró en la cocina, saludando con una voz gangueante de salmodia:

—¡A la paz de Dios, amigos!

Luego se acurrucó en un rincón y encendió la pipa. Le llamaban *El Santo negro*. Había sido ladrón, y, a pesar de su ceguera, producida por la sífilis y el aguardiente, tenía una catadura tan siniestra, que más bien inspiraba miedo que compasión.

Uno de los histriones, viejo, calvo y grotesco, recitaba, borracho, un parlamento de *El Trovador*, con una declamación cantarina y altisonante:

Soñaba yo que en silenciosa noche
cerca de la laguna que el pie besa
del alto castellar, contigo estaba...

Las tiradas de versos amorosos sonaban a lamentable elegía al salir por el túnel desdentado de su boca. El concurso no entendía el valor de las palabras, pero se reía con una alegría bárbara y jocunda. Una damita cantaba a media voz un aire anticuado y sentimental, y la característica, contemporánea de Calvo y de Perico Delgado, exhalaba unos ronquidos que comprometían seriamente su dignidad artística.

Yo sentía danzar en mi cabeza todas las amables aventuras, lances y galanía de la vieja dramática. Con aires de Lovelace o de Casanova, me inclinaba al oído de la moza, acariciando su vanidad femenina con palabras envenenadas.

Ella pugnaba, con los brazos en guirnalda, por ajustarse a la nuca un hilo de cuentas de coral. Los broches no ajustaban y mis manos audaces, aunque algo trémulas, quisieron evitarle aquel enojo. La fragancia fuerte y sensual de su garganta, de un tostado color de ámbar, tenía un sortilegio que invitaba a las más intensas caricias. Los rizos sedeños de la nuca reclamaban besos largos, penetrantes y dolorosos, y mis ojos se desvanecían a lo largo del busto pomposo que yo adivinaba un gran valle de nardo y seda, con erguidas colinas de marfil.

Cuando levanté la cara, sentí clavados en mí unos ojos negros y siniestros que flameaban con brillo de

puñales. Era un gañán recio, alto y brutal, que se aproximaba con torvedad de animal en celo. Hubo entre ellos una violenta y sorda escena de reproches, y después ví que la asía por el talle, apretaba su busto con una especie de rabia amorosa y se perdían entre los bailadores.

Sentí una amarga melancolía al ver perderse a la pareja. Iba experimentando en mi alma el hastío de la vida nómada, y aquella mujer hermosa y propicia me parecía una fresca fontana en la aridez del polvoroso camino. Fué aquello como un dulce intermedio sentimental en la fatiga de los días hambrientos, de las fugas vergonzosas, temiendo la represalia de los burlados venteros, de los truhanescos artilugios de aquellos días de andanzas artísticas sin arte.

Era la media noche, y el posadero nos despachó para nuestros alojamientos. El viejo mendigo recabó su zurrón y su cayado; los arrieros, retozando con las mozas de servir, fuéronse en busca de sus jalmas hacia el cobertizo.

Por un propicio azar me aposentaron en la alcoba de las dos hermanas, que aquella noche dormirían en un camaranchón, junto a la alcoba de la abuela.

La estancia era toda blanca y sencilla, con una gran ventana al campo. Sobre la cómoda, bajo un fanal, habia un santo de barro, tosco y primitivo. El lecho impoluto tenía una suave insinuación de carne joven y femenina, que hizo pasar por mi alma en ondas calinas y conturbadoras la visión de la espléndida virgen campesina.

De la percha pendían, como una alucinación de sensualidad, unos inquietantes vestidos de mujer que conservaban su voluptuosa fragancia peculiar.

Olían como a acacias y a carne morena de mujer, como su nuca rizada, como deberían de oler las dos pomposas magnolias de sus pechos. Entonces hundí mi rostro en aquellas ropas llenas de su perfume y sentí que se me envenenaba el alma, como si hubiese aspirado la fragancia de una flor enervadora y perversa.

II

LAS DOS HERMANAS

Hubiera sido inútil acostarme. Tenía fiebre y la figura de Margarita no se me borraba del pensamiento. Una idea audaz y maligna, como una loca diablesa, musitaba en mi alma audaces proyectos, aventuras insensatas.

A la mañana siguiente habría de marcharme para siempre con la farándula, no volvería a ver a la moza que temblaba de ingenuo deseo con mis palabras encendidas e insinuantes. ¿Por qué no había de lanzarme al peligro de la aventura? El amor es de los audaces, y si fracasaba, si Margarita se defendía de mi pasión, si gritaba y soliviantaba a toda la gente del mesón, saldría por la ventana y huiría a campo abierto como otras veces, huyendo del bataneo de los venteros burlados.

Pero, ¿y si triunfaba? Y enardecido, febril, me decidí a emprender la arriesgada aventura. Me despojé de los zapatos, abrí sigilosamente la puerta, comencé mi peregrinación por la galería con toda el alma puesta en los oídos.

El silencio era hondo; tan hondo, que resonaba monorrítmica y clara la marejada de mi corazón.

No me era muy fácil orientarme; recordaba que las muchachas dormían en el piso bajo, a la derecha del portón; pero, ¿qué puerta? ¿La segunda, la tercera? Tal

vez una rendija de luz, el ritmo de las respiraciones me ayudarían a acertar.

Caminaba a obscuras, tacteando. Sonó lejano un gran reloj de torre. Era el reloj de Casarrubios, que cantaba la hora, y el viento traía sus graves resonancias, plañideras y lamentosas como un gemido del más allá.

Al pasar por una ventana ví el campo solitario; el viento ululaba entre las masas negras de los olivares y la carretera tenía blancas reverberaciones bajo la plata de las estrellas.

La escalera, de madera carcomida, crujía bajo mis pies. Oí un rumor de pasos y me detuve. Los pasos avanzaban, también sigilosos y prudentes. Mas luego se abrió el portón que daba al cobertizo y apareció un hombre alumbrándose con una pequeña linterna.

Fué un tremendo momento. Me acordé del zagalón brutal y celoso y pensé en una cita nocturna con Margarita. Y sentí la horrible mordedura de los celos. Rebusqué en mis bolsillos mi faca cabritera y avancé resuelto. Aquel hombre no entraría nunca más en el cuarto de Margarita.

El gañán avanzaba, deteniéndose a escuchar. Sus pisadas sonaban blandas en el pavimento. Se dirigió a la escalera y comenzó a subir. Me fué preciso desandar lo andado, encerrándome en mi cuarto. Una puerta crujió y apareció una forma femenina que avanzó al encuentro del que venía. Se juntaron frente a mi puerta; era una de las mozas que iban a servir a la corte y uno de los arrieros que se holgaran con ella durante el bailoteo de la velada. Respiré tranquilo y me guardé mi faca.

¡Qué locura! Margarita es una muchacha honrada.

Y la sensación de que la moza era honrada fué como un espolazo para mis deseos. Cuando todo tornó a quedar en silencio reemprendí mi caminata por las sombras, más resuelto, más encendida el alma.

Ya en la rústica cocina, me fuí orientando al confuso claror del rescoldo. Una puerta... Nada se oía, no había

ninguna luz. Continué. Tras de la segunda se oía un rumor de palabras en voz baja. Quizás eran las dos hermanas que platicaban; esperaría a que el sueño las rindiese. El rumor ascendía, tenía sonoridades ásperas, gangueantes, monorrítmicas de salmodia. Por fin escuché claramente la voz agria de la arpía, que iba pasando los dieces del rosario.

¡Hubiera sido un lance estupendo que hubiese entrado a violar a la vieja!

Y esta idea tan monstruosa y tan grotesca me dió un latigazo de horror,

¿Qué hacer? Ya estaba otra vez desorientado en las sombras cuando escuché un ruido claro de pisadas en la cocina y ví un resplandor que llegaba poco a poco hacia mí.

Era Isabel, la menor de las hermanas. Venía de la corraliza, de echar algarrobas a las palomas. Se sorprendió un poco al verme surgir de la obscuridad.

—¿No sabes? Ese cuarto está embrujado; apenas apagué la luz escuché unos ruidos extraños, como un saco de arena que se vertiese en el suelo. Parecía que alguien andaba junto a mí.

La muchacha me contemplaba con sus grandes ojos crédulos y bobalicones.

—Y después comenzaron a dar golpes en las paredes, y en el viento que azotaba los cristales de la ventana había una voz ultrahumana que me llamaba por mi nombre.

—Pues nosotras nunca oímos nada.

—Pues te digo que en ese cuarto no se puede dormir.

Comprendí que la moza había caído en las redes de mi burda patraña. Como había salido a medio vestir, me daba lástima verla tiritar en el frío de la cocina.

—Vamos hacia tu cuarto, que tienes frío. Te lo seguiré contando por el camino.

Y la eché el brazo por el hombro fraternalmente.

—Y además, cuando oía golpes en las paredes me

entraba un terror invencible, porque me han dicho que eso sólo se oye tres días antes de morir.

Sugestionado por mis propias palabras, sentí un estremecimiento de terror y apreté junto al mío el cuerpo de la muchacha. Sus pechos pequeños y erguidos tuvieron un temblor de palomas cautivas.

—Y eres muy bonita, Isabel. Tienes unos ojos muy grandes y unos senos que a mí me gustaría mucho besar.

Isabel se encendió vivamente, mientras mi mano audaz acariciaba las dos flores gemelas de carne. Después la besé en la frente; quiso esquivar mis caricias echando la cabeza atrás, y entonces la llené los labios de besos largos y violentos.

—Déjeme, que nos puede ver mi hermana.

Habíamos llegado al cuarto de las dos doncellas.

—Oye, Margarita, el comediante dice que hay brujas en su cuarto.

—Sí que las hay, y aun puedo añadir que las traigo dentro de mí.

Margarita se puso toda roja al verme entrar, y me miró con una mirada ardiente y equívoca.

—¿Por qué ha entrado usted aquí? ¿No comprende que le puede ver alguien?

Entonces cerré la puerta y eché el pestillo y el cerrojo.

—Ya no hay peligro—repliqué.

Sin embargo, entonces era cuando comenzaba el peligro. La aventura tomaba un sesgo imprevisto, y os confieso que no me disgustaba el nuevo aspecto de la aventura. Era un lance digno del caballero Casanova. Tenía yo entonces henchido de optimismo el corazón, saltarina la sangre como un vino de fuego, y la medula no me habia cometido aún ninguna infidelidad.

—Vosotras me daréis hospitalidad esta noche para librarme de los malos espíritus.

Margarita protestaba débilmente.

—Anda, Isabel, acuéstate. Yo te ayudaré a desnudarte. Veréis: vamos a pasar muy buena noche.

Mis manos hicieron saltar los corchetes de la blusa. Isabel se defendía y quería cubrirse, ruborosa, el escote moreno. Yo la perseguí; en un dulce juego ella reía y corría por la estancia.

Al alcanzarla, la aprisioné en un enorme abrazo de fauno joven. Le así los senos, y formando una copa con mis manos, los elevé hasta la altura de mis labios.

Mi boca era una llama que fué de uno a otro, voraz, abrasadora.

—¡Que me hace daño, quite!

—¡Daño! Me hubiera gustado ver brotar el carmín de la sangre bajo la ferocidad de mis dientes. Mi boca vampiresa se hubiera bebido toda su sangre joven y voluptuosa, hasta verla caer exangüe, muerta, en un divino éxtasis de sensualidad. La sombra de Sade cruzó un instante por mi pensamiento.

Cuando comencé a desnudarme, las mozas protestaron.

—¡Por Dios! Eso es una locura. Nos pueden sorprender.

Como véis, el obstáculo fundamental era la opinión ajena. Al sepultarme bajo las sábanas, ocupé, como era natural, el sitio de honor: en medio de las dos hermanas.

Ya entonces me acerqué a Margarita, pasé mi brazo izquierdo por debajo de su cuello y la besé en la boca, con un beso inmenso, interminable, macerador.

—Por tí lo he hecho todo; por tí, mi gloria; por tus ojos de mora, por tus pechos, por tus caderas.

Ella respondía a mis caricias tímidamente. Desde mi primer beso estaba como extasiada, quemaba su piel y temblaba su cuerpo epilépticamente. Aquella mujer debía de desmayarse en el momento cumbre del amor.

El divino y tercero de los pecados mortales me llamaba con voz de sirena desde la cisterna de sus pupilas; temblaban en mis labios las palabras y no podía hablar; me ardían las sienes, mis manos eran como garfios. Me daba miedo y ansiaba furiosamente la apoteosis de la plena posesión.

¡Oh, sus ojos almendrados, fulgurantes, que se tornaban estrábicos en las excelsas agonías! ¡Su boca fresca y pueblerina, que gustó las puñaladas de miel de mi boca mundana y violenta! ¡Oh, la gruta impoluta y venusina que ardió con los divinos espasmos de Leda en los paraísos inefables y dolorosos de la iniciación!

¿Os acordáis vosotros del encanto inefable de las iniciaciones? Realmente es un momento transcendental. Tiene algo de rito, de misterio, de angustia y de gloria quintaesenciada. Es el bautismo rojo del amor, el único capítulo inolvidable en la novela de las mujeres.

Yo sentía hacia Margarita una amorosa piedad, porque estaba toda dolorida, macerada por la bestia que aullaba en mis sentidos, y a un tiempo mismo sentía un agudo placer en macerarla, en tundirla, en hacer sangrar sus labios húmedos y frescos como una flor mañanera, en poner rosetas rojizas con mis dientes en la carne sabrosa de sus mejillas.

Por dos veces manaron las fuentes de la vida el divino licor de la fontana misteriosa, que hace amable el vivir, a pesar del dolor y de la muerte.

Después de la batalla jubilosa caí muy dulcemente adolorido. Olía a carne fresca y un poco sudorosa, aroma femenino y emponzoñado de una picante jocundidad.

—Y qué, señor comediante, ¿se le han salido ya del cuerpo los malos espíritus?

Era la voz de Isabel, que sonaba irónica y despechada. Había olvidado a la mozuela en aquellos momentos delirantes, y la cuitada tenía las ojeras más hondas y los labios muy secos. Lo había presenciado todo, muda, extasiada, ebria, que estos juegos ardientes del amor ponen en el espectador un fuego aún más violento que en los protagonistas. La maga imaginación le cuenta a nuestra medula los más hermosos cuentos, y la realidad de la sensación nunca puede igualar a la magnificencia de la fantasía.

¡Pobre chiquilla mía! Ardía su carne y sus ágiles

piernas se contorcían, se trenzaban, se unían a las mías con una violencia que me hacía sentir dolor.

La loca no quería concederme una tregua. Yo reposaba con una dulce fatiga; mi mano jugueteaba con los rizos ásperos, como una flor de locura, rosa vesánica, de savias ardorosas, que se entreabría con un ritmo de fuego y un aroma fascinador. Yo quise hacer a la moza, para desagraviarla, una ofrenda refinada y digna de una emperatriz, un regalo sutil y decadente, cuyo refinamiento y cuya galantería ni imaginar podrían jamás los zagalones que la poseerían en lo sucesivo. Y con una inclinación versallesca besé la rosa loca, rizada y llameante de la virgencita.

Junto a la hermosura opulenta de Margarita, Isabel era más bien fea. Pero, ¿no habéis sentido nunca un placer violento en poseer a una mujer fea, y que, por serlo, extrema más sus fuegos y sus caricias? Margarita era el éxtasis, la hermosura magnífica, la leona encelada. Isabel era una llama viva.

Cogí su mano, y al conocer mi talismán de amor, la niña lo retiró vivamente.

—¡Grandísimo pillo! Miren qué cosas inventan los comediantes.

—Querida niña; eso estaba ya inventado en el principio del mundo. Fué la señora Eva la que tuvo el honor de descubrirlo. Sus hijas no se lo agradecerán nunca bastante.

Cantó un gallo. Su voz era un clarín fanfarrón en la quietud del alba. Nunca con más razón se podía decir que el tiempo era oro.

¡Qué divino momento! El cuerpo delgado y trigueño de Isabelita era como una sierpe enroscada a mi torso, a mis piernas... Su boca me asfixiaba, se me bebia el corazón. Huyendo de sus besos, abatí su cabeza sobre la almohada y la besé largamente en los oídos. Besos ligeros, apenas rozados, que electrizan los nervios; besos largos y apretados y sonoros, que resuenan dentro del cráneo. haciendo enloquecer; besos pene-

trantes, que son catapulta vencedora de las virtudes más zahareñas.

Podría vanagloriarme ante vosotros de haber realizado dos iniciaciones en los ritos galantes en aquella noche inolvidable. Pero, en honor a la verdad, la moza Isabelita estaba ya iniciada opíparamente por algún galán andariego que pasara una noche a la ventura por la venta del camino; que son las mozas de posada igual que la vihuela, que la pulsa el que viene para su regalo y luego la abandona a la partida.

Algunas horas después se iba la farándula. Reía el sol sobre nuestro palacio ambulatorio, ornado con viejos telones y desvaídas bambalinas. Desde la carretera las dos hermanas nos despedían agitando los blancos pañuelos. Sus rostros frescos y campesinos tenían una voluptuosa palidez. Yo llevaba en mis ojeras mis mejores blasones de galán.

Supongo que Margarita ya estará casada muy canónicamente con el zagalón brutal y celoso.

Y el marido estará encantado con ella; las mujeres son hábiles simuladoras de la virginidad. Basta con lo que ha dicho un ilustre cronista contemporáneo:

Un gesto de pudor y un grito a tiempo.

UN HOMBRE TERRIBLE

LA SOMBRA DE QUASIMODO

Aunque han pasado algunos años de la tragedia de Lázaro Arnal, los tenderos, los burócratas, los golillas y los curas, todo nuestro orden social, aullará de indignación al ver este nombre escrito al frente de estos episodios novelescos. Lázaro Arnal fué un anarquista que murió a tiros en la calle. Fué, pues, un enemigo de las uñas de los mercaderes, de las trapazas de los golillas, de la estupidez gregaria de los covachuelistas y de la farsa lúgubre de los sacristanes. Fué un anarquista sentimental que lloró la fría injusticia y el irremediable dolor de vivir. Y en una noche de locura soñó ser el redentor de tantos dolores.

Como veis, Lázaro Arnal no era un hombre sensato, un espíritu dotado de ese don precioso que se llama sentido común.

Estas páginas no son nada más que el recuerdo de nuestros diálogos de entonces. Fué mi amigo, y en las horas más tristes, yo conocí el desbordamiento de su corazón macerado.

Lázaro amaba todo lo bello con una unción religiosa, con ese misticismo extático de los verdaderos elegidos del arte. Amaba la música, la poesía; estaba a punto de caer de rodillas ante la maravilla de encaje

del arte gótico. Y cuando pasaba junto a él una mujer hermosa, en sus ojos tristes y azules se reflejaba el drama tremendo de su corazón. Porque Lázaro Arnal, que amaba tanto la belleza, había sido obsequiado por Natura con una puntiaguda corcova de camello que era el regocijo de cuantos le veían.

Así, Lázaro se aborrecía cuando al azar, miraba su lamentable caricatura en la luna de un espejo.

De aquel montón de carne ridícula surgía una cabeza de una nobleza digna de un caballero de Van-Dyck. Los cabellos rubios caían sobre la frente alta; los grandes ojos azules, hondos y tristes tenían siempre una gran luminaria espiritual. El óvalo era perfecto, el gesto de la boca señorial y levemente amargo; el mostacho fino y luengo, y una suave perilla dorada le daban un aire gentil de retrato antiguo, como el de un galán de la etapa romántica.

Su cuerpo era lo informe; las piernas cortitas y zambas, el buche adiposo, la corcova grotesca, y tan menguada la estatura, como la mitad de otro hombre cualquiera. Pero sus manos eran finas y delicadas, con pequeñez femenina, capaces sólo para escribir sus versos y sus sinfonías. Porque Lázaro era poeta y músico. A su muerte, los justicias se apoderaron de sus partituras, que ya habrán devorado las ratas en el fondo de los sótanos judiciales. Y tal vez fuesen bellas y sinceras: quizás, entre las líneas de papel pautado, hubiese un poquito de gloria para el pobre Lázaro. Pero, ya veis, esa gloria se la han comido los ratones.

También en la tragicomedia de su vida siempre fué su corazón pasto de las alimañas.

Se burlaban de él las mujeres, y los niños huían como ante la presencia de un monstruo. La sola caricia que recibió de una mujer le dejó una llaga en el corazón. Fué una hermosa y alocada menestrala que le pasó, suavemente, un décimo de Lotería por la espalda gibosa.

—Usted dispense; pero dicen que da buena sombra...

Y se marchó riendo con un desbordamiento de fragancia y de juventud.

Era muy pobre. Vivía de lo que ganaba copiando música para un editor. Llevaba sobre su frente el escarnio de los hijos naturales. Así la pobreza y la corcova hundían la vida de Lázaro en la más angustiosa soledad. Vivió, amó y lloró en sí mismo como si su alma estuviese cautiva en una casa solitaria. Pero la soledad sólo es propicia para los genios o para las bestias, y Lázaro no era sino un pobre monstruo grotesco y sentimental. Tenía que vivir con los otros hombres, y esa fué la mayor crueldad de su destino.

Yo le conocí en un comedor económico. Se sentaba aparte; entraba y salía sin ruido, para que nadie se fijase en él. Sin embargo, la jácara de los habituales parroquianos hizo presa en su lamentable figurilla.

Le llamaban la sombra de Quasimodo.

Un HOMBRE DE ACCION

—Hay cordero, hay judías, hay hígado...

—Basta, tráigame judías... Un real de judías.

El comedor estaba lleno de gente. Arnal solicitó el mísero condumio, en voz muy baja, confidencialmente. Pero el patrón no le quiso guardar el secreto y pidió a gritos:

—Una de judías para el *jorabao*.

Arnal enrojeció. Todos los comensales se rieron mucho.

—¿De qué se ríen esos idiotas? ¡Como si el hombre llevase la joroba por su gusto!

El que así hablaba era otro parroquiano solitario, el compañero Pedro Rojo, un terrible demagogo.

—Y eso le pasa porque no ha escabechado a uno. ¡De mí podían reirse, aunque tuviera más joroba que el camello de Tartarín! A ver, patrón. Dos raciones de hígado, una para mí y otra para este caballero.

Lázaro le dió las gracias conmovido, y rehusó:

—Muchas gracias; yo le agradezco en el alma esa ración de hígado, pero...

—Usted se come el hígado por... *tripas*—gritó con voz iracunda, cogiéndole de las solapas.

El compañero Rojo era un hombre terrible. Hasta

cuando invitaba a comer tenía aires de matasiete. Lázaro, temblando, se comió los negros pedazos de carne correosa. En el fondo se lo agradecía mucho. ¡Entre su apetito y su peculio había un abismo de distancia!

—¡Qué me va usted a decir a mí! Yo sé lo que es el hambre y lo que es morderse los puños de rabia sin tener donde acostarse en plena capital. En esta ciudad católica y civilizada se puede uno morir perfectamente de miseria.

El compañero Rojo era sociólogo. Iba a los comicios como orador truculento; declamaba siempre el mismo discurso y fatalmente iba a dormir a la comisaría. Esto le dió popularidad, y un día tuvo el honor de ser llamado por el *Caudillo*, por Augusto Rayón, el *azote del Régimen*, como le llamaban a diario en *El Inexorable*, un periódico propiedad del mismo *Caudillo*.

—Amigo Rojo, yo sé que tú eres un ciudadano *con riñones*. Me he acordado de ti para que dirijas *El Inexorable*.

—Gracias, *Caudillo*. La contra está en que yo apenas sé firmar...

—Eso no tiene importancia. Tú eres de la idea: yo sé que tú te dejarías hacer pedazos por la República y eso basta. Tienes doce duros al mes, más fijos que el sol, y no tienes que hacer sino firmar los números del Gobierno.

Así quedó cerrado el trato. El compañero Rojo tomó posesión del cargo de director testaferro de *El Inexorable*.

Desde aquella fecha gloriosa, Perico Rojo fué el mastín de Augusto Rayón.

Después de devorar las dos raciones de hígado en salsa, Rojo y Arnal salieron del figón. El revolucionario compró dos puros.

—Venga usted a tomar café conmigo; aquí, a *La Taza Ideal*, un *tupi* donde nos reunimos unos cuantos correligionarios. Ninguno creemos en Dios, ¿sabe us-

ted? Somos hombres conscientes y para nosotros no hay más que D. Augusto Rayón, el *Caudillo*.

En realidad, el *Caudillo* debía de ser un personaje extraordinario, cuando había sustituído a Dios en el alma de aquellos ciudadanos *conscientes*.

—¡Y que no hay más que él! Algunos están por Nicomedes Alvarado, pero es porque no saben que está vendido al Régimen. *Es un hijo de la gran ciudadana*, como yo digo.

Al saber que Lázaro tenía aficiones literarias, Rojo le aconsejó que se hiciera periodista.

—Eso es muy fácil, verá usted. Para ser periodista radical basta con saber que La Cierva lleva pantalones a cuadros, que Maura pinta acuarelas y que los frailes suelen estar rollizos. Con estos elementos se hacen artículos muy demoledores.

Entretenidos en esta plática tan instructiva, llegaron al cafetín llamado *La Taza Ideal*.

UNOS JUEGOS FLORALES

La sala estaba llena de humo y de un sordo rumor de voces. En las mesas se apiñaban obreros, busconas, empleadillos de ramplona traza. En el mostrador había un gramófono que aumentaba el guirigay con los sonidos extridentes de su garguero de metal.

—Salud, compañeros—exclamó Rojo aproximándose.—Aquí, el señor Arnal, es uno de los nuestros.

Y de esta sencilla manera, tal vez contra su voluntad, Lázaro Arnal entró en la cofradía de los hombres terribles, demoledores de las monarquías y enemigos personales del Papa.

De todos modos, Lázaro no estaba descontento. Los revolucionarios parecían no fijarse en su corcova y el compañero Rojo le ofrecía un nuevo modo de vivir, y sus promesas estaban afirmadas en una suculenta realidad, compuesta por una ración de hígado en salsa, un puro de veinte y un café con gotas. Realmente, el compañero Rojo era un burgués que no se privaba de nada.

De pronto cesaron todas las conversaciones. Acababa de entrar un señor con melenas, un chapeo abollado y una gran chalina encarnada.

—¡Es *Fabio Caracolillo!* ¡Es *Fabio Caracolillo!*

—¡Es el poeta premiado en los juegos florales de *La Taza Ideal.*

Lázaro estaba un poco sorprendido, y uno de los contertulios, el Sr. Olmedo, filósofo nihilista—un hombrecillo bizco y patizambo—se encargó de ponerle en antecedentes de quién era el asombroso *Fabio Caracolillo* y de otros pormenores del maravilloso cafetín, donde había tenido la fortuna de caer aquella noche.

—La poesía no es ya sólo placer de las minorías aristocráticas; se ha democratizado, está latente en el corazón del pueblo. Lo que antaño sirvió para regodeo y elogio de reyes, es hoy solaz de la clientela de un *tupinamba.* Ved qué alto espíritu lírico el de este modesto cafetero que ha dirigido a sus contemporáneos plumíferos esta conmovedora alocución:

«En vista de que el Gobierno abandona a los poetas en la mayor penuria, y para evitar que estos hijos de Apolo se mueran de melancolía y de inanición, hemos determinado abrir un *Concurso* para premiar con quince pesetas una poesía que haga alusión al regalo de media copa de licor que hacemos los viernes a toda nuestra distinguida clientela».

El señor Olmedo se puso de pie, y con voz sonora, continuó su discurso. Toda la *distinguida clientela* estaba pendiente de su verbo portentoso.

—«¿No os parece conmovedor este rasgo del módico industrial, derrochando su peculio en el enriquecimiento de las patrias letras? ¡Oh, magníficos tiempos en que la dama Poesía se exhibe en los escaparates, y Mecenas ha puesto un café económico!

«Y, ante todo, mi conciencia no me permite que quede en la obscuridad el nombre de *Fabio Caracolillo,* donoso remoquete tras del que se oculta un ingenio peregrino. Yo quiero loar al que supo elogiar la media copa de licor en rimas anacreónticas, versos que fueron señuelo para el viandante y granjería para el cafetero. ¡Oh, grande hombre que miras a la inmortalidad desde la portada de una tiendecilla pintada de verde! ¡Tus estrofas son deleite del parroquiano junta-

mente con el gramófono que pone sobre el moka de tres perros chicos un gran encanto sentimental cuando gañe el «Adiós a Granada», o cuando vibra en la despedida a la vida de *Tosca*».

«¡Salve, oh inmenso Fabio, y tú también, tendero protector de la poetambre, que ofreces tus buenos tres duros como tres soles al que acierte a decorar tu portada con una rima que, si no figurará en las Antologías, será más leída y más interesante que la flor natural de todos los Juegos florales que en el mundo han sido. Y aquí doy fin a mi discurso porque no se crea que soy un orador subvencionado por el dueño del café.»

Apenas terminó su perorata, se le acercó un camarero.

—Señor Olmedo; de parte del amo que ¿qué quiere usted tomar?

—Un café con dos medias—exclamó solemnemente el señor Olmedo, filósofo nihilista.

Fabio Caracolillo recibía muchas enhorabuenas, y el amo del café, un hombre grueso y bonachón, alzóse a dar las gracias personalmente.

—Usted me confunde con sus elogios. Yo, dentro de mis escasas fuerzas, hago lo quedo... Lo que siento es no poder darles dinero a todos los poetas. ¡La poesía anda tan mal en España! Mire un detalle curioso: después de publicado el fallo del Jurado, *el mostrador* —entre los mercaderes el mostrador tiene una especie de personalidad—invitó a los cincuenta y seis concursantes, y, excepto tres que renunciaron al obsequio, todos los demás pidieron ¡café con media de arriba!

—Es que las tostadas de arriba son más grandes—arguyó el señor Olmedo, sentenciosamente.

—Feliz tú, querido Fabio—gritó un joven muy flaco, con traza de poetilla.—¡Asusta pensar la cantidad de cafés que se va a tomar este poeta premiado, hijo adoptivo del establecimiento!

Olmedo le interrumpió compasivo:

—Dediquemos un piadoso recuerdo sentimental a

los fracasados, a aquellos que no tuvieron la fortuna de convencer al competente Jurado. Yo veo sus melenas lacias, sus chapeos atrabiliarios, sus fácies famélicas y les oigo decir melancólicamente ante el escaparate:

—¡Qué lástima! Aquí he podido yo inmortalizar mi nombre y asegurarme un desayuno vitalicio.

EL CAUDILLO

El Inexorable se hacía en un piso tercero de la calle de la Cruz Verde. Una mesa larga, llena de periódicos provincianos, dos tarros de goma y unas enormes tijeras eran los elementos con que los súbditos de Rayón minaban a diario los cimientos de nuestra sociedad burguesa. Las tijeras eran el redactor principal de la gaceta demagógica.

El señor Olmedo, el filósofo nihilista, sostenía una fiera lucha con García, el administrador de *El Inexorable*.

—No tengo un céntimo, señor Olmedo. D. Augusto se ha llevado los fondos. Tenía que pagar una factura de gasolina.

—¡Eso es, y que los redactores coman suela! Don Augusto me va resultando un fresco. ¡Pues si no se me dan esas doce pesetas, hoy va a escribir el fondo el *chauffeur* de don Augusto!

Se abrió la puerta y entró *el Caudillo*, seguido de Rojo y de Lázaro Arnal.

Don Augusto era un gran tipo de luchador. Tenía la mirada inteligente y sagaz, la frente noble, los rasgos faciales enérgicos. Sin embargo, *el Caudillo* poseía una voluminosa tripa de tendero; con aquel vientre, sobre

el que tintineaba una onza de oro colgando de un calabrote, no se podía hacer la revolución. Llevaba las manos, gruesas y amoratadas, llenas de sortijas; parecían las manos de una carnicera en día de fiesta. Un ancho chambergo, un rotén y un puro con faja completaban su aspecto de comerciante enriquecido, su empaque plebeyo de indiano. Sin embargo, Augusto Rayón tenía talento y era un admirable fascinador de multitudes. Fué durante veinte años la esperanza de los proletarios, de los inadaptables, el hombre faro para los parias del torvo dolor social. Pero *el Caudillo* carecía de espíritu romántico, o quizás lo fué perdiendo poco a poco, mientras se redondeaba su barriga e iba conociendo las dulzuras de la vida regalona, con mujeres guapas y dinero abundante.

Ahora el único creyente que le quedaba era el compañero Rojo.

Arnal contemplaba con gran interés al *Caudillo*. El era pobre, triste y feo, y tenía una gran sed de amor y de justicia. Era la encarnación del alma del pobre pueblo, toda dolor, escarnio y romanticismo. Pensó que don Augusto podría llegar a realizar la obra de la renovación nacional, de la dignidad del hombre. Si él quisiera destrozaría la podrida armazón social; llena de bárbaros atavismos y de absurdos privilegios, y advendría el reino de la justicia, del amor y de la armonía.

Así pensaba Arnal ingenuamente. Y se exaltaba soñando con la utopía luminosa. Bajo su gran joroba, Lázaro tenía un noble espíritu soñador. Era un dromedario muy sentimental.

Oyéndole hablar, *el Caudillo* sonreía. Lázaro era carne de çañón. Aquel hombrecillo débil, grotesco y apocado tenía madera de anarquista. Esos seres tristes y silenciosos que están al margen de la vida por una tragedia moral o por una deformidad física son peligrosos, sobre todo si tienen imaginación como Lázaro Arnal y son buenos y románticos. Son capaces de sacrificar su vida, que vale tan poco por triste y menesterosa, y van con una bomba en busca del tirano.

Obran de buena fe, creyéndose salvadores de la Humanidad. Ellos hacen lo que en esencia predica en sus soflamas D. Augusto en los comicios, deseando tal vez acabar pronto para ir a folgarse con una guapa moza o para hacer una visita de cortesía al Ministro en cuyo departamento dicen que están los famosos *fondos de reptiles*.

Por recomendación de Perico Rojo, Arnal fué admitido como redactor en *El Inexorable*, con quince duros al mes.

—Yo le agradecería mucho que me instruyese acerca de los deberes del periodista revolucionario. Creo que poseo la primera materia: una íntima comunión con el dolor social, una gran protesta contra todas las injusticias instituídas, un amor a lo bello...

—Verá usted—exclamó *el Caudillo*—: Usted sueña un poco, exalta los conceptos... El periodista radical tiene que hablar mal del Gobierno y de los curas. Yo le daré a usted una lista de tópicos que le ayudarán mucho en su tarea. He aquí unos cuantos: «El cura es la sanguijuela que se chupa la sangre del obrero», Ferrer es el cristo de la libertad», «Los ministros se fuman la breva del Poder», «Todos los clérigos están gordos y se acuestan con las amas», «¡Viva la blusa libre y la alpargata con honra!»

—Sí, sí; pero eso carece de esencia filosófica...

—A nuestros lectores les entusiasma mucho—murmuró Rayón con una sonrisa burlona—. Tome usted un veguero y baje un poco a la realidad. Aún tardaremos un poco en traer la República, y mientras hay que vivir. Y para eso hay que hacer campañas contra las grandes Compañías burguesas, contra los *trusts* que estrujan al obrero...

—Eso es—clamó Lázaro con entusiasmo—. Hay que destruir esos monstruos de egoísmo, esos modernos negreros sin entrañas...

—Tanto como destruirlos, no digo; a *El Inexorable* le basta con sacarles el anuncio para la cuarta plana.

Arnal bajó los ojos avergonzado. Indudablemente él

no comprendía bien los deberes de un periodista revolucionario. Ya se iría entrenando poco a poco.

Poco después se separaron. En la calle sonó la bocina de un *auto*, y *el Caudillo*, repantigado, feliz, con su gran veguero humeante, se alejó. A su paso triunfal le saludaban los miserables, los inadaptables, los que esperaban con fiebre en el alma una nueva aurora de redención. Las ruedas del coche salpicaban de lodo las blusas en jirones, las capas mugrientas, las caras trágicas de la miseria...

UN CONSPIRADOR PELIGROSO

España era en aquella época un foco de revolucionarios. El Dictador era un hombre gordito, de instintos crueles. Era la reencarnación del espíritu de Torquemada en el cuerpo ridículo de un tendero. Este Dictador era un abogado listo, que era fiscal o defensor de una misma causa, según oscilasen los honorarios. Era muy defensor de la Iglesia y presidente de una Junta llamada «Liga de molestias para el ciudadano». Como Rayón parlaba siempre de la libertad, de la revolución y de la dignidad del peón de albañil, el Dictador tenía siempre en los labios las palabras, creencias, orden, moralidad. Espiritualmente, eran el mismo personaje con distinta carátula.

Nombrábase el Dictador don Zoilo de la Pantera. Había llenado las cárceles de revolucionarios, y don Augusto Rayón le tenía mucha tirria, porque le habían suprimido la subvención a *El Inexorable.*

Varios ciudadanos *conscientes* habían formado un *club* petrolero. Se trataba de suprimir al sanguinario don Zoilo, quien, ajeno a la peligrosa conjura contra su ventripote personilla, se ocupaba de fraguar una nueva ley suprimiendo el tan acreditado juego del *mus*, que él consideraba nocivo para la salvación del alma.

El amo del cotarro anarquizante era el señor Olmedo, el nihilista bizco y patizambo, y se reunían secretamente en la trastienda de un figonero que era también *de la idea.*

Arnal se hizo conspirador. En unión de Perico Rojo, y envueltos en amplias capas y con gorras de pelo, metidas hasta el occipucio, se encaminaron al salón secreto del *club.*

Ya estaban allí todos los comprometidos, excepto el figonero. Este había tenido que ir a la comisaría en unión de dos hambrientos que, después de atiborrarse de comida, resultaba que no tenían dinero para pagar. ¡Había que escarmentar a aquella canalla, porque si se corría la voz de que en su figón se podía comer sin dinero, no le iba a quedar en la despensa ni un solo chorizo de Candelario, que eran una «*cosa seria*»: *lomo puro*, como decia el propio señor Petronilo, que, además de fondista, era un gran orador ácrata; aún recordaban todos su famoso discurso proclamando airadamente que «la propiedad es un robo, y un residuo inquisitorial el *principio de autoridad*».

Cuando regresó el señor Petronilo, ya satisfecho por haber dejado en los calabozos judiciales a los atentadores contra su propiedad culinaria, se abrió solemnemente la sesión. Sobre las mesas había varios frascos de Cazalla, para que los conjurados mantuvieran perenne el ardor de las reivindicaciones sociales.

El compañero Rojo tomó la palabra.

¡Ciudadanos! ¡Salud y revolución!

Grandes aplausos.

—¡Don Zoilo de la Pantera es el verdugo del pueblo!

—¡Olé los castizos!—aulló el presidente del Comité de la Inclusa, que era papelista y *más chulo que Dios.*

—La Pantera se chupa el sudor del obrero; la Pantera tiene las manos manchadas con la sangre del compañero Curdaneta, el gran apóstol de la idea. ¡Todos recordaréis cómo murió el mártir! Era sábado, había cobrado, y como era costumbre legada de padres a hijos, se tomó media docena de medios chicos y salió a la calle cantando:

«Costas las de Levante ..»

Un esbirro del Régimen le salió al paso. —¡A ver si

va a poder ser que no grite el beodo. —Curdaneta, siempre digno, repuso: —¡Es que el obrero tiene derecho a expansionarse! ¡Viva la República! —¡Eche usted *palante!* El pobre Curdaneta fué encerrado en las mazmorras de la reacción. ¡Y de allí salió para el Depósito! El médico dijo que había fallecido de un ataque de alcoholismo; pero es que el médico estaba vendido al oro de la burguesía. ¡La Pantera fué quien se merendó al apóstol de la libertad!

Rugidos tempestuosos.

El compañero Olmedo se levantó.

—Después de las palabras del compañero Rojo, ¿para qué hemos de hablar más? ¡Hay que obrar en seguida! ¿Os parece que se proceda al sorteo?

¡Sí! ¡Sí,

Pero el Dictador tenía un hada-madrina que velaba por su preciosa existencia. Se oyó un gran estrepito en la tienda y aparecieron varios policías revólver en mano.

—¡Al que se mueva le abraso!—gritó un inspector.

Esto es lo que se le ocurre decir, invariablemente, a todo ciudadano que exhibe un revólver.

Los terribles conspiradores se dejaron atar resignadamente.

—¡Ha habido *soplo!*—gruñía el compañero Rojo.

Arnal, muerto de miedo, se fué deslizando hábilmente hasta la puerta de la cocina. Nadie paró mientes en él ni en su joroba, y si acaso algún corchete le divisó, como había poca luz, acaso le tomara por un perro del establecimiento.

Ya en la cocina figoneril, buscó un escondrijo más seguro, y se emparedó en una alhacena. Cuando salió, varias horas después, un amigo que le detuvo en la calle exclamó admirado:

—¡Querido Arnal, está usted suculento! ¡Trae usted un aroma de estofado, que da gloria olerle!

EL HOSTAL DE QUASIMODO

Allá, al cabo de la manolesca calle de los Irlandeses se alzaba una casuca de vecindad—montón de andrajos, de liendres y de hambres a diario, palenque de borracheras los sábados y rincón del infierno de por vida.

Doña Belisa era la regenta del hostal misérrimo donde dormía Lázaro, a razón de dos reales diarios, sin ropa limpia, que la limpieza no era cosa posible en aquel antro hospederil. La tal matrona era como de unos cincuenta años; su rostro era vivero de verrugas; en el cuello traía siempre un tumor supurante, y estos alifafes, junto con las fuentes de las piernas, eran el constante adorno de su purulenta persona. Nariz achatada, barbeta ganchuda, pies juanetudos, calzados con botas masculinas; los pechos, muy grandes, como fláccidas bolsas, las ancas enormes y casi calva la cabeza, donde los escasos mechones chorreaban el tizne hasta las cejas.

Y lo singular, lo monstruoso, lo grotesco, es que aquel montón de llagas, de granos y de pestilencia estaba siempre en ardentía, como gata en el mes amoroso. Jamás hubo en el mundo vieja más cosquillosa y aficionada al calor de los calzones. Fué casada la tal, y dicen que el marido murió aspeado y fué a llamar con los cuernos en la puerta de Satanás. Desde el primer

día de viudez hizo voto solemne de dormir con varón, más como penitencia que por gusto, que así no dejaba descanso al cuerpo, y además, porque durmiendo sola, le tenía mucho miedo a los fantasmas.

A la sazón, iban escaseando los acompañantes nocturnos, y eso la tenía dada a los demonios. Les hacía la corte a todos sus huéspedes, a los que venían a visitar a los huéspedes, al vecino de al lado, a un señor que se equivocaba de piso... Era una lástima que con tan precioso temperamento no fuese un poco menos absurda, lo suficiente para poder transigir... Así pensaban los pupilos, todos ellos trotacalles, hambrones y bigardos, que hubieran aprovechado el afán de regustillo de la dama para convertir en realidad la quimérica utopía de un cocido cotidiano.

La única esperanza que le restaba a la amorosa inquietud de doña Belisa estaba en la rolliza persona del *Ciego de Santo Tomé,* un mendigo que vivía con más holgura y regalo que los demás huéspedes. Cuando el ciego sacaba bastantes monedas en su clásico menester de mangante, se alumbraba el espíritu con unas cuantas medias copas de Cazalla, y en este momento era capaz de cualquier atrocidad... Doña Belisa acechaba ese momento—lo que solía acaecer los domingos, día de más devoción en Santo Tomé—, y enredaba al ciego en sus tentáculos voluptuosos. Los días laborables se los pasaba hipando por el pasillo y lanzando suspiritos, no muy conforme con que aquellos regodeos no fuesen sino hebdomadarios.

Tenía dos vástagos, Manolo y Conchita, que sufrían con paciencia las furias maternales. Les daba de comer ensalada en verano y patatas *viudas* en las otras tres estaciones, y los dos chicos estaban amarillos y casi transparentes. El muchacho era recadero de un notario, y la chica modista. Conchita era una rubita pálida, con los ojos obscuros, muy linda y mimosa. Tenía diez y ocho años y ganaba tres reales.

Eso le indignaba mucho a la madre.

—Con tu palmito y a tu edad, una buena hija no

debe consentir que su madre no tenga qué llevarse a la boca... ¡Y para ese pago me he desvivido yo por ti!

—¿Quiere usted que me tire a los perros?

—¡A los perros! Si yo lo digo por tu bien. Mira, don Manuel, el administrador, me pregunta mucho por tí... Tiene fama de rico, Con unas cuantas cucamonas que tú le hicieses, viviríamos como reinas. Por de pronto el alquiler nos lo ahorrábamos, y ya sabes los sudores que me cuesta reunir el dinero... Y siempre con la casa llena de gentuza.

—Bueno, déjeme en paz. ¡Que me está usted *dando el te* con el tío viejo ese! ¡Yo no quiero ser golfa!, ¿está usted?...

—*¡Descastá!* ¡Se pone con su madre como una loba! Algún día me darás la razón, cuando tengas más conocimiento.

El hijo estaba completamente hético. ¡No se puede impunemente no comer más que lechuga! Era un espectáculo muy triste ver a aquel muchacho de veinte años, depauperado, moribundo de hambre, tosiendo trágicamente, por el espíritu de ahorro de su madre, que guardaba las monedas en un calcetín, con deleite de garduña.

Entre los pupilos figuraba una compañera del *Ciego de Santo Tomé*, con los ojos muertos también, alta y guapetona, frisando en los cuarenta. La ciega y el ciego eran la aristocracia de la posada, los únicos que comían a diario y con cierto refinamiento de sibarita. Eran los únicos que estaban gordos y lucidos, los que bebían vino y tomaban café después del yantar, gracias a la caridad de las buenas almas.

Lo que era una verdadera sucursal del infierno, era la negra cocina hospederil. ¡Se reunían a guisar, al mismo tiempo, ocho mujerucas!

—A ver si *pué ser* que arrime mis judías a la calor.

—Ni que fueran de celuloide, señora. *Nesecita* el fogón *pa* usted sola. ¡Nos ha *revacunao!*

—¡A ver si no hay derecho! ¡Que el *piri* de mi hombre *tamién* es hijo de Dios!

—Que se vaya al Palace a que le den dos *rundis* de alubias al galope. ¡No es pelmazo ni *na* el señor Isabelo!

Era la fiera conquista del único fogón de la casa. El señor Isabelo era un albañil siempre en huelga, porque decía que no se dejaba explotar por los cochinos burgueses. Su coíma era la que lo ganaba con su cuerpo serrano, en apacibles paseatas, todos los anochecidos por las calles céntricas de la corte. La Trini era una morenucha pinturera, que trabajaba con mucho gusto porque su hombre no tuviera que rebajarse con los patronos y para que pudiera alternar en la taberna. ¡Lo primero, la dignidad de su hombre!

EL PROFESOR DE «CANTO»

Lázaro estaba radiante de entusiasmo. ¡Era un hombre de acción! Ya había dejado de ser un grotesco jorobado, ahora era un enemigo terrible del régimen. Se sentía audaz y confortado interiormente, lo que él achacaba a la llama del ideal político, y sin duda era así, juntamente con un régimen alimenticio de mayor consistencia.

Además, la niña de su patrona le causaba una dulce turbación... Comprendía que se iba enamorando de ella poco a poco, y esto era verdaderamente transcendental para Lázaro. El podía ser la salvación de aquella muchacha, en peligro de ser lanzada a la vida de aventuras por la codicia de la madre. ¡El un salvador de doncellas, como en los folletines; un Lohengrin con corcova! Y a su vez, el amor de aquella gentil rubita podía llenar de ilusión, de calor, de vida, de razón para vivir sus horas grotescas, tristes y vacías de sapo con alma. Lázaro sentía la necesidad del cariño de mujer, porque, según hemos dicho, era un monstruo muy sentimental.

Sin confesárselo a la chica, iba tejiendo con ella el único capítulo ilusionado y amable de su vida. La esperaba al salir del obrador, y algunas veces se atrevía a acompañarla unos cuantos minutos. Pronto se despedía,

porque le daba gana de llorar verse tan ruin y tan ridículo junto a la femenina gentileza. Después se iba al periódico y escribía un artículo verdaderamente anarquista. ¡Ah, cuánta sinceridad, cuánta amargura, cuánta rebeldía palpitaba en aquellas cuartillas destinadas a revolucionar a los honrados cofrades del *Palacio de los parías*, edificio en donde los hijos del trabajo preparan la revolución en sus ratos de ocio, jugando al dominó, de compañeros.

De noche solia ir a algún teatro con el vale del periódico. Una vez que aguardaba en el vestíbulo, vió al señor Olmedo, lujosamente ataviado, con traje nuevo y un magnífico veguero entre los dientes. Colgadas de sus brazos traía dos amables damas de la aventura.

—Pero, señor Olmedo, ¿es usted el filósofo nihilista? Además, ¿quiere usted explicarme cómo no está en la cárcel, igual que los otros compañeros del complot?

Al filósofo nihilista no le hacía ninguna gracia el encuentro. Pero repuso con un aire de cinismo de buen tono:

—Amigo mío: yo, en el fondo, soy un artista y quiero que las mujeres me embellezcan la vida. Y un artista debe vivir bien, con ciertas comodidades, con ciertos sibaritismos... Tome usted un Partagás. Bien, quítele usted la sortija, que va usted a parecer un concejal en día de elecciones. La falta de costumbre...

—Pero, ¿no le echaron a usted el guante?

—Le diré a usted. Me soltaron en seguida. El ministro es muy simpático y me ha convencido. Ahora me voy a la monarquía. Los artistas debemos vivir bien y tener dinero, y en el campo de la oposición el *Caudillo* no ha dejado ni dos pesetas. ¡Es un aguilucho! El ministro me obsequió con un billete de esos que tienen el retrato del palacio real. ¡Esa sí que es una buena propaganda monárquica!

Lázaro estaba indignado.

—Pero usted nos ha vendido por mil pesetas. Usted ha sido un confidente de la Pantera.

—Exactamente, amigo mío. Veo que es usted me-

nos tonto de lo que parece. Fíjese, todos los revolucionarios acaban siendo confidentes de la policía. Entre aquí, al bar, tomaremos una cerveza y charlaremos. Aún tardarán cerca de media hora en dar la entrada.

—Mire, querido Arnal, cuando yo vine de Badajoz —porque yo soy paisano de los conquistadores de Nueva España y de los famosos chorizos extremeños— tenía de la regeneración de la patria un ideal tan romántico como usted. Me fuí colando en los periódicos revolucionarios, bullí en la bahorrina de la política, y al cabo de cinco años me he convertido en un conservador rabioso. ¡Y crea usted que yo era sincero, que estaba lleno de noble amor a los oprimidos, que me dolían las miserias de mi país como una llaga en mi propia carne!... Bah, espejismos de la juventud. Tome usted otro cigarro. La República está muy lejos; los paladines de *la niña* son unos negociantes sin prestigio, y el pueblo es completamente idiota. Vota, por dos pesetas, para que sea concejal un panadero, quien al día siguiente propondrá al concejo que los panes cuesten más caros... El sufragio es, como usted sabe, una farsa vergonzosa y criminal. Recuerde usted la frase de D. Ramón de Campoamor: «Yo soy diputado por... Romero Robledo». Bien. Todo nuestro esfuerzo será estéril, y mientras, nos moriremos de hambre. Esto es imbécil, amigo mío. Yo era, hasta hace poco, filósofo nihilista; ahora creo hasta que la madre del ministro parió y quedó pura. Por mil pesetas lo creo yo todo. Lo principal es vivir, acostarse con mujeres guapas y bien olientes y tener unos duros en el bolsillo...

—Pero, ¿y la conciencia? Un hombre sin ideales es un guiñapo—clamó Lázaro escandalizado.

—¡Ideales! ¡Qué rico era yo de ideales cuando vine a Madrid con toda la fe de mis veinte años! Mis ideales se han ido haciendo añicos por esas redacciones de periódicos, en los comicios populares, en el trato con los hombres-faro, con los caudillos de la idea... Los monárquicos son gente más lista; tampoco tienen ideales, pero *chupa del bote*. Bah, crea que he sido

cruelmente robado en lo más puro, en lo más florido de mi alma. Ahora sólo pienso en sacar dinero, sea como sea. Madrid ha sido mi maestro de picardía. A cambio de muchos días de hambre, he aprendido a ser un combinacionista. Me propongo fundar un periodiquillo de *chantage*. Pienso poner en mis tarjetas:

FERMIN OLMEDO

Ex filósofo nihilista. Hoy, profesor de canto

—¿Eh? ¡Je, je! Y *cantaré* en mi periódico todas las infamias, todas las porquerías, todos los *negocios* de que tenga noticias, claro es, que si los interesados no me dan dinero. Lo primero es vivir bien.

Y Fermín Olmedo cogió del talle a una de sus gentiles y perfumadas amigas. La muchacha era extraordinaramente guapa. Lázaro, el miserable, el triste, el sin amor, aunque, a pesar suyo, casi creía que el señor Olmedo tenía razón.

Al salir del teatro se dejó convidar a cenar por el ex filósofo. Las dos damitas les acompañaron.

Después... ¡Oh, después sucedió una cosa cómico-trágica! Olmedo le invitó a que pasase el resto de la noche con la otra señorita. Era una espléndida belleza rubia, de carne blanca y fragante a azahares. Lázaro rehusó avergonzado y corrió a esconderse en su zaquizamí.

¡La pobreza! ¡La hórrida y grotesca pobreza! Aquella hermosa mujer era para él un sueño radiante de felicidad .. Pero se vió forzado a rehusar. ¡Estaba tan mal de ropa interior!

CAFÉ DE BARRIO

Era domingo. Lázaro salió del periódico más pronto que de costumbre. Se aburría pegando recortes e inflando telegramas. Además, tenía prisa por volver al hostal de doña Belisa. La muchacha estaba llorosa, dudando, en brava lucha con su madre.

—Don Manuel, el administrador viene todos los días cuando tú estás en el obrador. A esa muchacha, me dice, la conviene un hombre serio, como yo, que le asegure el porvenir. Hazte cargo, mujer.

—¿Empieza usted ya con la tabarra?

—¡Descastada! ¡Qué ha de querer tu madre más que tu bienestar! Fíjate cómo estamos, ¡con trampas hasta los ojos! Y tu hermano está muy malito, ¡hijo de mi alma! Necesita que se le cuide mucho; ¿y qué vamos a hacer sin dinero ni para lo necesario?

Conchita rompió a llorar. Quería mucho al hermano, enfermo de miseria, moribundo por la tacañería de la madre. Doña Belisa aprovechó aquel momento de emoción para hablarle al oído, bajito, muy bajito, con la voz insinuante de la serpiente al oído de Eva, la Rubia.

—Esta noche nos aguarda en el café de la Piña. ¿Quieres que vayamos? Con un poquito de coba le sacamos todo lo que tiene. Los viejos molestan poco a las mujeres. Decídete. Tendrás vestidos bonitos y esos

zapatos de terciopelo por los que estás piando, y podrás dejar de trabajar. Con que le entornes un poco los ojos ya le tienes *chalao* por tus hechuras...

Lázaro oyó el diálogo vergonzoso desde su cuarto. Había que tomar una determinación radical, hablar claramente con la muchacha, y si ella no rechazaba su cariño, su pobre cariño de hombrecillo grotesco, arrancarla a aquella venta repugnante. ¡Oh, él la hablaría bien; tal vez su elocuencia y la hondura de su cariño la hiciesen olvidar aquella monstruosa joroba de camello, que hacía reir a todos que le encontraban al paso! La hablaría, y su amor tal vez la haría comprender que su alma no estaba también corcovada.

Quería hablar a solas con ella, pero cuando llegó a la casa, la madre y la hija habían salido. El muchacho, enfermo, jadeaba, asfixiándose en el hórrido camastro.

Entonces Lázaro corrió al café de la Piña.

En la puerta encontró a Menéndez, un joven atrabiliario que solía ir de visita al periódico y que algunas noches se quedaba a dormir en los divanes. El diván del periódico revolucionario era el lecho propicio para todos los piruetistas del hampa literaria. Casi siempre había un huésped durmiente, con la cabeza tapada por un periódico, para resguardarse de la lámpara eléctrica. Este cobertor de papel solía ser *La Epoca*, que es de los más grandes. Era el sino del periódico: provocaba a Morfeo desde sus columnas, y después lo arrullaba a guisa de pantalla.

Lázaro extendió sus miradas por el viejo café. Aún no debían de haber llegado.

Menéndez le presentó en una reunión de amigos. El camarero se acercó solícito.

—Yo, nada—dijo Menéndez—. Yo nunca tomo nada. ¡Hum!

El joven aquel solía interpolar en el discurso a cada momento aquel *¡Hum!*, especie de gruñido interrogante que era su muletilla.

La sala era muy baja de techo, con las paredes ahu-

madas y las lunas amarillentas. Había piano y violín para martirio de las orejas de los parroquianos. El violinista era un hombre enfermo del estómago, alto y enflaquecido, a quien se le agriaba el cotidiano mal humor cuando algún cliente de la tertulia de los literatos solicitaba que tocasen algo clásico, de Beethoven o de Mozart.

—¡Beethoven! —gruñía el furioso gastrálgico—. ¡Nos ha fastidiado el *pelanas* ese! Anda tú, *arrea* con el *alirón*.

—Pero, hombre, usted no tiene amor a su arte.

—Yo vengo aquí a ganarme un jornal de tres cochinas pesetas—aullaba el violinista—. Cuando llego a mi casa tiro el violín debajo de la cama y me tumbo con la parienta. ¡El arte! ¡Si usted tuviera que dar de comer a cinco chicos como cinco lobos, ya hablaríamos del Beethoven ese y de la madre que lo parió!

Y después, el energúmeno se ensañaba con el pobre instrumento. Tocaba todo lo mal que podía, y en eso era realmente omnipotente. A no ser en aquel cafetucho, frecuentado por un público completamente salvaje en cuestiones de música, le hubieran arrojado a la cabeza las copas, las cucharillas y las medias tostadas. Un cofrade suyo explicaba las causas de que le echasen de todos los cafés:

—Ya ven ustedes, le echan porque en cuanto empieza a tocar el violín, ¡gris, gras!, se corta la leche. Y eso perjudica mucho al crédito de cualquier café.

Menéndez y sus amigos eran gente alegre y desvergonzada.

—Váyase usted en seguida de este café —exclamó uno, dirigiéndose a Lázaro—. ¡Usted no sabe el peligro que corre! Esto debía llamarse *Café del Cloroformo*. El que entra aquí se anestesia y ya no puede salir de este rincón. Parece que hay unas redes invisibles que atan las manos y los pies de los parroquianos. ¡Y sobre todo la voluntad! Yo me meto aquí en cuanto me levanto, y uo me voy hasta que viene el camarero a echarnos. ¿Qné atracción diabólica tendrá este cafetín hediondo,

adonde ni por casualidad viene una mujer bonita? Mire usted: todo son reuniones de viejas, excepto esta chica que viene con ese señor pequeñito de la cabeza gorda. Esa es joven; pero, ¡la pobre es tan absurda!...

Y señalaba a una jovencita, con aires de fregona económica—de esas chicas que entran en las casas *para todo*—, gordezuela, con las manos hinchadas y muy negrucha y reluciente. La pobre tenía la desgracia de estar sudando siempre.

—¿Ve usted? Siempre tiene esa reluciente exudación. Me recuerda el brillo de los quesos en aceite. ¡Es abominable! Y sin embargo, me conmueve mucho. Viene con sus tíos; ese señor cabezudo que ha inventado una cosa para que no crezca nunca el pelo, y esa señora flaca y viscosa, como las brujas que hacen obscenidades monstruosas en los caprichos de Goya. Le diré a usted por qué me emociona. Nunca se toma un café para ella sola. El tío pide café en su copa, y la vieja, leche, y luego lo juntan y se lo dan a ella. Siempre le dan las sobras, así en el vestido como en el café. El día que tenga dinero la voy a convidar.

El señor Menéndez intervino.

—Eres cruel, amigo Oliver. ¡Hum! Es el poema de la clase media. Tiene su poesía, una poesía complicada con el cocido y la música de *El anillo de hierro*.

—¡La clase media es la cursilería!

—¡Hombre, mira que probablemente estás ofendiendo a tus hermanas! A mí me conmueven esas pobres muchachas que se hacen los sombreros en casa con hojarasca y cotorras disecadas. ¡Hum! Es la miseria vestida con galas de señorío, un poco mustias y anticuadas.

Lázaro ya no escuchaba a los pintorescos aprendices de escritor. En un rincón del café estaban doña Belisa, Concha y un señor viejo, que debía de ser el casero conquistador. El silvano con chaquet tomaba una copita de menta, sin duda para estimular la llama de la pasión. La vieja sonreía satisfecha. La niña miraba distraída al techo, lleno de alegorías chavacanas.

Estaban en el rincón más umbroso, el elegido por las parejitas de amantes.

El pobre revolucionario de la joroba se ahogaba, como si tuviera una culebra enroscada al cuello. Los celos le enloquecían. Cuando los miraba con fijeza de sonámbulo, tembloroso, como amagado de epilepsia, vió que las manos del viejo acariciaban discretamente las caderas armoniosas de Conchita. Las manos seniles, cargadas de sortijas, parecían unas larvas de lujuria, resplandecientes por las joyas, que semejaban los anillos metálicos de un corpúsculo viscoso y ondulante de cinco patas. ¡Aquello era abominable! Era como una flor babeada por un gusano. Así exclamó en alta voz, con gran asombro de sus contertulios. En seguida se arrepintió de aquella imagen tan cursi. ¡La ramplonería no respeta ni los grandes dolores del espíritu! ¡Es una lástima!

Se irguió, trágicamente pálido, y avanzó hacia el grupo. Marchaba rápidamente, dando saltitos, tropezando en todas partes con la corcova.

—Es el camello de Tartarín!—exclamó Menéndez—. ¡Hum! ¿Le habrá picado algún bicho en la joroba?

Cuando se encontró ante ellos abrió los brazos, apretó los puños y después tornó a bajarlos.

—¡Esto es una!...—gritó tartamudeando—. ¡Esto me parece que es una... y yo no lo tolero:

—¡Caramba! ¡El señor Arnal! ¿Quiere usted tomar algo?—exclamó doña Belisa—. Estamos aquí con don Manuel, el administrador. Es muy galante y nos ha convidado...

—¡Déjese de presentaciones! ¡Os conozco muy bien a todos! Usted es una miserable Celestina, y este viejo es un canalla, un sátiro que me quiere robar... que me quiere robar...

—Pero, ¿qué dice usted? Me parece a mí que usted ha cenado fuerte. ¿Por qué no se va usted a acostar, don Lázaro?

El viejo se irguió, grotesco, en su actitud de paladín.

—¿A ver quién es ese tío? ¡Que se me diga con qué derecho interviene en nuestras cosas esta tortuga!

El buen señor quiso continuar en su prestancia heroica, pero tuvo que sentarse, cogiéndose una pierna con las dos manos. Indudablemente el reúma no es compatible con los lances de capa y espada.

Si no fuera un huésped que paga puntualmente, hoy mismo dormía en la escalera. ¿Tiene usted algo que ver con mi hija? Pues entonces, *so ahorcao*, ¿quién le da vela en este entierro?

Los literatos amigos de Menéndez se llevaron al pobre Lázaro, que lloraba a lágrima viva. El hombre del mostrador quería pegarle. Los parroquianos pedían que bailase la rumba. Comprendía que estaba haciendo el ridículo. ¡El ridículo, como siempre! Pero al salir clavó sus ojos en Conchita.

La muchacha estaba llorando y le miraba con gratitud.

LA ORILLA DE LOS GALLEGOS

¡Tarde dominical! Fragancias de primavera en el aire; gayos colorines en los trajes menestrales, vocerío y baraunda en las vías madrileñas.

Conchita, muy pinturera y repeinada, envuelta en el manila negro, caminaba por los sotos de la Bombilla. Y junto a ella, Lázaro.

La niña cimbreaba su gentileza madrileña, encantada con sus trapitos de domingo. La blusa de seda se levantaba en rítmico temblor, ciñendo los pechos pequeños y firmes, senos de virgen, redondos y perlinos. La transparencia de la seda velaba apenas su carne turgente y los encajes y los lazos de la camisa coqueta. La falda de terciopelo morado, con una franja de seda negra, aprisionaba en su estrechez las piernas ágiles, con medias violeta. Los zapatos de terciopelo, con tacones Luis XV, daban a la airosa figura un andar menudo y armonioso de ninfa del siglo galante. Era una de esas chulillas madrileñas, bien vestidas, que se envuelven en su mantón de crespón con el mismo orgullo que una reina en su capa de armiño.

Lázaro y Chonchita eran novios desde hacía dos meses, a pesar de la madre y del casero rijoso.

—¿Quieres que crucemos el río? Los pradillos de la Fuente de la Teja me gustan mucho. Hay menos chulería.

El Manzanares traza una especie de división regional. En la orilla derecha está Madrid, con sus organillos, sus chulas y sus puntos de baile. En la izquierda se refugian las otras provincias, principalmente Asturias y Galicia, en su lucida representación de soldados, aguadores y mozas de servicio. Allí acuden los domingos a bailar en torno a los gaiteros, el baile honesto y arcaico, sueltas las figuras, junto a los árboles añosos, que quizás les recuerdan los castaños del terruño. Y al atardecer, tornándose a la ciudad, cogidos por la cintura, entonando lánguidas canciones galaicas, rematadas por luengos y melancólicos *aturuxos*, como el retorno de las romerías, en la dulce y añorante tierra lejana. Por eso la llaman *la orilla de los gallegos.*

Al otro lado del río, los organillos madrileños exaltan el baile *agarrao*, la carne de la hembra y la pasión triste y lujuriosa, con sus notas hirrientes, metálicas, cálidas y contorcidas, casi epilépticas. Los bailes de la *Bombi* tienen algo inquietador, como un espíritu rufian de meretricio, con sus *reservados* alcahuetes.

Los novios estaban un poco tristes aquella tarde. El hermano se moría, se moría por falta de dinero. El médico lo había sentenciado.

—Es un caso desesperado. No sé si marchándose a la sierra; no es seguro, pero es la última esperanza. En estas habitaciones sin aire, llenas de gente; en esta callejuela sin sol, no vive ni un mes.

—Ya ves—decía Conchita.—Para eso hace falta mucho dinero. Y el pobre está en las últimas. Para poder respirar pasa las noches en el balcón.

Después hablaron un poco de ellos mismos.

—¿Qué será de nosotros, Lázaro?

El jorobado se transfiguraba.

— Queriéndome tú un poquito, olvidando *como soy*, yo trabajaré ardientemente para labrar un poco de felicidad para ti. Verás: con el sueldo del periódico y lo que yo trabaje por la noche, traduciendo, tendremos lo suficiente para vivir tranquilos. Tu cariño me

da un optimismo que parece que me llena de un gran resplandor interior. Me infunde energías para arrancarle a la vida, cara a cara, el pan y los vestidos y la tranquilidad, para que podamos querernos sin que la pobreza extrema llegue como un espectro a ensombrecer nuestro cariño. Un hombre que quiere a una mujer lleva en su alma la llama de todos los heroísmos; es capaz de vencer a lo imposible. Eso es un hombre normal, cuya figura, como la de todos, le permite aspirar al cariño de cualquier mujer. ¿Qué no haré yo por ti, que eres la única para mi corazón, la única mujer que no se ha burlado de mi, la única que ha querido oir la voz de mi alma, ardiente, triste y desesperadamente enamorada?

Y el pobre amador grotesco la cogió las manos y se las cubrió de besos. La niña le miraba con dulzura piadosa. Sin duda no le amaba con enamoramientos carnales, pero sentía por él una dulce ternura, como la gratitud por sentirse muy querida; algo de amor de madre o de hermana.

—¡Si tú quisieras! Si fueses un poco valiente, no volverías más a casa de tu madre.

Conchita bajó los ojos.

—No puedo, Lázaro, no puedo. Bien sabe Dios que lo haría, gozosa, encantada. Pero me da mucha pena dejar a mi hermano. El pobre no tiene más consuelo que yo.

Ya bien entrada la noche regresaron a Madrid. Por la carretera del Pardo venían dos enormes jardineras, atestadas de gentes que gritaban, llenas de vino, de sol y de lujuria. Era una boda. Las domésticas, retrasadas, corrían con la lengua fuera, perseguidas por un tropel de faunos con gorra o con sombrero hongo, que aprovechaban la obscuridad de las arboledas para acometerlas con violencias ardorosas y primitivas. Asi deben amar los orangutanes en las selvas inexploradas.

Lázaro y Concha iban muy despacio, con las manos cogidas. Era feliz sintiendo junto a sí aquel cuerpo joven y fragante, a flor de labio la carita fina y pálida.

Tenía esa inefable y única emoción de la juventud, cuando por primera vez nos sentimos envueltos en la fragancia caliente y embriagadora de la carne de mujer.

—¡Quiero besarte! ¡Quiero beberme tu vida!

Su voz tenía una veladura de fiebre; era magnética, romántica como una estrofa, quemante, como una brasa de pasión.

Y la besó en plena boca, bajo las frondas galantes que vieron besarse a Godoy y a Maria Luisa de Parma. ¡Era el primer beso que ofrendaba en una boca de mujer! La besó con los ojos clavados en sus ojos, aspirándola, bebiéndose su esencia, macerándola entre sus brazos, en un divino instante inolvidable.

¡Quiero que seas mía, completamente mía!

Ella respondió con un acento triste y enigmático.

—Seré tuya... mucho antes de lo que tú crees.

LA GARRA DE LA MISERIA

—Ya le digo a usted que no respondo del fin. En la Sierra tal vez se cure. En esta casa se quedará asfixiado un día cualquiera.

Y el médico se fué. La chica sollozaba, mientras doña Belisa hacía cuentas para llevarse al aire libre, en última y desesperada tentativa, al hijo doliente. Necesitaban de momento, para lo más necesario, quinientas pesetas. Tenían que irse las dos mujeres con el enfermo; había que tomar casa, comprar medicinas, comer... Quinientas pesetas para dos meses no era mucho; pero, ¿de dónde sacar esa suma fabulosa, quimérica, para tanta gente?

Lázaro, al saberlo, decidió buscar el dinero. Tenía miedo a que, por la amarga necesidad, la muchacha accediese a las abominables insinuaciones de la vieja. Don Manuel, el administrador, tenía de sobra las quinientas pesetas. Aquella noche, Lázaro Arnal no durmió. ¡Era preciso tener aquel dinero!

A las nueve de la mañana ya estaba en el palacio del *Caudillo*, porque el apóstol de los parias vivía como un prócer. Le contó sinceramente el trance, y su voz fué elocuente. Lázaro creyó que llegaría a conmoverle, pero todo su esfuerzo fué estéril.

Don Augusto, sonriente, jugueteando con la moneda de oro de su cadena, le replicó:

—Amigo mío: todo eso que me está usted contando me parece un pasaje de folletín. La virtud y el crimen en fiera y descomunal batalla. Desgraciadamente, en los folletines de la vida real no suele triunfar la virtud. Es usted demasiado romántico. Y lo malo es que me coge usted sin fondos.

—Pero esa cantidad no es nada para usted. Yo le suplico por lo que más quiera en el mundo que no me la niegue. Va en ello más que mi vida. ¿Quiere usted que se lo pida de rodillas?

—Iba usted a estar un poco ridículo, querido; crea que lo siento, pero no puede ser.

Su voz era fría, un poco burlona. Entró un criado anunciándole la visita de un prohombre político.

Lázaro le miró un momento cara a cara.

—Está bien—murmuró—. Y salió del palacio.

Vagó por las calles, deshuesado, vencido, en un horrible desmoronamiento espiritual. ¡No tenía de donde sacar aquellas miserables pesetas, que tantos imbéciles tiraban en aquel mismo instante sobre las mesas de juego o en inútiles o criminales caprichos de su orgullo o de su crueldad! No podía sacar aquel dinero, que era tal vez la vida de un pobre muchacho moribundo, el honor de una mujer y su propia felicidad, mientras se hacinaban los billetes en las cajas de los Bancos, en la gaveta de los tenderos, en los fondos secretos de los Ministerios, en espera de los privilegiados, de los hábiles, de los hombres de presa! ¡Para los menesterosos, no! Una onda muy amarga le subió del corazón a los ojos. Aquello era muy cruel y muy injusto, y, sobre todo, muy absurdo. Había demasiada podre y demasiado hielo en el alma de los poderosos. ¿Tendría remedio aquella infamia social? En su propio dolor fundía el dolor de todos los miserables, de los vencidos, de los pobres de espíritu. El creía que sí tenía remedio... Unos cuantos hombres con espíritu de sacrificio que supieran amar a la Humanidad con dulzura evangélica, que sinceramente, con la palabra, con la pluma, sembraran a los cuatro vientos la divina se-

milla del amor... Y si esto sólo era una exaltación de su alma ingenua y romántica, no valía la pena de que siguiera girando el mundo, cargado de carne podrida, estúpida, egoísta y atormentada, igual que aquel navío de Poc, lleno de carroña espantable, la armoniosa y divina, como una vergüenza para la inteligencia creadora.

Llegó de noche al hostal. Conchita le aguardaba.

—¡No he conseguido nada!

Y cayó aniquilado en una silla.

—¡Pobre!—Y después de una pausa honda, preñada de pensamientos amargos, le besó en la frente—. ¡Cómo ha de ser!

Su voz tenía una dolorida resignación, una angustia secreta la estrangulaba.

—Te prometí ser tuya... antes de lo que tú esperabas. Pues bien: esta noche...

Y lloró mucho tiempo en los brazos del amante, del heroico y romántico hombrecillo, que tenía tan noble concepto de la vida, además de una corcova verdaderamente formidable.

EL PUEBLO RUGE

Allá en los quiméricos tiempos en que acaecieron estos episodios de la vida de Arnal, don Zoilo de la Pantera era el jefe del Estado... Estaba la Nación sometida a su dictadura, y la revolución estaba a punto de estallar. El pueblo odiaba a don Zoilo, la clase media se moría de hambre y el Arte vivía como un mendrugo de las sobras de los tahures que habían invadido su casa, aquel famoso *Palacio de la Estética*, trocado en una escandalosa timba.

Los teatros habían cerrado, porque no podían soportar los impuestos del Concejo. Los tenderos, que tenían una lucida representación oficial, explotaban al consumidor y se enriquecían tranquilamente. Todo estaba caro y era malo.

De noche se veían montones de necesitados durmiendo, casi desnudos, en los quicios de las puertas. Las mujeres un poco bonitas abandonaban los talleres y se lanzaban a la vida de aventura. ¡No se podía vivir del trabajo!

La masa obrera deseaba ardientemente la revolución. No había estallado aún, porque no había un hombre de prestigio y de buena voluntad que quisiera jugarse la cabeza. Los políticos de alguna significación eren gente medrosica, comodona o hábil, que marchaba bien con aquel revuelto estado de cosas. Casi todos

explotaban con fortuna el papel de agua-fiestas, y haciendo el coco, iban tirando de esta vida perra.

Flotaba una atmósfera densa, asfixiante de egoísmo, de crueldad, de estupidez. Todo estaba organizado de una manera jesuítica por grandes núcleos o *trusts* que obraban sordamente, conservadoramente, así en el comercio, como en la Prensa y en las grandes Compañías explotadoras de la riqueza nacional Era preciso que surgiese un loco, un desconocido genial, que no fuese abogado ni consejero de ningún *trust* y que desplegase la bandera de un ideal.

Aquel día don Zoilo estaba inquieto; en Barcelona había estallado la huelga general y tenía miedo a que hubiese desórdenes en Madrid. Sabía que era odiado y temía que un anormal, recogiendo en su alma el odio colectivo, le hiciese volar de los hombros su insigne cabeza. Los caudillos revolucionarios no le inquietaban como de costumbre; todos ellos habían corrido a la frontera al sonar las primeras voces de protesta.

El mariscal de la Guardia de los Husmeones, don Apolo Ortiz, terror del hampa cortesana y encanto de las tonadilleras, metía en la cárcel a todo el mundo. La sombra ensangrentada de la Anarquía hacía temblar las esferas, principalmente la del Ministerio de la Gobernación

Las calles estaban enarenadas; los tenderos tenían cerradas sus covachas y anunciaban en grandes carteles que, en vista de la horrible crisis económica del país, los artículos se subían un quinientos por ciento. Es la lógica del buen comerciante. ¡Alabado sea Mercurio!

Lázaro no había vuelto al periódico y andaba por las calles como un sonámbulo, con las barbas crecidas, el chapeo abollado y el vestido lleno de barro. Desde hacía quince días no tenía casa.

A la mañana siguiente de aquella noche inolvidable en que Conchita fué suya, doña Belisa, la chica y el enfermo desaparecieron. Al volver a acostarse, la portera le dijo que se habían ido a un pueblo serrano, donde

don Manuel tenía un hotelito. Al mismo tiempo le entregó una carta de su novia.

Era una despedida muy triste: había querido ser de él antes que de ningún otro, ya que la miseria la empujaba a la vida golfa. ¡No había más remedio! tenía el deber sentimental de intentar que su hermano no se ahogase en aquel nauseabundo zaquizamí. ¡Ya estaba contenta la arpía de la madre!

El pobre corcovado sintió que su alma, como una cosa material, se desmoronaba. Lloró un largo espacio, con ese llanto desesperado que llega hasta el rugido, ante las angustias de lo irreparable. Atravesó las calles, con los puños en los ojos, cuanto más desdichado, más grotesco, y su dolor les hacía gracia a los transeuntes. ¡Oh, aquel giboso llorando a moco tendido era una cosa de mucha risa!

—¡La ha cogido buena el tío de la mochila!—exclamó uno, al pasar.

Harto de llorar, bataneado por la pena, se dejó caer, como un pingajo, en un banco de un jardín público.

Hacía frío. Cerca de él, un racimo de golfitos dormían, en un haz lamentable de harapos, de miseria, de hundimiento de alma, pegados al kiosco del guarda, con la frente apoyada en el respaldo de los bancos.

Dos guardias llegaron. Con la vaina del sable y con la punta del pie despertaron a los vagabundos.

—¡Aquí no se puede dormir! ¡A la *posá e la soga!*

Y los celosos guardianes aventaron a los huéspedes miserables del jardín. Se desgranó el hórrido racimo; había más de cuarenta desharrapados, y entre ellos cinco o seis mujeres, con las crías al pecho, o agarradas, medrosicas, a las faldas maternas. ¿Qué pensarán de la vida esos niños hambrientos que duermen en los quicios, cuando los despiertan a patadas, y que no tienen nunca pan ni abrigo para su pobre carne martirizada?

—¡Eh, tú, *pasmao*! ¿No oyes que no se puede dormir?

—Yo no estoy durmiendo—exclamó Lázaro.

—De todos modos, ya te estás largando—aulló el desapacible polizonte.

Lázaro sentía deseos de estrangularle.

—¡No se puede dormir! ¿Y por qué no se puede dormir en medio de la calle? ¿Dónde va a descansar el que no tiene casa?

—¡Que se muera! ¡Para vivir como viven esos!

En medio de todo, aquel guardia tenía su filosofía. El débil, el pobre de espíritu, el mísero, se debe morir. Era un poco nieztcheano, lo cual es un honor para el filósofo.

Lázaro se alejó, como un vagabundo más. Sentía su corazón lleno de odio, de un odio ciego e implacable a todas las cosas. Aquel miserable y cruel sayón era la voz social. Lázaro hubiera querido estrujarle entre sus manos, pero sus manos eran débiles, sólo aptas para manejar una pluma. También su espíritu era débil, a pesar de aquellas llamaradas de rebeldía.

El lo comprendía así. Los pobres de espíritu, los hombres sin energía se deben morir. ¡Así clamaba la voz de una sociedad cristiana! ¡Fariseos, fariseos!

La vida era lucha de mastines, por un miserable mendrugo. Al dolor natural de la carne que sufre las plagas y la muerte, el egoísmo bárbaro añadía el agobiante dolor social. La triste alma humana agoniza en la sombra del fanatismo, de la estupidez y del crimen, como esas lamparillas olvidadas en los templos solitarios.

La vida era para los fuertes, lo mismo que en la edad de las cavernas. El animal más vigoroso triunfaba, y el más sentimental se moría. El sentimiento, en un período bárbaro, de cuerpo a cuerpo, de dentelladas, es una rémora, una fuente de desgracia para el individuo.

¡El Cristo ha fracasado! El amor y la humildad sirven de befa a la canalla. Nuestro señor Don Quijote hace reir como un personaje de opereta. Los espíritus fuertes dicen, en tono de lástima, ante el heroísmo, ante el sacrificio, ante el ensueño: — Fulano es un Quijote; no hará nada de provecho. No tiene sentido común.

¡El sentido común! Monstruo de cien mil patas que aborrece a los desventurados, que tiene sentido propio; bestia fabulosa que despedaza a los espíritus electos, alumbrados por el sentido superior. ¡Oh, la crueldad de la ramplonería, el odio sanguinario del sentido común!

Tocaban en las iglesias las campanas ingenuas de la misa de alba. Lázaro entró en un templo. Era una pequeña iglesia solitaria, de los barrios pobres.

LOS DOS CRISTOS

Lázaro entró en el pequeño templo. En el retablo mayor rezaba la Misa un monje todo blanco, encapuchado como un fantasma. Sólo había en la nave una vieja devota, inmóvil, envuelta en un manto obscuro, que parecía una estatua orante de mármol negro. El vitral de colores se reflejaba en las losas, y su vago claror hacía más densa la sombra de las capillas, donde lucían melancólicamente las lamparillas de la devoción.

Lázaro sintió una honda emoción de paz y de silencio; una paz de muerte, como si despertase de una pesadilla tumultuosa y se hallase en una ciudad deshabitada. Flotaba un vago aroma de cera, de flores marchitas y de humedad. Se hubiera creído en las zonas de eterno silencio y de beatitud adonde van las almas, en el instante de la desencarnación. El pequeño templo, umbroso y solitario, daba una sensación del más allá...

Largo rato estuvo, como ciego, bajo el coro de tupidas celosías junto al órgano solemne. Luego fué descubriendo las imágenes de las hornacinas y los detalles arquitectónicos. Sólo había dos capillas: en una, la débil luminaria dejaba entrever una *Madona* con Jesús niño, copia de la de Rafael. Lázaro contempló con arrobamiento el rostro bellamente humano de la *Madona,* de óvalo puro y boca quizás demasiado roja y carnal. Los ojos también eran demasiado mundanos, con

una lumbre muy acariciadora. El pintor debió de copiar el rostro de una gentil contemporánea, y el pincel le dió a la mística composición más seducción terrenal que unción angélica.

En la otra había un Cristo trágico, de cuerpo lívido y ensangrentado. El imaginero remoto que trabajó la talla dió al rostro nazareno una infinita expresión de dolor físico.

Lázaro llevaba en su alma la unción amorosa y humilde del Mago de Galilea. Sentía el bien por amor al hombre, era suave y evangélico, a pesar de los siniestros pensamientos de destrucción que aleteaban bajo su cráneo como trágicos pájaros de agorería.

Le faltaba el sentido religioso de la vida, el aletazo hacia el azul, porque su alma era una llama de exaltación, por las tremendas injusticias humanas, pero no sentía la vida libre de la Paloma de Psiquis más allá de la gusanera de la carne.

Creía que la vida individual muere con la vida orgánica, y este concepto materialista le hacía pensar amargamente en la frase shakespiriana *El mundo es un cuento vacío de sentido, narrado por un idiota.*

Creía en la desaparición del ser y en la vida eterna de la especie, y, lleno de espíritu de sacrificio, pensaba dar su propia vida por la felicidad de los hombres que aún no eran ni semilla en la entraña femenina, en el útero eterno.

Lázaro estaba decidido a morir y quería que su muerte fuese fecunda, que de la podredumbre de carne martirizada brotasen las rosas milagrosas de la redención humana.

¡Germinal!

Un azar le llevó aquella mañana al templo solitario, a la casa del Cristo divino, y el pobre Cristo de carne lamentable, crucificado en su joroba y lacerada su alma por la iniquidad de los hombres, quiso dar su adiós al Maestro y abrir su alma ante él, el único que podía comprender su amor y su martirio.

«¡Jesús, dulce Rabí de Galilea: tú que arrojaste a

los mercaderes del templo, posa tu divina mirada en esta vieja sociedad farisea, que invoca tu divino nombre para sus contratos miserables. En estas ciudades podridas de corazón, donde los Bancos son las verdaderas basílicas, donde el dinero es la divinidad, en cuya ara se sacrifican todos los ideales humanos. Mira tu templo lleno de mercaderes, como entonces, sin que haya un látigo fulminante que los arroje. ¿Para qué vertiste los divinos rubíes de tu sangre, pobre visionario? Los hombres son tan idiotas, tan cobardes y tan vanidosos como la chusma que te crucificó.

¡Divino Sembrador, que lanzaste en los surcos la semilla de la justicia, de la verdad y del amor! Mira cómo se mixtifican de continuo tus excelsas palabras. La justicia de los hombres llena las mazmorras de vencidos, de pobres de espíritu. Nunca hay piedad para las pobres almas extraviadas; rejas y suplicios, obscuridad y crueldad. Sólo el oro puede dulcificar la aspereza de los hierros; el oro, dios moderno, que es omnisciente. Por todas partes, la falta de amor a las criaturas, la mentira, la falsificación de tus palabras, aromadas de eternidad.

Mira la pompa de tus sacerdotes, el oro de las tiaras de los Papas, de tu credo de humildad fastuosos y soberbios como emperadores paganos; los negros inquisidores que encendieron los santos braseros, y mientras se achicharraba la carne de los herejes, levantaban la cruz, este símbolo de tu amor y de tu sacrificio. ¿No ves qué horripilante mascarada? ¡En una mano la tea de los suplicios y en la otra tu macerado cuerpo trigal! ¿Para qué vertiste tu sangre, pobre Rabí de Galilea?

Yo, pobre montón de carne miserable, grotesca y martirizada, inflamada por tu divino amor, quiero que los hombres futuros recuerden mi nombre dulcemente. Como tú seré crucificado por la crueldad, por la estupidez de los hombres. ¡Que mi sangre sea la semilla de bienaventuranzas futuras para la humanidad!

Yo seré el Cristo rojo. Mi nombre dejará tras de sí

una estela de sangre. ¡Que esa sangre no sea estéril como la que tú derramaste sobre la tierra dura del corazón humano! Mi muerte será como un rojo penacho sobre mi vida grotesca y miserable. ¡Germinal! Tú que vertiste tu sangre en un suplicio, sabes bien el hondo sentido de amor, de armonía y de ideal que late en la esencia de esta palabra, que es toda resplandor, toda futura, ardiente y amorosa como la brasa de tu corazón.

Y Lázaro salió del templo.

EL SAINETE SANGRIENTO

Don Zoilo de la Pantera era un hombre temerario. Sabía que era odiado por la chusma y él gozaba exhibiendo su persona lúcida y redondeada, ante los ojos de los que no comían, de los que no tenían trabajo, de los que habían jurado exterminarle.

Todas las mañanas daba un paseíto por las calles céntricas, con el deleite de un artista que contempla su obra. Y se reía poseído de un orgullo satánico al saber que se le odiaba. Veinte husmeones, al mando de don Apolo, daban escolta a la carroza del dictador.

Al pasar, la gente le señalaba con el dedo.

—Mira, ese señor gordito, es el tirano.

Y D. Zoilo, que lo oía, se reía mucho. Sin embargo, D. Apolo y sus secuaces no estaban tranquilos; tenían confidencias de que iba a pasar algo grave. Habían recibido anónimos anunciando *que el día trece, a las trece horas, el pueblo hambriento iba a comerse el corazón y la asadura de la Pantera.* Y D. Apolo se había jurado a sí mismo velar por los ilustres menudillos del pequeño grande hombre. ¡El día trece, a las trece! Aquello era realmente terrible para un supersticioso. ¡Y además daba la funesta casualidad de que era martes!

En la madrugada del día doce al trece, toda la

guardia de los Husmeones dió una batida a la gente mal vestida que encontró por los cafetines. Los esbirros tienen odio al andrajo, como los perros de granja. No conciben a un asesino elegante instruído, como Rafles o Fantomas, estos modernos héroes, tan del gusto de las honradas clases de porteras o dependientes de comercio.

Al amanecer colocaron dos piezas de artillería gruesa en el centro de la ciudad. Enarenaron las calles y circularon dos escuadrones de centauros municipales, con sus charangas a la cabeza, tocando el *Babilonio que marea*, uno de los más voluptuosos fragmentos de la lírica contemporánea.

El Corregidor Mayor de la Villa fué quien tuvo esta idea genial.

—Al pueblo le gusta mucho la música del maestro Lleó. Aunque no coma con tal de que se divierta...

Como véis, era un proyecto excelente para hacer abortar la revolución.

Por fin salió el sol del pavoroso día trece. Nadie durmió en los centros oficiales, porque casi todos dormían en su casa... La ciudad entera palpitaba de ansiedad.

Por la mañana se celebraba un gran ceremonial. Don Zoilo iba a ser armado caballero de la Orden del Gran Puchero Electoral, y habían venido a tan solemne acto todos los caciques del territorio. Prometía ser una fiesta brillantísima para la intelectualidad y la justicia. El Primer Sacristán, suntuosamente revestido de oro y púrpura; todos los magnates con todos sus deudos y sus deudas contribuirían al esplendor del acto.

Era un día de felicidad para el pueblo, que se agolpaba siempre para ver estos espectáculos, que, según dijo *Fígaro*, son los que le cuestan más caros.

En las oficinas se hizo fiesta. Los covachuelistas pensaban hacer una imponente manifestación con estandartes, donde luciría bordado a la cadeneta el emblema profesional: un gorro, unos manguitos y un raspador sobre una pirámide de balduque.

Eran cerca de las once de la mañana y aún no había ocurrido nada. El Mariscal de los Husmeones estaba encantado; aquello era el triunfo de su celo y de su habilidad. Había muchos revolucionarios en las mazmorras, y los que andaban sueltos eran de confianza.

Un gentío enorme se apiñaba en las calles por donde había de pasar el cortejo triunfal. Había una gran curiosidad por ver al Dictador con las nuevas insignias: un gran manto de piel de renard—zorra, en castellano—tocado con una especie de coroza o marmita simbólica, de oro finísimo, y en la diestra un leño imponente, emblema de la dulzura de las leyes, según unos, y símbolo de su perspicacia, según otros. De esta guisa, el Dictador iba a tener un delicioso aspecto de rey de bastos.

—¡Ya viene, ya viene!—gritaron a un tiempo cien mil voces.

Hubo un gran remolino en aquel océano de carne sudorosa, jadeante, aplastada.

Y era verdad. Ya venía el cortejo.

Primero llegaban los niños de las casas de caridad, a quienes no se pierde ocasión de exhibir para que veamos que todos tienen los ojos malos y que van muy mal vestidos; luego los munícipes, con levitas absurdas y sombrero de copa alta. Las había de todas las épocas; era la historia de la evolución de la chistera, en todo siglo XIX.

Tras de los munícipes venían trescientos sacristanes cantando en latín, que aunque no tenía relación con el momento, siempre hace muy solemne, y, por último, jinete en un blanco corcel, D. Zoilo, repartiendo sonrisas entre los varones y lanzando miradas galantes a las señoras.

De pronto de entre la multitud surgió un hombrecillo grotesco, con una joroba formidable; estaba intensamente pálido y sus melenas flotaban al viento como un airón. Miró de hito en hito al tirano, y levantando el brazo arrojó una bola negra contra el asfalto,

de la que surgió un gran penacho de fuego y un estampido ensordecedor.

—¡Viva la revolución social—gritó aquel monstruo ridículo. Lo que siguió es indescriptible. Sonaron varios disparos, la gente gritaba, loca de pánico; se acometían unos a otros, pisoteaban a las mujeres y a los niños. Hubo más de mil muertos, sin que a ninguno le hubiese alcanzado la metralla anarquista. No había ningún peligro, pero la bestia de cien mil cabezas se hizo ella misma añicos en la demencia del miedo.

Enmedio de la calle yacía como un galápago gigantesco el cuerpo de Lázaro Arnal, acribillado a balazos. Su máquina infernal le había destrozado una pierna. Su muerte fué lo único verdaderamente serio de su vida. La bomba era un aparato ridículo, que sólo sirvió para dejarle cojo. Lázaro no sabía química y fabricó, para librar al pueblo del tirano, una especie de buscapiés.

¡Sobre su cabeza se extendía el ridículo como un irónico sudario!

FIN DE ESTA CARICATURA SENTIMENTAL

Lázaro Arnal ha sido el héroe de una tragedia grotesca, muy semejante a los episodios arbitrarios que os acabo de referir.

Tuvo un gran ideal de amor humano, amó a una mujer, y pensó que su sangre podía ser fecunda para la Humanidad futura. ¡El triste hizo siempre el ridículo!

Era un pobre de espíritu, que no podía vivir en esta sorda batalla de hombres vampiros y de hombres de presa, por el dinero, la lujuria y la vanidad.

A mí me contaba todas las tristezas de su corazón y todos sus proyectos descabellados. A mí me eligen siempre para hacerme confidencias los hombres más absurdos que circulan por la villa, y yo los escucho y me divierto, y a veces me emociono. Porque en el fondo de estas vidas pintorescas y desorbitadas existe a veces el encanto agridulce de una dolora.

Los demás perfiles y caricaturas que muequean en los anteriores capítulos son sólo obra de la imaginación, que los trazó para que sirvan de entretenimiento al buen burgués, que es para quien escribimos, aunque a veces finjamos desdeñarle.

La única figura de carne y hueso es la de Lázaro Arnal; siendo bueno, dulce y evangélico, finó en dina-

mitero, exasperado por la crueldad y la injusticia y el hielo de alma de los hombres en cuya compañía tenía que vivir. Ya os dije al principio de estas páginas que no era un sujeto dotado de sentido común, ese don precioso, rey de las multitudes espesas de entendimiento.

Era un inadaptable grotesco, que quiso ser trágico. ¡Que la paz sea por los siglos de los siglos sobre su corcova formidable!

¡Tal vez de aquel montón de carne absurda y martirizada, en la misteriosa trasmutación de la materia, nazcan las galas de un rosal en una próxima primavera!

EL REGALO DE BODA

—¿De modo que para el Domingo de Resurrección será el casorio, zagales?

—Dios mediante, y en buena hora lo diga, que ya va por largo que el ayuno de amor me va desmedrando, y quiero ver si es verdad que el casorio es vianda tan fuerte como dicen.

Y Martinillo y la Gallarda se alejaron entre las vayas de los bigardos y el guiñar truhanesco de las comadres.

—Brava moza se lleva el bellaco; si él da en envidarla y ella no es zahareña, bien presto veréisle flaco como una cerbatana y sin redaños para el trabajo, que es mucha zagalica para un hombre solo.

—Y aun para un tercio. Que no le bastarán a ella diez canónigos, ni aun el cabildo en pleno, por más de ser varones lucios y de buen brío.

Faltaban sólo ocho días para las nupcias, y la Gallarda quiso disponer los felices preparativos para la solemnidad. Dióse priesa de despedir a Martinillo, pues quería llegar presto a su casa, y allá se fué en volandas.

—¿No ha pasado aún el pañero, madre?

—Aún no pasó, Gallarda. Mas debe de estar a punto, que en el mesón ya esperan al ordinario de Segovia, y dicen que él viene en su compañía.

Subió la moza a su cuarto. De un cajón de una vieja cómoda de caoba sacó una alcancía y de ella trescientos reales en plata, que eran el producto de muchos meses de ahorro y lo dispuesto conque mercar el paño para el traje que adornaría su gentileza en día tan señalado.

Erase la Gallarda la moza más opulenta y de gracias más pecadoras conque jamás pudo soñar el Cabrío para condenación de las almas. Matrona por la anchura de las caderas armoniosas y por los senos magníficos, tembladores bajo el corpiño, y que se abatían a su gran peso como dos frutos pomposos, rebosando del justillo; la boca húmeda y gruesa, los ojos muy febriles, con hondos cercos ardientes, y la garganta ambarina y redonda, con el incitante collar venusino, y toda ella envuelta en una intensa fragancia de poderosa sensualidad. La fuerte virgen campesina, según las lenguas de hacha del villorrio, era la pecadora razón de que los mozos que la cortejaron anduvieran mohinos, con amarilla faz de desenterrados, por simularse por sí mismos las halagadoras dulzuras que la virtud de la hembra era avara de conceder. Tal era la pujante soberanía carnal de la Gallarda, que ayudaba a las Parcas, amustiándose con tan livianos juegos el lozano mocerío de aquellos contornos.

De súbito se oyó la voz gangueante de la madre, que trenzaba calceta, junto al ancho portón:

—¡Gallarda, hija mía, que ya viene el pañero por el camino real!

—Dígale que suba, la mi madre, que estoy en ascuas por tocar con mi mano las donosuras que traiga.

Era el pañero un hombre recio, alto, bien plantado y un algo jaque. Iba totalmente rasurado, con calzón corto y chaquetilla de pana negra y ancho sombrero de castor.

La moza le recibió en palmitas. El mercader iba sacando y mostrándole las más vistosas piezas de paño que traía, sin dar gusto del todo a la Gallarda. Ella las

tocaba y examinaba todas con ese deleite femenino por los atavíos y las bagatelas.

—Mira, Gallarda, que esto es de lo fino, y estotro de lo más acabado y más señor que salió de las tiendas de Segovia.

Pero el marchante, más que del buen negocio curábase de ver cómo al inclinarse la zagala sobre las preseas podíale divisar el escote, las dos pomposas rosas de los senos, e iba encendiéndosele el rostro, por ser la moza bocado digno de un papa y estar él muy ayuno de regodeos, en su vivir trashumante y sin compañía placentera.

—¿Y tienes buenos presentes para la boda, muchacha?

—No ha faltado voluntad; mire, esta pulsera y estos zarcillos me los mercó ayer tarde, mi madrina.

—¿Y este crucifijo de coral que llevas al cuello?—Y mientras asía la crucecilla, su mano ruda iba posándose sobre la pompa de los senos temblorosos—. ¡Ah, y es de lo fino, es de lo fino!—Y seguía en su examen hipócrita y en el acariciar discreto.

—Déjelo, amigo, déjelo, que es pecado manosear tanto las cosas de religión—replicó la moza, algo corrida al percatarse de la añagaza.

Al cabo, entre las piezas que traía el buhonero, hubo una que logró cautivar la atención de la Gallarda.

—¡Oh, esta sí que es linda; esta es con la que me quedo, buen hombre!

—Bien ha escogido la zagala, que es de la seda más fina, con los rameados de realce, y con sólo seiscientos reales puedes haber el corte de vestido, y aun sobrará lienzo.

—¡Seiscientos reales!—exclamó mohina la Gallarda, llevándose a los ojos el pañuelo—. ¡Y yo no tengo arriba de trescientos en la hucha! ¡Malhaya la pobreza! ¡Llévesela presto, buen amigo, que el no poder poseerla me parte el alma!

—Pues si tanto le gusta a la caprichosa este mi

paño, no te aflija el no tener dinero, que prendas tienes tú de gran valía con que poder pagarme.

Comprendió la Gallarda la intención y quiso hacerse fuerte contra la voz del diablo, que elogiaba en su alma lo bien que aquella tela había de caer sobre su persona y las envidias que su riqueza había de causar.

—Déjese de eso, amigo, que he de ir al matrimonio como mi madre me parió.

Pero la conturbaba la voz del pañero, que decía:

—Mira que es de la más fina seda y de lo más pulido y más señor que salió de las fábricas de Segovia.

Era la hora del mediodía, perezosa y ardiente. El pañero la asió del talle y acarició con tacto tembloroso las caderas potentes; mas luego hubieron de saltar los broches del corpiño y surgieron los senos victoriosos como dos globos de marfil y seda, de una carnación blanca y suntuosa que alucinaba.

Los labios varoniles florecieron en besos como ascuas, de uno a otro, de uno a otro, mientras la acariciada se desvanecía en el éxtasis de una dolorosa e inefable revelación.

—¡Deje, deje, que Martinillo vería que alguien cortó la primera flor de su rosal y se doliera del fraude!

Pero la mano varonil, audaz y sabedora, fué como el cisne del Mito entre las frondas venusinas de Leda.

La voz del galán temblaba de ardentía.

—Maravilla será ver lo donosamente que caerá sobre tu cuerpo un traje que envidiará la misma emperatriz.

Era ese cuarto de hora en que el alma de la mujer deja un postigo abierto al diablo. La Gallarda se sintió briosamente poseída; sus labios, sus ojos palpitaban bajo los besos de furia del pañero; se sintió penetrada dulcemente, corrieron generosas las linfas encantadas del deleite y las primeras rosas del rosal se desangraron en aquel punto supremo de dichosa transfiguración.

—Ya verás, Gallarda, mi reina, qué hermosa vas a estar con el traje de boda.

* * *

Cantaban las campanas del domingo de Resurrección. A lo lejos se perdía el cortejo de la boda.

—Buen traje le ha mercado a la Gallarda su deudo el pañero segoviano. ¡Eso sí que es un regalo de boda!

—Bien puede estarle obligado Martinillo.

—No haría más un padre por un hijo. El pañero nos lo dijo todo anteanoche en la posada de abajo.

Y se alzó un coro de risillas burlonas y procaces.

—Pues no es muy hidalgo llevar así en lenguas la flaqueza de una dama.

—¡Qué quiere, mi amigo, ya sabe que hacerlo y no decirlo es quedarse a media miel!

LOS JARDINES DEL CREPÚSCULO

Al caer la tarde se abren las rejas de los jardines públicos. Las sombrosas avenidas de verdor nuevo y de bojes alineados y simétricos son propicias a los enamorados adolescentes; en las plazoletas enarenadas mariposea una bulliciosa bandada de niños que rejuvenece con sus piadas cristalinas e ingenua el alma grave y secular del jardín. Las fuentes desgranan sus cristales sonorosos, que caen desde gallardas ánforas helénicas o desde las fauces de monstruos mitológicos, esculpidos en piedra, a la lámina verdosa del estanque. Viejecitos melancólicos sonríen beatíficamente al rayito de oro de la tarde y contemplan, paternales, el bullicioso solaz infantil.

Son muy amables para mí estos lugares donde resucitan las antiguas memorias. Al cabo de las penosas andanzas por la vida, place mucho a mi corazón evocar la hora florida de la niñez, que como una marchita rosa de recuerdo guardaba en un libro, aroma mi alma con santo perfume de melancolía. Fiestas de melancolía son mis fiestas preferidas; la loca alegría estruendosa que se desborda en resonantes carcajadas, me parece estúpida y plebeya. Amo más la ideal tristeza de Pierrot, el triste juglar de la leyenda blanca, que el

cascabeleo funambulesco y la bullanga estrepitosa de Arlequín, el bellaco.

Inolvidables son aquellos días ingenuos en que yo contemplaba con invencible terror el caballo de bronce que se alza en medio de los jardines de la Plaza de Oriente. Hartzenbusch nos ha narrado en una apacible rima familiar la historia lamentable de los pajarillos que hallaban prisión eterna en el vientre del cuadrúpedo. Muy tierna es la labor de esos plácidos y venerables poetas que escribieron antaño fábulas infantiles; parece que hablan a los niños de todos los tiempos con amorosa voz de abuelito.

En estos azules crepúsculos de verano tienen los jardines la misma dulcedumbre de mis días dorados y pretéritos. La musa de la fuente que teje en sus rimas diamantinas su antigua tristeza errante y monótona, los trinos infantiles, las risas sonorosas, el rumor sedeño y voluptuoso de las arboledas son música conoaida de mi corazón.

Los cochecitos ornados con banderas diminutas, unos en forma de barco, otros simulando lujosas literas, han ido desapareciendo poco a poco. Algunos quedan aún haciendo su apacible paseata por delante de las estatuas de los reyes que fueron, y realizando la cándida ilusión del rosado enjambre infantil, que ríe, trina, hace sonar los cascabeles del coche y fustiga ufanosamente al manso borriquillo. Yo he meditado algunas veces en el plácido vivir de los viejecitos benignos y simpáticos que se sustentan con esta pequeña industria. La dulzura de su quehacer cotidiano imprime en sus espíritus una monótona y feliz mansedumbre.

En las plazoletas, o bajo el palio sombroso, en las avenidas, se forman corros de niñas, oro, nieve, tules y fragancias, que cantan antiguos romances. Maliciosa es la musa de algunos de ellos, como compuestos por un maligno juglar, docto en truhanerías; en otros es dolorida y sentimental, y el coro de voces angélicas y cristalinas deslíe su añorante poesía en el idilio del jardín.

Oid una de esas melancólicas canciones. Su asunto es una lágrima que cae de uno en uno, adoloriendo todos los versos del romance.

Muy triste está la niña; su alma está enamorada de las flores de los campos y de la alegría luminosa de los cielos, y va a ser sacrificada en el ara, ¡pobre flor de carne!, por la superstición de un voto fanático y cruel, como el de la madre de Atala. Se celebra el ceremonial de tremenda liturgia. Blancos son los cirios que rodean el ataud simbólico, blancos los linos monjiles, blancas las rizosas sobrepellices, blanca la dulce cordera inmolada. Y resuena la salmodia solemne del órgano, y flota en los ámbitos la monotonía del canto llano. Después, la pobre almita, enamorada del amor y de la vida, queda para siempre sepultada en la glacial soledad del claustro, y a través de las celosías su voz canta una nostálgica cuita mundanal.

Pendientes de mis orejas,
anillitos de mis dedos;
lo que más sentía yo
era mi mata de pelo...

Se esfuma la visión, se apagan las dulces vocecitas, y queda flotando en el alma la amargura de lo irremediable, la melancolía de lo que fué...

Otras veces la musa popular llora tristezas de reyes; el coro infantil canta el romance de la muy amada reina muerta en flor de juventud. Cerrados están los dorados salones palatinos; enlutadas por tupidos crespones las viejas y nobles cornucopias. En las plazas, en las calles, las doncellas miran compasivas al rey, galante y melancólico, que pasa. El pueblo amaba tiernamente a la reina, porque era muy bella, porque era muy clemente y porque era española; todos disfrutaron de los holgorios del tiempo de las bodas; la saludaron al pasar en las tardes de devoción, camino de la Salve, y la aclamaron en los días de toros al cruzar entre las oleadas de alegría plebeya, con la blanca mantilla y el prendido de claveles. Todos la vieron muerta, entre

solemne pompa funeraria, como correspondía a tan alta persona.

Cuatro duques la llevaban
por las calles de Madrid.

Feliz destino el de esos príncipes, cuyas tristezas y cuyas alegrías íntimas han quedado en leyendas populares que cantan los niños en las plazas. Vale más el culto de amor que tienen en el corazón de su pueblo, que enormes páginas de conquistas, de hazañas de guerra y otras atrocidades glorificadas por la Historia.

Ya es bien entrada la noche cuando se cierran los jardines. Se esfuma el cuadro de apacible poesía, oro, tules, risas y fragancias, y sólo se oye la copla monótona que desgrana la fuente entre el misterio de las frondas. Pero aún parece flotar sobre el encanto meditativo del jardín la música añorante de los niños, siempre lejana y henchida de melancolía hasta en los romances de musa plácida e ingenua, como en el de *La muñequita azul*, tristeza que adormece el alma en una dulcísima saudade.

UNA ANÉCDOTA INQUIETANTE

La dislaceradora, la taladrante idea de la muerte, la fatal evidencia de un fin seguro, ha preocupado siempre a los hombres de gran altura espiritual. El amor y la muerte son los inmensos enigmas, las dos eternidades misteriosas que se presentan a nuestra razón menguada, perdida por la vida como en un laberinto de espejos. He aquí la causa de que los hombres más ilustres, los espíritus faros de la Humanidad, se hayan hundido en la selva sagrada de la oculta sapiencia; selva virginal llena de músicas magas y de maravillosos resplandores. Es como una ventana entornada, detrás de la cual tal vez exista un infinito de verdad, y el alma, sedienta de belleza, de bondad, de ideal, llega a asomarse a ella con divinos temblores de emoción.

El padre Hugo había sacudido su melena de león romántico; su voz de apóstol había clamado por las libertades públicas, y a la sazón purgaba sus nobles rebeldías desterrado en Jersey.

Por las noches solía acompañar a la familia Hugo la señora Girardín, iniciada en los misterios del más allá. Esta señora convenció al autor de *La leyenda de los siglos* para que consultase a las mesas giratorias. Se reunían en el despacho del poeta en torno de un velador, formando con las manos la alucinante cadena magnética.

Mucho se ha hablado de estas liturgias raras, casi siempre en un sentido burlón, por gentes inferiores, sin ninguna inquietud espiritual. Yo os afirmo que es una práctica que llega a preocupar a los entendimientos que poseen el don de poder volar sobre este triste y absurdo espectáculo de la vida diaria.

Cuando la Girardín partió de Jersey, Hugo siguió llamando a los amigos desterrados en las regiones australes. Camilo Flammarión ha publicado en *Los anales políticos y literarios* del 7 de Mayo de 1889 algunos fragmentos de las conversaciones que el gran poeta sostuvo con las voces de lo ultrahumano.

Solía acompañarles Augusto Vacquerie. Ved un fragmento de su obra *Las migajas de la historia*, que copia el docto y admirable León Denis en su libro *En lo invisible:*

«Una noche, la mesa deletreó el nombre de una muerta, viva en el corazón de todos los presentes. Allí no cabía desconfianza; nadie hubiera tenido valor de hacer, en presencia nuestra, un tablado de aquella tumba. Muy difícil era admitir una mixtificación, pero, ¡una infamia!... Francisco Hugo interrogó a la hermana muerta, que salía de la tumba para consolarle en el destierro; la madre lloraba; una indefinible emoción oprimía nuestros pechos. Yo sentía distintamente la presencia de aquella que había sido arrebatada por terrible vendaval. ¿Dónde estaba? ¿Era feliz? ¿Nos conservaba su cariño? Ella contestaba a todas las preguntas o decía que le estaba prohibido responder. La noche pasaba y nosotros permanecíamos allí, con el alma clavada en la invisible aparición. Al fin nos dijo: «¡Adiós!», y la mesa no se movió más.»

Os supongo iniciados en estas prácticas, que representan los primeros balbuceos del ocultismo. En las experiencias tiptológicas, los oficiantes se sirven de un abecedario que colocan encima de la mesa. Esta va marcando con golpes, bien en el suelo o sobre el tablero algunas veces, las letras que quiere dictar. Así se construyen palabras y fechas con un perfecto sentido,

y a veces en un estilo elevado. Los creyentes afirman que el velador magnetizado sirve de comunicación al espíritu de los desencarnados. Tal vez...

De la India sagrada, del Oriente milagroso llegan hasta nosotros estos ritos extraños. Muchas almas se han hundido en esas encantadas fontanas de sortilegio; muchas bocas febriles han abrevado en esas magas linfas; muchas pupilas han cegado por los resplandores de la suprema verdad. A la puerta del gran misterio está como un dragón fabuloso, con el dedo en el labio, la lúgubre Locura. ¿Y quién sabe la palabra verdadera? ¿Quién posee la llave milagrosa del terrible secreto? Yo no sé nada, no he visto nada; pero me parecen completamente respetables esas ansias de verdad y de infinito de tantas pobres almas hambrientas de luz y caminando a tientas por este *in pace* horrible de sombras y de errores.

A pesar de sus orientaciones espiritualistas, Víctor Hugo sentía un poco de hostilidad hacia esa clase de experiencias, y nunca unía sus manos a la cadena magnética. Una noche, la entidad espiritual dictó el nombre de Molière e invitó a Hugo a manifestar en verso sus deseos. El poeta confesó que no sabía improvisar y pidió que se aplazase la sesión hasta el día siguiente. Cuando la noche señalada hubo llegado, el padre Hugo, «el emperador de la barba florida», leyó las siguientes estrofas:

VÍCTOR HUGO A MOLIERE

¡Oh, tú que la manopla de Shakespeare recogiste
que cerca de su Otelo tu Alcestes esculpiste,
sombrío de pasión!
¡Oh, sol que resplandeces en doble espacio y vuelo,
poeta desde el Louvre y arcángel en el cielo!
Tu espléndida visita honora mi mansión.
¿Me tenderás arriba tu hospitalaria mano?
Que caven en el césped mi fosa; sin pesar,
sin miedo la contemplo; la tumba no es arcano.
Yo sé que en ella encuentra prisión el cuerpo vano;
mas sé también que el alma sus alas ha de hallar.

Cuando la voz solemne del poeta-dios hubo cesado, se hizo un enorme silencio. Después comenzó la comunicación tiptológica, y según dice Denis, «no se puede leer esta respuesta sin sentirse impresionado por su irónica grandeza».

LA SOMBRA DEL SEPULCRO A VÍCTOR HUGO

¡Espíritu que quieres saber nuestro secreto,
que en sus tinieblas alzas la antorcha terrenal,
que a tientas y furtivo, pretendes, indiscreto,
forzar la inmensa tumba, la puerta funeral!
¡Retorna a tu silencio y apaga tus candelas;
retorna hacia la noche profunda en donde velas,
dejando algunas veces su densa obscuridad,
los ojos terrenales aun vivos, aun abiertos,
no leen por encima del hombro de los muertos
la augusta eternidad!

Esta bella traducción al castellano es debida al poeta Salvador Sellés.

Víctor Hugo creyó siempre que en las comunicaciones había una entidad extraña, una inteligencia ajena a los circunstantes. Muchos han sido los grandes escritores con estas preocupaciones; Edgard Poe era ocultista; las personas no iniciadas en esos mágicos derroteros no pueden comprender la grandeza estética y la emoción, ni apenas el sentido de *Ligeia* y *La verdad del caso de Mr. Valdemar,* esos dos cuentos maravillosos de aquel altísimo espíritu que oía voces del cielo, de la tierra y también del infierno.

Alfredo de Musset, Guy de Maupassant, Hofman, Mozart y Beethoven, han confesado sus investigaciones en esa esfera científica, injustamente desdeñada por la ciencia oficial. Chopin tenia visiones que le helaban de terror, igualmente que Haydn y Gluk. Gauthier y los hermanos Goncourt han escrito admirables páginas espiritualistas.

Tal vez fuerzas mentales inconscientes, fenómenos desconocidos de psicología, realmente influencia del

otro mundo. ¿Quién sabe? Yo sólo me he propuesto divulgar esta anécdota inquietante y dar a conocer esos versos, casi inéditos, de Víctor Hugo, escritos en tan extrañas circunstancias. Respecto a la contestación de *La sombra del sepulcro*, nada podemos afirmar en conciencia. ¿Quién es capaz de responder a esta inquietadora interrogación que se extiende en la vida de los hombres entre dos enigmas alucinantes?

LAS LINDAS TIRANAS

¡Cuánto se habrá escrito acerca de estas encantadoras gatitas que arañan el corazón de los hombres, desde el paradisíaco mito de la manzana! ¡Cuántos ojos zahoríes habrán ahondado en estas almas profundas como mares e inquietantes y complejas como un arca cerrada y milenaria, cuya llave la posee el diablo, caballero muy galán y asesor perpetuo de nuestras lindas tiranas!

No os fiéis jamás de las claras y luminosas pupilas azules: os parecerán jirones de un rompimiento de gloria, y tras de ellos os acecha un pecado mortal. Quizás el tercero, que es el que más condena el ánima, porque la condena en vida. En cambio, las pupilas negras... nos dan una caricia tan honda y tan voluptuosa, tienen cuando nos miran, como un resplandor de alma, una iniciación de algo sagrado e inefable; parece que el amor tiene siempre encendida su lámpara de encanto en su negro fondo alucinante. Pero, creedme, amigos: guardáos sobre todo de las bellas y negras pupilas.

Las blancas manitas fragantes conocen cuál es la cuerda de nuestro violín sentimental y la pulsan pérfidamente. Si quieren os harán tocar las más absurdas cantatas y ellas cantarán a su son para más enloquece-

ros con el sortilegio de su canto. Yo lo sé por mi vida, que ha sido un aria grotesca y melancólica en un instrumento cuyas cuerdas hace a veces saltar el dolor.

Es inconcebible la perversidad que guardan las más ingenuas almas de mujer. Son flores quiméricas y monstruosas que nos enajenan con sus extrañas emanaciones; besamos unos labios rojos y condenamos a nuestro corazón a eterno enloquecimiento. Claro es que los comerciantes están lejos de este peligro. Es preciso ser un poco poeta.

Sin embargo, justo es confesar que son más sensibles a lo bello que la mayor parte del otro sexo. Suelen enterarse de la emoción de una sinfonía y del interés de una obra dramática mejor que el esposo, que quizás bosteza en su butaca. El hombre es un animal que tiene la piel más dura, y además, los negocios que llenan su vida suelen ser embrutecedores. La mujer es un frívolo animalito de lujo y de voluptuosidad: tal vez no sea capaz de retener dos ideas transcendentales, pero percibe totalmente el arte, que es la suprema sensualidad. Claro es que no todas son así; hay mujeres que merecían ser hombres como hay escritores que quisieran ser mujeres.

Aman lo luminoso, lo triunfador, lo que hace ruido y lo que deslumbra. ¿No veis su instinto artístico? Si amáis a una mujer y queréis conservar su estimación no la llevéis jamás a una corrida de toros.

El torero, ese muñeco trágico, vestido de un modo tan vistoso y tan pintoresco, les alucina; los oros del traje las deslumbran. Sus desgaires de guapo mozo os robarán el alma de vuestras amantes, y cuando miles de ojos sigan ansiosamente los lances de la lucha con la fiera, y la guapeza burle gentil la muerte, con admirable gracia de contornos y fanfarrias, un poco de pandereta, fijáos cómo miran los ojos que amáis tanto y cómo palpita el seno codiciado amorosamente. Sentiréis unas negras culebras en el alma, y claro es que los celos son un sentimiento inferior, según ha descubierto un espíritu fuerte, pero, ¿por qué no confesarlo? Vos-

otros sentiréis la horrible mordedura de ese sentimiento inferior.

Y en la hora de la apoteosis, cuando una metralla de aplausos pone como una aureola de gloria en torno del matador, vuestra amiga entornará los ojos, y una oleada de sensualismo sentimental la envolverá y pensará..., seguramente, amigos, que no pensará en vosotros. Vosotros, en ese momento habéis desaparecido para ella; os anonada vuestra vulgaridad de aquel instante.

Aman siempre al héroe o al coronado por el éxito. Debéis ser siempre los protagonistas en vuestras farsas de amor; las caprichosas desdeñan siempre los segundos términos, y aunque tengáis grandes merecimientos interiores, adornáos con galas aparentes. Es una cuestión de vanidad; nosotros las exhibimos con grandes sombreros y bellos trajes, para que las gentes nos admiren y nos envidien en la hermosa mujer que poseemos; ellas necesitan un macho artista, pólitico o torero para construir sobre su talento o su gallardía la frágil arquitectura de su vanidad.

Vosotros, los del montón indeterminado, creed que vuestras más fieles amantes os engañarán mentalmente siempre que tengáis la torpeza de llevarlas junto al héroe. Y para estos adulterios en la luna no pueden ser eficaces vuestros códigos ni tampoco vuestras venganzas, respetables Otelos. Tenéis que resignaros con vuestros cuernos ideales.

En sus admiraciones podéis observar una escala gradual. Siempre preferirán al torero por el prestigio rojo que le rodea; después al célebre violinista que en un concierto despierta todo su romanticismo inconcreto, y la inexpresión de la música que hace soñar con bajas lejanías y con anhelos imposibles, la llevarán muy lejos... muy lejos de vuestro lado. En el teatro, temed cuando salga la figura del galán; ellas le mirarán largos espacios con los gemelos; hablarán misteriosamente con sus amigas: vosotros, silenciosos, corteses, sentiréis un amargo fracaso interior. Y a veces, por

una depravación del gusto femenino, el admirado vale infinitamente menos que vosotros; es un payaso que hace contorsiones innobles para divertir a una turba jayanesca.

No importa; vuestra amada desea en aquel momento fugaz rosas del capricho, las caricias del histrión patizambo e insignificante.

Un amigo mío, gran escritor, hombre amable y elegante, amaba apasionadamente a una linda rubita, pálida y frágil, de ojos de celestes transparencias, de inclinaciones delicadas. Creía estar seguro de su fidelidad *ideal*, porque del brazo de su querida había visto a los mejores toreros, había oído a los más famosos tenores, había aplaudido a los más inspirados *virtuosos*. Nunca había tenido un gesto de admiración y sus labios habían conservado un adorable mohín de desdén. Pero una tarde entraron al azar en un barracón de feria, donde se exhibía un hombre terrible, barbudo y gigantesco que se tragaba estopas encendidas, levantaba a pulso pesos inconcebibles, sostenía a diez hombres sobre el vientre... El milagro que no habían hecho Lohengrin ni don Juan, lo hicieron los remos peludos y la ferocidad de aquel bárbaro. La bella rosa de the, la frágil rubita, tuvo un largo ciczagueo voluptuoso, una llamarada perversa y decadente.

—Este hombre, ¡qué daño debe hacer cuando abrace!

Entonces, me diréis, los moros tienen razón en encerrarlas. Quién sabe; pero yo creo que nada es bastante eficaz. Recordad que los señores medioevales, cuando partían a largas guerras en tierra de moros, sometían a sus nobles esposas a un bárbaro aparato que les garantizaba su castidad, ¡oh, sútiles psicólogos!, y acaecía que cuando al cabo de algunos años el conde regresaba a su castillo, cubierto de honrosas heridas, hallaba a un lindo pajecillo que tenía los mismos bellos ojos de la condesa.

Y así es la encantadora alma femenina, frívola y sentimental, voluptuosa y también abnegada. ¿Que-

rríais variarlas, hombres celosos y terribles? Y, decidme, ¿por qué no rectificáis las costumbres y ponéis a las hembras en un ambiente de vida más libre y más de acuerdo con los instintos? ¿Acaso la Moral? ¡Oh, esa es una momia devota e hipócrita, de cuyo entierro debemos ir preocupándonos! Y, además, yo creo que sólo se trata de un engaño mutuo, de un lugar común que nos decimos todos los días, y que la verdadera moral, salud del corazón, es otra cosa: el concepto absoluto puro del Bien y del Mal es muy difícil de comprender para la miseria sentimental de todos los vulgos.

RINCON DE PAZ

RINCON DE PAZ

Desde hace luengos años avanzo por la senda mortal, envuelto en un pesado y triste ropón de misantropía.

Interminables días, abrumadoramente iguales; largas jornadas sin una sensación de amor; docto en la ciencia de estar sólo entre las muchedumbres; espectador impasible; peregrino desventurado de un ideal absurdo.

Y no sé en qué hora—debió ser una noche de primavera, entre dulces músicas y perfumadas insinuaciones—, nació en mi ánimo la esperanza de que en mi vida habría de intervenir un suceso que vistiera mi corazón de fiesta perenne, y desde cuyo punto mis horas vacías y vulgares habríanse de deslizar fecundas y armoniosas.

Y espero la maravilla de ese momento en mis áridas vigilias y en mis reposos conturbados.

Yo siento en mis honduras espirituales, en los más recónditos secretos de mi materia, la aspiración furiosa de unas nuevas vidas que pugnan por hallar una verdadera y rica cristalización y que se malogran en las estepas de mi solitario caminar por los días. ¿Será *la música sincera* de mi alma que pide la clara palabra que la vista, o la esencia de mis hijos futuros que reclaman de mi carne la realización de un deber absoluto y único, de una deuda sagrada con la Vida?

Mi espíritu estuvo alucinado por el afán de lo ex-

traordinario, y, como los ahijados de la Luna, amé los lugares donde jamás he estado ni he de estar, las mujeres que nunca he visto, los deleites que nunca he sentido, la fragancia de flores misteriosas y desconocidas. Y esa sed de imposible ha desflorado mi juventud, me ha hecho pasar como sonámbulo por el triunfo de la vida, desdeñando sus pródigos amores, doliente visionario de un misticismo extravagante.

Llaga cruel del corazón, hiperestesia malsana de la fantasía que maceró al pobre Carlos Baudelaire, que cabalgaba, jinete extraordinario de los espacios inauditos, bebedor de azul, camarada de las nubes, mientras a ras de tierra, donde *es* la vida, las arañas del fastidio roían lentamente sus entrañas. Fatal insania que arrojó a Edgard Poe, el sabio y sutilísimo artista extrahumano, en los antros monstruosos del opio y del alcohol. Porque la vida se venga fieramente de sus desdeñadores.

Y mi ánimo medroso sacude la sandalia manchada por el polvo de esos raros y trágicos derroteros. Quiero que mi vida se funda en la corriente de las vidas sencillas y humildosas.

Y en un rincón de paz rebuscaré en la rica pedrería de mi interior el atavío adecuado para los hijos de mi entendimiento, y en los jardines sensuales del mundo la armónica forma de carne donde cristalicen esas esencias desconocidas, esas aspiraciones inexorables.

En idílico sosiego, caigan los días y los días... Y en vez del estribillo sombrío del cuervo *desterrado de la ribera plutoniana,* oiga como murmurios de una fuente de encanto las prosas perfumadas del divino *Cantar de los cantares.*

Así viviré sabiamente en cualquier paraje, con un poco de sol y frecuentes lecciones del arcipreste; una figura femenina, sencilla, delicada y un poco soñadora, que sea ideal y realidad gozosa; para mi corazón compendio definitivo, total, de todo el universo y de toda la vida.

Quizás en una sosegada pobreza, pero todo sustancioso en ella, todo interesante, satisfecho de vivir la

vida por sí misma, habitante de muy altas latitudes morales, por saber a fondo de los engañosos extravíos de la voluntad y de los gustos y miserias de la carne. Y conocedor de con qué silenciosos pasos se nos entra la muerte aun en las más floridas juventudes, para no pecar de inadvertido, fortaleceré cotidianamente mi voluntad con una íntima meditación que me resigne de la evidencia de su llegada.

Curado de delirios de gloria, inaccesible casi siempre, mágico espejismo atormentador en el deseo, frío mortal y vacío sarcástico en la realización. Sintiendo así quizás, porque he visto a esa diosa prostituta *saltando alegremente con ciertas gentes* a quienes desprecio, tal vez porque he adivinado la melancolía que llenó toda la vida de Gœthe, y creo que el genio hubiera trocado su fama secular y universal por la suerte vulgar y desconocida de Kœshner, el preferido de Carlota Buff, esa bella sombra cruel que pasa por las páginas románticas e inquietantes de *Werther*. Esclava de la especie—dice Gavine—, servidora de la Naturaleza, presintió al hombre de corazón que la hizo doce veces madre.

El llamamiento de la vida me ha regalado con dulces promesas de bienandanza y quiere arrojar lejos de mí ese pesado ropón de misantropía. No seré más el átomo inarmónico, el perro sarnoso huído por los hombres sanos y sencillos, el huésped importuno a cuya llegada se cierran recelosos los hogares en fiesta.

Y sentado al borde del camino, espero día por día la llegada de esa hora de prodigio, que torne mi vida estéril en fecunda y armoniosa.

¿Estará muy cerca, o tal vez no habrá de llegar nunca?

PERFIL BURLESCO

PERFIL BURLESCO

Pedro Barrantes era un absurdo personaje, a quien el aguardiente dictaba discursos truculentos y versos demoníacos, que él recitaba, a veces en el antro de las tabernas, o ante la florida gallofa en el cafetín del *Manco*, o en el de la Esgrima, a la hora fantasmal del amanecer.

Barrantes era un pobre hombre y un poeta terrible. A Alberto Lozano, blondo, principesco y moribundo, le decía una noche en que ambos tenían el espíritu iluminado por la llama azulenca del alcohol:

—Cuando tú te mueras, pienso hacerme una preciosa petaca con tu pellejo.

Porque Barrantes gustaba, como véis, de amables y delicadas ironías.

Cierta vez, que yo madrigalizaba en un café de barrio, al oído de una gentil amiga mía, se nos apareció Barrantes envuelto en un macferland roído y pardo, tocado con un amplio chambergo, esquelético, descoyuntado. Sus ojos de buho miraban fosforescentes, y la gran nariz caía sobre la boca cínica y sin dientes, que plasmaba una risa clásica de fauno. Se nos anunció con un crepitante crujir de mandíbulas.

—¿Ha visto usted qué hombres? ¿Ha visto usted qué admirables asesinos?

Mi damisela estaba horrorizada. Yo, más avisado, conociendo su obsesión, repuse sonriendo:

—¿Qué hombres, querido Barrantes?

—¡Quiénes han de ser! ¡Los hombres más grandes de este siglo! ¡Aldije y Muñoz Lopera!

Creí que mi compañera se iba a desmayar. La tertulia de comerciantes de la mesa contigua cesó de hablar de sus garbanzos y de su libro Mayor, y todos nos miraban estupefactos. Barrantes sacó un puñado de cuartillas y comenzó a leer cavernosamente:

Soy el terrible Muñoz,
el asesino feroz
que nunca se encuentra inerme,
y soy capaz de comerme
cadáveres con arroz.

Después hizo rechinar todos los huesos de su esqueleto, como infernal estribillo de su poema:

¡Morirse con valor inenarrable,
porque tú eres inmenso, oh, miserable!

Entonces se produjo un cataclismo en el establecimiento. Todos los parroquianos protestaban, con gran fracaso de cucharas y de cristalería; aulló agoreramente el encargado del mostrador; calló el piano, y el violín se desconcertó en estridencias chirriantes y gatunas. Barrantes fué expulsado por el concurso, poseído de un terror supersticioso y milenario.

Muchas veces le he encontrado vagando por el arroyo, roto, doliente, roído por la miseria. Iba sin norte y sin alma; sus «macabrerías» grotescas eran una careta para divertir o espantar a los pazguatos. En lo hondo llevaba el dolor de su fracaso, de su vida vacía y anulada, de su trágica y cotidiana renunciación. El sentía amargamente sus lacras, su prematura vejez y su catadura burlesca de polichinela destrozado. Y comprendía la contrafortuna de sus sueños de gloria y el hórrido presente, ruin y triste, aherrojado a la pobreza, que le conducía a veces a los aposentos del palacio de la Moncloa a purgar deslices de pluma que cometieron otros. Todo por un irrisorio puñado de calderilla.

¿No os parece que, si hubiese sido artísticamente sincero, su libro *Delirium tremens* tendría una emoción intensa y dolorosa?

Pero yo creo que Barrantes «no se dió» en su literatura; se dejó llevar por el impulso lírico, adobó sus rimas con gentiles y novísimos arrequives: «el lindo pensil», «la tierna endecha», «las gayas flores»...

Barrantes fué considerado como un liróforo demoníaco, anarquista e inmoral. Esto era una grave injusticia, queridos cofrades. El poeta vagabundo y misérrimo era altamente católico, virtuoso y conservador.

Leed su *Soliloquio de las rameras*. Parece escrito por un honorable miembro de la Defensa social. Las pobres aventureras salen bien tundidas en esas estrofas, que carecen de ese escepticismo sonriente ante el bien y ante el mal, de la visión trágica del arroyo, de la emoción lasciva, sucia y dislacerante de la tristeza sensual, que hubiera tal vez glosado un poeta anarquista, demoníaco, amoral... y humano. Esa canción es un modelo de diatriba contra el vicio, y es lástima que no sea también un modelo de poesía.

A Barrantes le perjudicó mucho su perfil, su chapeo y su ternura por el alcohol. Sostuvo la leyenda de que el aguardiente es un inspirador del arte; Poe, Baudelaire, Verlaine, los excelsos borrachos, son los modelos a quienes miró. Yo creo que ese amargo refugio de dolor anula, pulveriza los mejores temperamentos artísticos, y que Poe, Verlaine y Baudelaire fueron geniales, no por el alcohol, sino a pesar del alcohol.

El quiso ser un hombre terrible, un agua-fiestas, y ahuecaba la voz y nos hablaba cavernosamente de los gusanos, de la fosa común, de libaciones en cráneos de ajusticiados y de los amores del verdugo.

Pero no sintió ese arte tortuoso, pesimista y sombrio, y se burlaba íntimamente de sus decoraciones macabras. Fué un poeta académico y sentimental, y lo demás era pintoresca farsa literaria.

Y un día cayó obscuramente en el misterio. Ni loas, ni recuerdos. Cuatro tópicos de prosa periodística. Ya

nunca hemos de hallar su larga y descoyuntada silueta en una calle solitaria, ni oiréis crujir sus mandíbulas para preparar convenientemente su obsesionante y fúnebre salmodia:

—¿Ha visto usted qué inmensos asesinos los del «Huerto del Francés»? ¡Aldije y Lopera han sido los hombres más grandes de este siglo!

¡Hombre absurdo y dolorido, pobre poeta bebedor y visionario! ¡Que la tierra del cementerio sirva de suave cabezal a tu calva grotesca y dolorosa!

UN VIEJO CAFE GALANTE

UN VIEJO CAFÉ GALANTE

Es un viejo café donde antaño se reunían los ingenios más famosos de la época. En una mesa, cuyo mármol está ya azulenco, trazó sus estupendas, impresionantes y abrumadoras farsas novelescas aquel Ortega y Frías que ha sido el educador sentimental y el enloquecedor de las fantasías de tantas ingenuas y sensitivas muchachitas, y cuyos imprevistos episodios de maravilla han puesto en estas pobres vidas vulgares un poco de oro de leyenda.

En un rincón estuvo la pequeña capilla literaria, cuyo pontífice fué el magnífico D. Manuel Fernández y González. Allí escribió *El cocinero de su majestad* y allí acudió la última noche antes de emprender el gran viaje...

Las dos amplias salas de este viejo café de la Luna tienen el mismo aspecto de aquellos días. Los espejos, velados tristemente por la pátina de los diez lustros, parece que conservan como un vago reflejo de ensueño, rostros confusos y siluetas de lejanas personas desaparecidas, repetidas de uno en otro, infinitamente, en los cristales, como un cortejo de alucinación. En el ambiente flotan hálitos de vidas remotas, cadencias de músicas antiguas, y como un fantasma de sonido, susurros de voces lejanas que tiemblan en el aire con quimérica, muda vibración. Algo espectral y desvaneci-

do que da una vaga y misteriosa sensación de presencia.

En las tardes solitarias de estos últimos años, en que el alma antigua de este café parecía encantada, y el tedio tejía sus melancólicos telares, tal vez de la penumbra propicia surgían claras risas y frescas voces juveniles. Y era que los enamorados ocultaban su amor como un pecado entre la umbría protectora. Ingenuas obreritas un poco sentimentales, pomposas matronas que enloquecen con su gracia picante y su intensidad crepuscular—que ponen tanto fuego en la aventura, porque temen que aquélla puede ser su despedida al amor—, princesas de la Casualidad, juntamente con sus varios cortejos, ponían una nota encantadora en parajes como este. ¡Los cafés solitarios y galantes!... Peláez, la Universidad y los gabinetes coquetones del Habanero, ¡qué malignas y deliciosas historias de un momento pudieran relatarnos!

Pero he aquí que un fresco aire de fuera ha venido a renovar el ambiente de este viejo café de la Luna; donde yo pasaba mis tardes gozando del placer de no hacer nada; placer digno de un Papa, y trazando a las veces—raro suceso—sobre la cuartilla mis tristes o apacibles devaneos sentimentales. ¡El lugar era tan solitario y tan evocador! Pero la ignara turba ha invadido *mi mesa de despacho* en pos de un raro acontecimiento femenino y musical. Claro es que esta turba hombruna llega, más que por el deleite artístico, atraída por el olor de la hembra; prefieren estos sátiros un grácil escorzo o la insinuación anfórica de la cadera de un nocturno de Chopín, y la línea de un busto bello a una melodía de Borodine... Y es posible que estos sátiros tengan razón.

¡Cómo sentirá esta invasión de la muchedumbre el viejo erudito de todas las tardes! Llegaba con su raro volumen, tal vez un incunable, aseguraba sus anteojos, preparaba su cuaderno para apuntar las citas y las curiosidades y luego se mecía en un sueño seráfico hasta que encendían las luces. ¡Pobre erudito, ahora tendrás

que irte a otro viejo café a dar cabezadas sobre tu incunable!

Tal vez habría tomado cariño a la mesa de su rincón y este cambio trunque tristemente su vida... A veces un suceso sencillo, insignificante, la pérdida de un perro, de un paraguas o de una mujer, deja en nuestro espíritu la desolación de una catástrofe.

Y como por esta intrusión han encendido los focos, las parejas amantes también han huído en busca de otro retiro penumbroso que proteja sus risas, sus confidencias y el encanto de su amor, otro lugar solitario para ocultar su felicidad como un pecado.

Y es el motivo que han llegado unas señoritas napolitanas a hacer música, tarde y noche y la gente invade la sala entre un estrépito de cucharillas y platillos y una greguería grotesca y plebeya.

Yo he descubierto la mixtificación: estas *virtuosas* no son napolitanas; la dulce musicalidad de esta palabra sirve de reclamo para ese eterno alucinado que se llama *público*. Pero ¡qué importa! Ello es que las manos lindas y blancas arrancan bellas melodías de las cuerdas de los violines y que una hermosa cabeza de diablescos ojos moriscos y negra cabellera, como exótica flor rizada, se inclina graciosa sobre el puente del violoncello. Y el prestigio hechicero de la carne de la mujer hace temblar el beso en todos los labios.

La mujer artista, la triunfante mujer que se exhibe ante el público en un medio de artístico artificio, es secretamente amada con un deseo delirante. Las heroínas de comedia, los astros de *folies bergéres*, han inspirado enormes pasiones y sus enamorados han llegado hasta el matrimonio, saltando por todos los obstáculos sociales y resignándose a no hallar ningún obstáculo en la noche nupcial. Porque la carne perfumada y blanca entre las sedas, el oropel y tanta bella mentira, tiene un magnetismo irresistible.

Esta orquesta femenina a veces ejecuta cosas agradables; otras adula al público tocando lo que está al alcance de su menguada cultura artística. Tal vez los

violines cantan la frase de tanto éxito de *El anillo de hierro.*

«Ven, Rodolfo, ven, por Dios.»

Y asoman lágrimas de emoción a los ojos de las matronas románticas, que se saben de memoria los versos de *Flor de un día* y hacen soñar a estas pálidas burguesitas que van a los cafés las noches de domingo y en cuyas vidas pobres y monótonas el encanto de la música pone una dulce hora sentimental.

Son esas muchachas suavemente tristes, humildes y resignadas, que tienen ojeras muy hondas y pobres manos santificadas por el oculto heroísmo de la lucha diaria; que van tocadas con gráciles sombreros y vestidas con una coquetería un poco triste por lo usado y deslucido del atavío. Conmovedoras y humildosas vidas grises a las que una fiera sátira sin corazón ha llamado cursis, y que, al invocar a Rodolfo los violines, ellas también le invocan con toda la ternura de su alma, y la figura del galán tiene en su fantasía todos los áureos prestigios de un príncipe milagroso de leyenda.

Y por eso sus ojos tienen cercos tan profundos y su boca esa mueca de melancolía; porque los días huyen, huyen... ¡y Rodolfo no llega nunca!

LA CAPA BOHEMIA

LA CAPA BOHEMIA

El primer caballero que se terció esta capa para andar de aventuras y amoríos fué el gran Villón, el padre de la lírica francesa. Y el glorioso tabardo sufrió el rigor de todas las ventiscas y la lluvia de todos los inviernos, y se ungió de ideal errante bajo el plenilunio, en la Corte de los Milagros, tejiendo besos y rimas con la ramera ardiente y propicia de quien decía el poeta que era su *Rayo de luz.* La capa de Villón, como la capa de Mañara, sabe de madrigales y caricias en las encrucijadas del viejo París.

Ha visto cómo se desnudaban los aceros, cabrilleando en la sombra, bajo la plata mística de las estrellas, buscando bravamente el corazón por el encanto de un soneto.

La capa de Villón paseó por los salones de los obispos, y de entre sus remiendos y corcusidos surgió la mano exangüe del boemio para tomar la limosna de doce sueldos por una loa a *Notre Dame,* y los labios que mordieron los labios de las rameras besaban unciosamente la amatista episcopal. Y la capa ungida de poesía y de dolor rodó una mañana por las escalerillas del patíbulo. Porque habéis de saber que el primer poeta de la boemia estuvo a punto de ser ahorcado por ladrón.

He aquí nuestra gloriosa ejecutoria: una capa raída

la cuerda del ahorcado y una boca lasciva de ramera, como flor ponzoñosa de lujuria. Sin embargo, muchos académicos han metido la garra en el tesoro de Villón, sin peligro de cuerda. ¡Nefandos viceversas de la casualidad!

La capa bohemia, posteriormente, ha envuelto a muchos desgraciados superiores. Fué la fiel camarada de Edgard Poe, aquella alma rara que oía voces del cielo, de la tierra y también del infierno, y le sirvió de sudario en su última y trágica borrachera, en las calles de Baltimore. Baudelaire el solitario, hizo de su capa torre de marfil, que le aislaba del vulgo, de malos poetas, de periodistas hueros y vanidosos, de cretinos equilibrados. La capa de Verlaine rodó por las tabernas y por los hospitales, y aquella capa de mendigo es ahora venerada como la bandera de la Francia espiritual.

¡Capa de la bohemia! Tú, que has cubierto tantas horribles tragicomedias, que has sido tan calumniada por los tontos de todos los tiempos, de todos los países. Tú, que has paseado tantos sueños y tantas hambres, bajo la luna, en las noches sin casa, que conoces las lágrimas de tantas crueldades, de tantas injusticias, que has visto el horror de las tabernas cuando todos están borrachos y entonan los lúgubres salmos del *delirium tremens* mientras en los espacios gira el anillo de Saturno, nuestro fatídico padrino.

La capa bohemia supo las gallardías de Espronceda, en su buena época romántica, antes de destrozar su leyenda con aquel fementido discurso sobre las lanas... Pelayo del Castillo, Eduardo del Palacio, Manuel Paso, Pedro Barrantes, sabían del encanto de la capa bohemia que entre nosotros tiene también el desgaire de la capa manolesca.

Y ¡Alejandro Sawa...!

Glorioso emperador de la bohemia, del gesto amplio y magnífico como Hugo, ciego como Milton. altivo y suntuario como un dios, con la cabeza en las nubes y el corazón en la hoguera del amor y del dolor de la Humanidad. En Alejandro Sawa la capa bohemia

era manto pluvial, capa pontifical, manto de púrpura, clámide y aureola. Alejandro fué la suprema consagración de la capa bohemia.

La capa de la bohemia es la aristocracia incomprendida de los vulgos, y nunca como ahora, en este momento, es anacrónica y absurda. Es el gesto bravío ante la mueca horrible de la miseria, el rictus de desdén ante los artículos de fondo y demás cosas sin alas, sin gracia, sin espíritu.

La capa bohemia se burla de los libros de Caja, de la mentalidad del tendero, de la sensibilidad chirle de los malos poetas. La capa bohemia, sobre toda la prosa, sobre todo el horror de las horas vulgares, es el pájaro azul.

Es la bella locura, el ideal. Ved de cuál gentilísimo linaje aristocrático es el manteo con que cubre su clorosis y sus espaldas desnudas la señorita Bohemia.

EL DOLOR DE QUASIMODO

EL DOLOR DE QUASIMODO

El nombre de Coregia indignará un poco a los curas, a los tenderos y a los burócratas. Fué un anarquista que murió a tiros en las calles. ¿Os acordáis?

La naturaleza no es tan sabia como piensan algunos cerebros cuadriculados; tiene burlas sangrientas con algunas criaturas. El anarquista Coregia tenía una macerante obsesión que pesaba cruelmente en su vivir: su monstruosidad física, martirio de todos los instantes, befa y renunciación forzosa a los más legítimos derechos humanos. Y sobre todo al amor.

Las burlas de las hembras le flagelarían el alma de continuo: si su entendimiento era claro y su corazón sensible a los efectos; si su carne se sentía poseída de una dulce turbación en la presencia de una bella mujer, compadecéos de su tormento horrible de monstruo encelado y sentimental.

Aunque su talento o su corazón le dictasen encendidas frases de amor, tiernos conceptos de poesía, siempre sus palabras tendrían el trágico subrayado de su joroba, el estribillo burlesco de su cojera.

Inspiraría asco y risa aun a sus familiares y él mismo se despreciaría al verse colocado en el mismo plano de las alimañas.

«Entre ellas estoy yo que, sin haber hecho daño a

nadie, fuí condenado desde mi niñez a un trabajo que me acarreó una deformidad física que me rebaja a inferior nivel con respecto a mis semejantes», escribe en las memorias encontradas.

La lucha ruda por la vida material fué un tatuaje monstruoso, un potro que desvencijó su cuerpo cuando niño. ¿Es raro que guardase por la crueldad social un fondo de amargura y de aborrecimiento?

Entre las mofas diarias de los demás y sus fracasos sentimentales, solitario, roído por su incurable dolor, ese triste espíritu tuvo un bello gesto de rebeldía y pensó en tomar una postura gentil y trágica para morir. Quiso hacer drama de lo que siempre había sido sainete.

Pobre, ridículo, con el fardo de su alma clarividente, aborreció las riquezas, la gallardía de líneas, la ventura de los otros, y pensó firmar con letras rojas a su paso hacia el más allá... Coregia tenía derecho al odio que le daba los terribles consejos y le insinuaba las fieras vindicaciones en las horas negras de su vivir grotesco de sapo con alma.

Pero su voluntad, débil e indecisa, le preparó su último fracaso. La máquina infernal estalló entre sus manos; la bomba, que era sólo un tosco artefacto sin eficacia, fué su postrer ridículo. El menguado no supo poner en torno a su cabeza un resplandor de leyenda trágica.

Y fué la casualidad la que apresuró el desenlace. Un guardia a quien chocó su cojera, ¡siempre lo mismo en su triste vida!, se le quedó mirando, y él, obseso, tembloroso, creyéndose descubierto, tiró el explosivo y quiso huir, pero su pata deforme se le negó en la fuga.

Después, el trágico pistoletazo, lo único en él perfectamente serio.

Los forenses han dicho que su cerebro pesaba menos que el de una persona normal. ¿Sería posible pesar igualmente el dolor de toda esa vida?

Coregia no era regicida, no era instrumento de nin-

guna tenebrosa maquinación. Era un doliente anormal, digno de una frase de misericordia.

La misma piedad que nos inspira la nariz de Cyrano y el dolor de Quasimodo, el campanero espantable y enamorado.

Y piensen los más ecuánimes hombres de paz y de orden, qué dulce sentimiento abrigarían hacia la humanidad si el criador hubiera tenido la bondad de obsequiarles con una joroba como la de Coregia...

EL DOLOR DE LO GROTESCO

EL DOLOR DE LO GROTESCO

Mi querido cofrade D. Amaranto Peláez es un virtuoso covachuelista, muy digno de una hornacina en el martirologio moderno. Su cuerpecillo magro y desvencijado por el diario chocar en los esquinazos de la miseria se guarece en un chaquet ribeteado de trencilla, de un negro desvaído, al que las virtudes de constante pulcritud de su dueño han dado un magnífico brillo, que miran envidiosos los puños deshilachados y la tirilla restaurada con tiza, por el buen parecer, el día en que S. E. tiene la bondad de llamarle a la firma. Porque podemos decir, para orgullo de D. Amaranto, que él es el alma del negociado.

Sus calzones en guiñapos lucen pintorescos festones sobre los zapatos sin herretes y sin trencillas, y su chapeo ha soportado las lluvias de cinco inviernos y su carrik el rigor de cincuenta ventiscas.

Don Amaranto llega invariablemente a la oficina a las ocho de la mañana, se calza sus manguitos, se toca con un bonetillo la calva brillante y puntiaguda, y silencioso, con una tristeza mansa y resignada, trabaja hasta las dos, en que el ujier trae el parte de salida.

En ese momento D. Amaranto se torna a su casa.

¡Es la hora de comer! Pero como él no es sino un humilde auxiliar de la clase de quintos, eso de comer, a ciertas alturas mensuales, generalmente no pasa de ser una hipérbole absurda.

Y en esas horas amargas D. Amaranto llega a su mezquino mechinal, donde le aguardan su mujer, triste, enferma y mal vestida, y cuatro niñacos como cuatro ruinas, en cuyos ojos candorosos, al mirar tan desolada pobreza, hay quizás un poco de recriminación hacia los que en un momento de lujuria ciega les trajeron a una vida tan sórdida, tan cruel y tan miserable. Nadie le pregunta nada; entre ellos no se cambia un solo vocablo, aunque el fogón esté apagado y nunca llegue la hora de poner la mesa.

Y es que los sinventura están resignados a no comer; mejor dicho, han perdido la saludable costumbre de comer.

En una ocasión me decía la señora con una sencillez más que trágica:

—Se nos han muerto tres hijos: Luisín, porque el médico, a quien debíamos algún dinero, no quiso venir. ¡Julito y Nita, de hambre!

¡De hambre, sí! ¿No os parece horrible que se puedan morir así dos criaturas, al borde de una gran ciudad cristiana? Pues sucede, y la conciencia social no se estremece, y la vida sigue su curso, y mi querido cofrade, el virtuoso D. Amaranto, no sintió en su alma un latigazo de rebeldía, ni pensó que todo lo constituído debía saltar en pedazos. Porque el Sr. Peláez es, ante todo, un hombre de orden.

La señora de Peláez ha sido una bella mujer; tenía unos lindos ojos negros, un seno matronil y unos dientes blancos, iguales. Ahora es una melancólica ruina; la miseria, como un cruel vampiro, ha devorado su belleza y su juventud. Días pasados me contaba tristemente, con cierta macabra coquetería:

—¿Ve usted estos dos dientes de arriba? Pues se me están cayendo... de anemia.

Y la veo partir con su talma ridícula y vieja, que

cubre los estragos del tiempo sobre su raída vestimenta; amoratadas de sufrir las manos que fueron finas, aristocráticas; metidos los pies en unos burdos zapatones; abatida al peso de su juventud fracasada, de toda su vida obscura, truncada, deshecha.

Hace veinte años que se casaron D. Amaranto y doña Esperanza; él disfrutaba entonces de un haber de mil pesetas: quince duros al mes. Aquel doble suicidio ha tenido una agonía de otros veinte años. Ahora don Amaranto ya es oficial; es decir, en cuatro lustros ha obtenido un aumento de siete duros al mes.

El cuerpecillo grotesco y desmedrado del ecuánime covachuelista ha sido suculento festín de usureros; don Amaranto sabe bien la amargura de ver su ajuar de titiritero en medio del arroyo; conoce la bárbara cacería que sobre su personilla realizan mensualmente el panadero, el tendero, el carbonero... Los mozos de café son también para el Sr. Peláez una horrible pesadilla, y no supongáis que adquirió esas deudas por vicio de gula ni regalo de sus gustos. Las noches de invierno son tan largas, el hogar desmantelado tiene un alma hostil que arroja de su seno, y en el café hay un ambiente tan suave y regalado, hay tanto derroche de luz, el piano pone una hora de encanto y de melodía en las voluntades resquebrajadas por la pobreza. Además, el café con media tostada tiene cierta apariencia de cena... Claro que la apariencia nada más; significa quedarse sin cenar... decorosamente. Y, digámoslo en elogio del heroico D. Amaranto, jamás, ni en los días de bochornoso desahucio, ni en el asedio africano de sus acreedores, ni cuando tenía un hijo muerto, sin dinero para la inhumación, ni en las horas en que doña Esperanza deliraba en el fementido camastro, loca de tristeza y de hambre, jamás D. Amaranto hubo de faltar a la oficina. ¡Oh, brava alma que rima con el balduque, que armoniza con el papel de oficio, por estar tan bien templada en el fuego de las virtudes administrativas, bien mereces una estatua con tus manguitos y tu gorro, sobre un pedestal de expedientes y de minutas!

¿Me preguntáis si D. Amaranto Peláez tiene realidad? Sin duda, amigos; tiene la relativa realidad translúcida y enfermiza que le permite su mesada ridícula; pero existe y se llama así y es mi querido y moribundo cofrade. Y lo más lamentable es que D. Amaranto es un hombre representativo.

LA PLAZOLETA DE LOS FRACASADOS

En una de esas plazoletas melancólicas de un barrio solitario, rodeada de bancos de piedra, que tienen un ambiente provincial, y sobre la cual caen de vez en vez las lentas campanadas de las vísperas, con un clamoreo ensoñador y místico. Tiene acaso un balcón florido que da la amable sensación de una mano blanca de mujer, y también algún arbolillo desmedrado y triste, o una antigua fontana que vierte, hilo a hilo, la dulzura de su monotonía.

En la hora sedante del crepúsculo toma un aspecto severo y arcaico de yerma ciudad castellana, que evoca el heroico redoblar del Romancero o la sandalia de Teresa de Avila, la celeste doctora, y vaga en su gran paz un perfume antiguo de penas olvidadas y de encantos añejos.

A este paraje apartado y romántico acuden todas las tardes los melancólicos fracasados de todos los ideales, los soñadores de las áureas apoteosis que han visto hundirse la leyenda de sus vidas en la bahorrina de la vulgaridad, en el vacío de un vivir abrumadoramente cotidiano.

Se conocen de todos los días, galeotes de una misma cadena, sombríos discípulos de un mismo maestro, el inmortal Dolor, y entre ellos se ha hecho una suave simpatía consoladora. Hay un viejo militar invalidado

la primera vez que entró en campaña; él quizás tenía una visión homérica de la vida, soñaba con el laurel del héroe, con el botín y la aventura, y todo su ensueño fracasó en el momento inicial por la crueldad de una bala perdida que le negó el triunfo de una bella muerte y le condenó a arrastrar una hórrida y grotesca pata de palo, cuyo seco y monorrítmico golpear es un irónico estribillo a la galana bizarría de su ideal truncado.

Después ha visto cómo se deslizaban sus días, sin ambición, monótonos y fríos, en el alma, la honda amargura de las renunciaciones.

—¡Si al menos la bala me hubiera buscado el corazón!

Y sus ojos se tornan hacia los años juveniles, florecidos de hazañas imaginadas, en las que sonaban las trompetas de la Gloria.

Llega después un hombrecillo torvo y desaliñado, tocado con un chapeo raído que cubre su calva de santo, ancha y reluciente. Es un inventor desgraciado.

Había trabajado día y noche en su taller, renunciando a los holgorios de la mocedad, al regalo de la hembra y a toda dulzura de los sentidos. Empleó su pequeña fortuna en el trabajo y en el estudio, hasta obtener una nueva máquina.

Después comenzó el peregrinaje por las oficinas en pos de la soñada patente, que era su riqueza futura, y al cabo de amargas andanzas se mofaron de él, de su invento y de su calva, y los ujieres le echaron al arroyo con vayas y sinrazones. En el café, en la calle, a solas con las fementidas tapias de su mechinal solitario, peroraba con esa exaltación de loco de los inventores. Y ya le oían impasibles, le brindaban protecciones quiméricas o se le reían en sus barbas.

—¡Ya ve usted, se burlaban de aquello que me había costado mi fortuna, mi cerebro y mi juventud!

Y cierra los ojillos grises y casi ciegos, tal vez para restañar una lágrima.

Luego, una arrogante mujer enlutada, con aires de gran dama, que saluda con cierta gracia señorial. Tiene

la belleza fuerte y calina de la madurez; el luengo manto vela apenas su cara algo marchita, donde arden los ojos negros con una llama de locura bella y eterna.

Al comienzo todos la creyeron viuda; no era sino una virgen vetusta que consumía su corazón y su virginidad en el ara de un ideal remoto e imposible, como esas lámparas de la devoción que se extinguen tristemente ante una hornacina olvidada. Allá, en los verdes años de su galana adolescencia, amó con bravura y firmeza de corazón a un bello aventurero romántico y audaz, que se fué hacia las tierras fecundas del sol, nauta de lo imprevisto, conquistador de la casualidad.

El dijo que volvería y ella le aguardó. Interrogó al horizonte todas las mañanas, sintió caer todas las horas de cada día, todas las desesperanzas de cada año, y el amado no volvió más. Pero ella le esperará siempre, hasta que la muerte toque sus ojos con sus dedos de niebla y prolongue el ensueño de toda su vida.

Y cruza sus manos pálidas de monja sobre el raso litúrgico de su traje. Manos transparentes y puras, que parecen hechas para filigranar ex votos de santos y capas pluviales; ojos fanatizados en torno de los que las largas vigilias, huérfanas de besos, han florecido en sedeñas ojeras violeta, como dos flores de fiebre y de locura; alma noble y extática, donde el amor es una rosa casta e inmortal.

Y cuando un soplo de brisa arrastra alguna hoja muerta, la viuda ideal la sigue intensamente, quizás comprendiendo que la aproximación del otoño tiene para ciertas almas un melancólico valor emblemático.

Mas luego, entre otros que ocultan el secreto de su fracaso, arriba la carátula ridícula y triste de un viejo farandulero. Aún recuerda con llanto de regocijo los días buenos en que él fué don Juan y Manfredo, Súllivan y don Alvaro.

Estos héroes le dieron el prestigio de su poder imaginario entre bambalinas y oropel, y pusieron un poco de oro de leyenda en su vivir menesteroso, a cu-

yas puertas solía llamar el Hambre con su puño espectral. Después, el aguardiente y los años anularon sus facultades, y el tesoro, que latió enorgullecido bajo la cota de acero de Ruy Díaz, se abatió en curva claudicante en demanda de las dos pesetas, en esas lamentables aulas de picardía y de dolor que están siempre abiertas en las aceras de la Corte.

Y llegan otros, desarrapados y tristes, inválidos de cuerpo y ulcerados de corazón, inventores preteridos, soldados sin fortuna, viejas meretrices, traductores, poetas vitaliciamente inéditos, todas las almas en sombras, y los perfiles contorcidos de los fracasados del arte, del amor y de la vida.

Y gustan de esta solitaria plazoleta, que tiene un aroma antiguo de lágrimas enjugadas, de flores secas y de dolores resignados, donde hay un arbolillo triste y torcido y un balcón con flores, y en donde en la hora dulce del crepúsculo suena acaso un piano tocado por una bella y desconocida mujer, de lentas y melancólicas melodías, a las que las almas en ruina de los fracasados ponen tal vez la letra de su íntimo dolor.

LA ÚLTIMA COPA DE EDGARD POE

LA ULTIMA COPA DE EDGARD POE

En los banales y sutiles ajetreos de la farándula política, en que el favoritismo se yergue en divinidad sobre su propia bahorrina, es edificante la evocación de un episodio hondo de desolación inquietante y cruel, de la vida extraña de aquel inadaptable genial, de «aquel celeste Edgardo,» cuyo nombre figura en esa fúnebre Antología de anormales y degenerados entre los otros grandes locos, Nietzsche y Baudelaire.

Poe fué un precursor de esta moderna opinión de que la ciencia debe ser el fundamento de todo arte. Químico, matemático, médico, oficiante solemne de las capillas herméticas de abstrusas ciencias, su paso funambulesco por la vida tiene algo de liturgia alada, real y demoníaca a la vez. A trechos por el ultramisticismo de apoteosis de sus poemas pasa una desolada sombra de horror: el ala angustiadora y proterva del monstruo del alcohol.

Y así nos ha dado las más hondas y raras impresiones que artista alguno dió a la humanidad en todos los tiempos. Hay en él voces misteriosas, angélicas, ungidas; iniciaciones de todos los arcanos; ecos del cielo, de la tierra y también del infierno. Tal vez fuera la noche, en cuyo seno vagaba borracho en todas las ciudades y a todas las horas; la noche, tan medrosa, tan aristocrática, tan reveladora, la que ponía en su

corazón esas palabras ultrahumanas, tan únicas en su regia originalidad, tan perennemente emocionales.

Y también como en ésta, en aquélla y en todas las épocas, había una dorada medianía culta, un rebaño de hombres equilibrados, fácilmente moldeables a todas las formas y a todas las conveniencias; una humanidad correcta, honorable, de tan glorioso sentido común, que rechazó de su seno, babeó la reputación y mordió la sandalia de aquel extravagante perturbador de la buena armonía de las costumbres, de aquel inadaptable inmoral. Y se dió el caso estupendo de que en algún periódico le pagasen menos dinero que a los demás, reconociendo la superioridad de su talento, y por eso mismo, porque su arte era «demasiado original.»

Y esa casualidad no la perdonan nunca la poetambre, ni los paladines de la frase hecha.

Avanzando en la miseria hosca, en la confidente soledad que le era tan amable; eterno trashumante, muerta su mujer, la dulce Virginia, esa bella sombra añorante que pasa por los versos de *El Cuervo*, esa «incomparable y deslumbradora doncella que los ángeles llaman Leonor, errando, pues, por el mundo, llegó a Baltimore la noche antes de unas elecciones de diputados.

La ciudad hervía en la agitación huraña de esos momentos. Poe entró en una taberna y bebió, bebió incesantemente en unión de un antiguo y fatal camarada que el azar le deparó.

Ya a la madrugada, en ese punto visionario y absurdo de los borrachos, en que el alcohol hace bailar a todas las cosas una zarabanda fantástica, habiendo sido reconocido por algunos, el poeta se vió obligado a recitar sus versos entre el ulular delirante del concurso y el ambiente plúmbeo, homicida, del antro.

Una de las muchas rondas que recorrían la ciudad reclutando a lo florido del hampa, a los bigardos y galloferos de todas partes que andaban lampando por las calles, para acarrearlos a votar al día siguiente, topó

con el grupo de borrachos en que iba Poe, y todos juntos fueron encerrados en una mazmorra donde les dieron de beber, de beber hasta el enloquecimiento.

El poeta, que estaba consumido por ese horrible mal que se llama combustión espontánea, votó al día siguiente entre aquel enjambre borroso y hediondo, y al apurar la última copa que le brindaron cayó definitivamente herido por el *delirium tremens*.

Pocas horas después murió aquel portentoso artista, en el anónimo desconsolador de un hospital. Sus compatriotas se cebaron cruelmente en su memoria, y el periodista Rufus Griswold, que había sido su amigo, hizo una repugnante campaña de difamación, caliente aún el cadáver de aquel desgraciado superior.

La vida del cantor de Ligeia, esa extraordinaria mujer, prodigio de carne y maravilla de inteligencia, nos da la impresión de una negra pesadilla, de una taumatúrgica alucinación de opio, por donde vaga la sombra sonámbula de ese triste discípulo de un fatal y desventurado maestro, cuya voz repite ese único y desolado estribillo:

«Nunca más.»

LA HORA DE LAS MODISTAS

Nada hay tan parecido a una gran pajarera que se abre como la *hora de las modistas*, en Madrid. Es un desbordamiento de trinos, de risas, de vestidos joyantes y de piececitos quiméricos, que se diría que tienen alas.

Es uno de los instantes más encantadores de la vida ciudadana éste en que se abre la puerta opresora de los talleres, en donde durante la jornada sus ojos bellos han sido esclavos de la puntada, y las manitas finas han creado los lujos ajenos, tal vez mientras la imaginación volaba por un bello país de quimera donde no tienen que conquistar la vida a brazo partido las mujeres que poseen el hechizo de una cara bonita.

Porque es tal vez un poco cruel ver los deditos de hada punzados por la aguja y las hondas ojeras de la fatiga y la clorosis, y ver cómo se mustian las rosas en plena primavera de veinte años.

Pero todas las ansias del drama vulgar y cotidiano se olvidan en ese punto de liberación que se llama la hora de las modistas; momento del amor alegre, donoso y jacarero, con sus puntas de picaresco y también con sus hondas ternuras sentimentales.

Ya conocéis la clásica pareja del estudiante y la modista. Esta unión juvenil es eterna e internacional; recordad, a través de la literatura francesa, cómo se ama-

ban las grisetas y los estudiantes, recorriendo juntos los bailes de Mabille, las comilonas en los prados de Saint-Gervais y en los gabinetitos íntimos y galantes. Vedlos desde los tiempos del baile de Capellanes hasta estos nuestros de la *Bombi* y de la Flor, y escuchad la misma sinfonía de amor sonando en los días de Calomarde y en los contemporáneos del Sr. Lacierva. Y os parecerá que todo es uno y lo mismo.

A las ocho de la noche, los galanes rondan los obradores, y la calle, antes tediosa, se torna alegre, radiante de ojos juveniles y cascabelera de risas. Es el amorío un poco fugaz, que deja por eso más amable estela, y que el mozo, al regresar a su provincia, recuerda, al cabo de muchos años, una noche en que el fuego del hogar y el rojo vinillo suscitan las alegres evocaciones.

Tuve yo una novia modistilla allá, en Madrid, cuando era estudiante. Recuerdo que se llamaba Laura... ¡Qué boca tan fresca tenía y qué bien sabía reir!

Y el hechizo del recuerdo pone un poco de oro de juventud sobre la monotonía sedante y provincial.

El tipo de nuestra modista es todo un símbolo. Encarna la amable y florida juventud, y deja en nuestro corazón, al correr de la vida, un hondo rastro de risas y de fragancias. Representa el amor sin tragedia y sin oprobio. Son generosas y regalan el encanto de sus gracias adolescentes, y cuando van emparejadas, llenas de ilusionada alegría, al verlas pasar en plática sabrosa, comprendemos que ese momento es una de las pocas cosas que vale la pena de vivirse.

Al verlas, creemos que poseen artes de magia, por la gracia de su tocado y la elegancia y el donaire del indumento, y no adivinamos cómo con tan exigua soldada pueden lucir tan gentiles atavíos. Y no sonriáis maliciosos; estas lindas madrileñitas son como pájaros que se escapan de las cacerías de los viejos rijosos y de los donjuanes adinerados. Su independencia no les permite transigir con la vida equívoca. Realizan el prodigio de vestirse muy bien con seis reales de jornal; pero no os asombre, porque ya hemos convenido en

que debe de ser por artes de magia, que mágicos son sus dedos habilidosos y su voluntad para la labor.

Es realmente admirable la vida de estas pequeñas heroínas. Son honestas, siendo bonitas y amando las joyas, los sombreros con grandes plumas y los trajes de telas deslumbradoras. ¡Es un formidable sacrificio para estas mariposas, que, como todos sabéis, tienen en el alma un postigo por donde el Diablo suele hablarlas de cosas bien fascinadoras. Pero, a lo que parece, aunque gustan de la cantilena, le dan al cornudo catequista con la puerta en las infernales narices.

¡Hora de las modistas! ¿Quién será el fuerte varón que al recordarla no sienta una dulce inquietud en el alma y no evoque a aquella rubita de ojos ingenuos o a la morena de boca de tentación, a quien acompañaba al salir del obrador y con ella recorría las alamedas del Retiro o los sotos de la Florida, urdiendo divinos castillos de humo y a cuyo oído, en la divina hora del éxtasis, murmuró con el alma a flor de labio, un «¡te querré siempre, siempre!», y ya véis, aquel amor voló para nunca jamás, con la misma tristeza leve y trágica de las hojas secas por las avenidas, de las paseatas en otoño, cuando el domingo ponía un risueño paréntesis en aquellas vidas de trabajo y de divina resignación.

LAS MANOS DE ELENA

Un pintor bohemio rugía en una noche memorable, mientras el frío se colaba entre sus andrajos y el hambre bailaba en su cabeza descoyuntadas danzas absurdas.

—Debiéramos desenterrar y quemar los restos de Murger.

Era una noche sagrada y familiar. Hasta los más humildes tenían en aquel momento un poco de fuego y de cariño. De los interiores iluminados salían hálitos suaves de serena felicidad, y en el aire flotaban, como surgidas del fondo de los tiempos antañones, las melodías ingenuas de los villancicos pascuales.

Por las calles, algunos perros vagabundos y nosotros.

Y es que nuestra bohemia ha sido un negro camino de soledad y de pobreza. No han florecido en nuestros episodios las risas de Musseta ni las lágrimas de Mimí, ni nuestra madre la Locura nos ha prestado su corona de cascabeles.

Sólo una bella y triste sombra, fugitiva y perfumada como la juventud que huye, ha puesto algunos besos y algunas risas en nuestras noches trashumantes y sin asilo.

Tenía un nombre poemático, célebre en los anales del amor. Elena era su bello nombre. Era alta, rítmica, flexible... En sus ojos garzos, hondos, de un hechizo

inquietante, dormían las visiones de su vida encanallada, siempre unánimes y vergonzosas. Sus manos finas, transparentes y monjiles, que parecían hechas para tejerse en los éxtasis y para filigranar ofrendas de vírgenes y capas pluviales; sus manos, finas y transparentes, eran doctas en los secretos del amor mundano.

Cuando yo la conocí, tenía la desolada belleza de las ruinas. Su carne de azulinas transparencias, tenía la melancólica palidez de los tísicos, y hacía pensar, con pena, en la llegada de esos días grises en que caen las hojas de los árboles. Tenia un aroma vago y casi religioso: olía a cera y a flores de mortaja.

Inició un fugitivo arpegio sentimental en el cordaje de nuestros nervios, en constante hiperestesia por el arte y por la vida. Todos la amamos con una dulce piedad, sin violencias y sin delirios, con un deleite que tenía algo de romanticismo, de rara emoción artística. Amamos su belleza agonizante, con la intensidad de tristeza que sentimos en los adioses para siempre. Había en ella un misterioso encanto de ultratumba.

Uu músico poeta elogió en unos versos juveniles su pobre risa, su risa extraña e inconsciente, *la loca risa de Elena*. Y ella, encantada con la ofrenda lírica y galante, reía siempre que llegábamos a su lado; soltaba la cascada de su risa metálica, vibradora, epilética, cuyas últimas perlas parecían sollozos estrangulados.

Su fisonomía moral parecía cristalizada y sin jugosidad ninguna. Tal vez la pobre profesional del amor no había sentido nunca esa embriaguez suprema, el amor sentimental que es la *mayor conquista de la civilización*, como dice Sthendal, y por lo único que vale la pena de vivir, a pesar del espantoso Schopenhauer.

Nosotros le hablábamos alegremente de las cosas triunfantes de la vida, cosas armoniosas entre sí: de locuras de juventud, de fragancias de primavera, de alegres cenas, de paseos campestres bajo la inmortalidad del sol, de los vivires honrados, fecundos y serenos como mansas corrientes. Y de besos.

Hubiera sido poco piadoso recordarle los melancó-

licos acabamientos que nos rodean y que espejan la muerte en cada cosa que miramos. Jamás la hablamos de las despedidas, de las naves que parten y de los corazones ausentes, de las últimas notas de las melodías. Y sobre todo, de ese terrible fantasma del otoño.

Su vida había sido un amargo y desbordado rodar hacia abajo, como todas las vidas y todas las cosas, hacia las negras aguas del misterio.

Y aconteció que la misma noche que un periódico publicaba el elogio rimado de su risa, una de esas sombras que cantan canciones lúgubres y corrompidas en la alta noche, me dió la nueva amarga.

—¡La pobre ha muerto hoy en el hospital!

Entonces me asaltó el triste y tardío deseo de poseer algún recuerdo suyo, un bucle, un lazo que conservase su melancólica fragancia peculiar. Lo hubiera guardado con la misma unción amorosa y sagrada con que Rodolfo besaba el gorrito blanco de Mimí.

Porque la pobre muerta era un jirón de mi juventud que se iba para siempre.

Al vagar toda la noche en el alma desconocida e inquíetadora de la ciudad, evoqué, dolorido, sus manos marfileñas y monjiles, sus manos celestes e impuras, divinamente tristes y cruzadas en el fondo de uno de esos pardos y siniestros ataúdes de hospital que conservan hedores de otros cadáveres, y pensé, estremeciéndome hasta los huesos, que en aquella primera noche de la tierra ya el gusano conquistador surgiría de la pobre de aquellas manos muertas que besé tantas veces y por las que había sentido una rara pasión inmaterial.

Extravagantes imaginaciones, honda y taladrante recordación del fin, que obligan a la pobre carne aterrorizada, y al ánimo conturbado, a refugiarse en la idealidad consoladora de un misticismo.

Mi espíritu siente una inmensa ansia de infinito, que fracasa en las cotidianas banalidades; ¡cuántas veces, al amanecer de noches de tempestad de alma, en que he hallado vacíos y menguados todos los iconos de la

vida, me he arrojado a los pies ungidos de los Cristos, en demanda de una emoción de eternidad!

El recuerdo de Elena suele inquietarme frecuentemente, y la veo, en la transparencia de la evocación, con el hechizo de sus ojos garzos y de su cabellera magdalénica. Y en el ritornello de la vida pasada, surge un episodio canallesco: la memoria punzante y angustiosa de una noche en que uno de estos pintorescos rufianes madrileños golpeó brutalmente el pecho hundido y flácido de la desventurada.

Ella ahogó su tribulación en el monstruoso refugio del aguardiente.

Escenas de la mala vida, recuerdos de las horas bohemias, negras y desoladas, en que el hambre era absurdo funámbulo en nuestras cabezas y lobo en nuestras entrañas. Las tengo cariño, porque al cabo han sido sér de mi sér.

Pero pienso como mi amigo pintor, que Murger ha envenenado nuestra juventud y nos ha hundido en la pobreza y en la soledad con el hechizo de sus mágicas narraciones.

«Debemos desenterrar y quemar los restos de Murger»

ÚLTIMAS NOVEDADES PUBLICADAS

Pesetas

Felipe Sassone: «La Espuma de Afrodita» (Novela) (2.ª edición)................... 3,50
Id.: «La Princesa está triste...» (Dramas y comedias) (2.ª edición)........................ 3,50
Id.: «El miedo de los Felices» (Dramas y comedias) (2.ª edición)........................ 3,50
Id.: «El Intérprete de Hamlet» (Dramas y comedias)................................. 3,50
Id.: «La Canción del Bohemio» (Poesías).... 3,50
Enrique de Albear: «De Sociedad» (Comedias rápidas).............................. 3,00
Fernando Gil Mariscal: «En Billabravía» (Novela)..................................... 3,00
«El Caballero Audaz»: «El pozo de las pasiones» (Cuentos) (2.ª edición)............... 3,50
Id.: «Lo que sé por mí» (Interviús con celebridades contemporáneas) (1.ª serie) (2.ª edición)..................................... 3,50
Id.: «Lo que sé por mí» (Interviús con celebridades contemporáneas) (2.ª serie) (2.ª edición)...................................... 3,50

Pesetas

«El Caballero Audaz»: « Lo que sé por mí» (Interviús con celebridades contemporáneas) (3.ª serie) (2.ª edición)................... 3,50

Id.: «Desamor» (2.ª edición)................ 3,50

Id.: «La virgen desnuda» (2.ª edición)....... 3,50

Id.: «El Breviario de Blanca Emeria»........ 3,00

Id.: «El libro de los toreros»................ 2,00

Juan Gómez Renovales: «Mujeres desnudas» (Historias íntimas de mujeres conocidas.) (Prólogo de D. Jacinto Benavente)... 3,00

Alberto Ghiraldo: «Carne doliente» (Cuentos argentinos)........................... 3,50

Id.: «El peregrino curioso».................. 3,50

Francisco Villaespesa: «La Maja de Goya» (Drama) (2.ª edición)..................... 3,50

Id.: «Paz» (Poesías)........................ 3,50

R. Cansinos-Assens: «La nueva literatura» (Estudios críticos; 1898-1900-1916)........ 3,50

Idem íd. (Volumen 2.º)..................... 3,50

Antonio de Hoyos y Vinent: «Novelas aristocráticas»............................ 3,50

José Francés: «Mientras el mundo rueda...» (Glosario sentimental).................... 3,50

Joaquín Dicenta: «Juan José».............. 3,50

Pesetas

N.° 2.--**Francisco Villaespesa:** «Judith» (Tragedia en tres actos) (2.ª edición).......... 1,50

N.° 3.—**Carmen de Burgos (Colombine):** «Confesiones de artistas» (Interviús con celebridades contemporáneas). (Tomo 1.°) Actrices españolas)........................ 1,50

N.° 4.—**Id.:** «Confesiones de artistas» (Interviús con celebridades contemporáneas) (Tomo 2.°) (Artistas extranjeras)............. 1,50

N.° 5.—**Francisco Villaespesa:** «Andalucía» (Cantares y poesías)..................... 1,50

N.° 6.—**Carmen de Burgos (Colombine):** «Mis viajes por Europa» (Tomo 1.°) (Suiza, Dinamarca, Suecia y Noruega) (2.ª edición). 1,50

N.° 7.—**Id.:** «Mis viajes por Europa» (Tomo 2.°) (Alemania, Inglaterra y Portugal) segunda edición)............................. 1,50

N.° 8.—**Emilio Carrére:** «La voz de la Conseja». (Selección de las mejores novelas breves y cuentos de los más esclarecidos literatos). Firmas del volumen 2.°: Bernardo Morales San Martín, Diego San José, Concha Espina, W. Fernández-Florez, J. Ortega Munilla, V. Blasco Ibañez, F. Trigo, José Echegaray, Alvarez Quintero (S. y J.), Alvaro Retana, Gutiérrez Gamero y Antonio de Hoyos y Vinent.............................. 1,50

N.° 9.—**Max Nordau:** «El derecho de amar». (Comedia dramática en cuatro actos)...... 1,59